



LIBROS GRATUITOS

uni>ersia



CONOCIMIENTO ABIERTO

Alejandro Dumas
La bola de nieve

Cuarenta grados a la sombra

Como un canto de difuntos de un esplendoroso día de mayo que acaba de borrarse con destino a la eternidad, así se lamentaba la voz triste y sonora del almuédano.

—¡Por Alá! ¡Qué calor hace en Derbent! Sube a la azotea, Kassim, y observa si el sol ya se oculta tras las montañas. ¿Está todo rojo por poniente? ¿Hay alguna nube en el cielo?

—No, tío; hacia el ocaso todo sigue tan azul como los ojos de Kitshina. El sol se acuesta en toda su majestad, como una rosa flamígera incrustada en el pecho del atardecer: ni siquiera su última mirada sobre la tierra dispone de una sutil bruma que traspasar. Ya ha desplegado la noche su abanico de estrellas; ya se ha hecho la oscuridad.

—Sube, sube hasta la azotea, Kassim —exclamó la misma voz—, y fíjate bien, a ver si

se desprende el rocío del cuerno de la luna. ¿No se oculta tras el arco iris nocturno, igual que una perla en su irisada concha?

—No, tío; la luna parece flotar en medio de un océano azulado, y baña el mar con lenguas de fuego. Los tejados están tan secos como las estepas del Mogán, y los escorpiones corretean por ellos, tan felices.

—O sea —añadió el viejo, con un suspiro— que mañana hará tanto calor como hoy. Kasim, lo mejor será que tratemos de dormir.

El viejo se durmió y soñó con el dinero que atesoraba. Su sobrina hizo lo propio, pero sus sueños eran los propios de una muchacha de dieciséis años en cualquier lugar del mundo, es decir, tenían más que ver con el amor. Toda la ciudad se entregó al descanso, contemplando en sueños cómo Alejandro Magno construía las murallas que defienden el Cáucaso o forjaba las puertas de hierro de Derbent.

A eso de la medianoche, todo estaba en calma.

En aquel silencio universal, sólo se oían las voces de los centinelas cuando gritaban «Slushe!» (¡Alerta!), y el lamento del mar Caspio, que besaba con sus húmedos labios la ribera ardiente y arenosa.

Daba la sensación de que las almas de los difuntos se dedicasen a charlar con la eternidad, lo que era tanto más probable por cuanto que nada se asemejaba más a un inmenso cementerio que aquella ciudad de Derbent.

Desde mucho antes de que luciese la aurora, la superficie del mar parecía echar llamaradas, y las golondrinas, más madrugadoras que el *mulá*, cantaban ya en la mezquita.

Hay que decir, sin embargo, y en honor a la verdad, que no se le adelantaron demasiado, porque el ruido de sus pasos las obligó a levantar el vuelo. Aquél, con la cabeza entre las ma-

nos, dio una vuelta entera a la cúpula sin dejar de llamar a la oración, con modulaciones que conferían a su voz la apariencia real de un cántico:

—Despertaos y levantaos de la cama, musulmanes, que mejor es orar que dormir.

Una voz respondió a aquel reclamo, y se oyó:

—Sube a la azotea, Kassim, y mira a ver si desciende la bruma desde las montañas de Lesguistán. ¿No se torna oscuro el color del mar?

—No, tío; las montañas parecen revestidas de oro puro y el mar brilla como un espejo. Hasta la bandera de la fortaleza de Nasenkal pende a lo largo del mástil, como el velo que rodea la cintura de una joven. El mar está en calma. Ni la más leve brisa es capaz de levantar una mota de polvo en el camino. Nada se mue-

ve en la tierra, y en el cielo, todo es prístina pureza.

El rostro del anciano se ensombreció y, tras haber realizado sus abluciones, subió hasta la azotea a entonar sus oraciones.

Extendió la esterilla que llevaba bajo el brazo y se puso de rodillas. Cuando terminó de recitar sus plegarias de memoria, se puso a rezar con sinceridad:

—*Bismillahir rahmanir rahiml* —exclamó, sin dejar de mirar con tristeza a su alrededor. Expresión que significa: «¡Que mis súplicas lleguen hasta el santo y misericordioso nombre de Dios!».

Para continuar, en tártaro, y que nosotros transcribimos en nuestra lengua, aun a riesgo de privar a la oración del tío de Kassim del poético florilegio de imágenes que le prestaba el idioma del Turkestán:

—Nubes de primavera, criaturas también de este mundo, ¿por qué os detenéis en las cimas de las peñas? ¿Por qué os ocultáis en grutas, como si fuerais forajidos lesguios? Bien está que os guste vagar por las montañas y reposar en cumbres graníticas, cubiertas de nieve. Pero, caprichosos seres del aire, ¿no podríais entreteneros en algo que no sea absorber toda la humedad de nuestros pastos para arrojarla, más tarde, en bosques inaccesibles para el hombre, que no devuelven a nuestros valles sino cataratas de guijarros, tan parecidos a los huesos resecos de vuestras víctimas? Contemplad cómo nuestra pobre tierra muestra las bocas abiertas por millares. Se muere de sed, e implora un poco de lluvia. Fijaos en las temblorosas espigas: se quiebran en cuanto una mariposa comete la imprudencia de posarse en ellas; sin embargo, alzan la cabeza, al acecho de un poco de humedad, pero sólo para hacer frente a los rayos de un sol que las consume como el fuego. Los pozos están secos; las flores

ya no huelen; se marchitan y caen al suelo las hojas de los árboles; los pastos se agostan, la granza se pierde; los grillos ya no pueden cantar, mientras las cigarras emiten sin cesar su metálico sonido; los búfalos se baten por un poco de barro húmedo, y nuestros jóvenes se pelean por dos gotas de agua. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué será de nosotros? La sequía es la madre del hambre; el hambre engendra la peste, y ésta es la hermana del bandidaje. ¡Fresca brisa de las montañas, tráenos en tus alas la bendición de Alá! Vosotras, nubes, que sois las ubres de la vida, derramad sobre esta tierra vuestra leche celestial. Tornaos tormentas, si así lo deseáis, pero refrescad estos parajes. Acabad con los pecadores, si tal es vuestro deseo, pero saciad a quienes son inocentes. Grises nubes, iguales que las alas de los ángeles, traednos un poco de fresco. ¡Venid, acudid, volad! Apresuraos: seréis más que bienvenidas.

Por más que rezaba el viejo tártaro, las nubes seguían sin aparecer. Hacía tanto calor, era

tan sofocante, que los habitantes de Derbent buscaban un poco de fresco hasta en el interior de los hornos.

Y eso que era el mes de mayo, cuando en San Petersburgo se oyen, hacia el nordeste, los crujidos del hielo del lago Ladoga al quebrarse, con la amenaza añadida de llevarse por delante los puentes del río Neva; cuando cualquiera puede atrapar un catarro por el mero hecho de atravesar la plaza de Isaac, o se arriesga a sufrir una fluxión pulmonar a la vuelta de una de las esquinas del palacio de Mármol. No otro es, precisamente, el momento en que los ciudadanos se gritan, desde el Smolni¹ al muelle inglés:

¹ El conjunto Smolni alberga el monasterio del mismo nombre; construido en 1764, por orden de Catalina II, fue sede de la primera escuela para mujeres de Rusia. Situado cerca del embarcadero del río Neva, frente a la fortaleza de Nienschanz, se dice que la acústica de la catedral del recinto es perfecta. La educación que se impartía en esta residencia de señoritas era singular para la época. Además

—¿Va a salir usted? ¡No se olvide la pelliza!

Mientras en San Petersburgo, por esas fechas, se piensa en la primavera, que quizá llegue, en Derbent ya están ocupados con la cosecha, que está a punto de comenzar.

Hacía ya cinco semanas que no había caído ni una gota en Daguestán del Sur. Los termómetros habrían marcado cuarenta grados a la sombra, si hubiera habido una sola umbría donde medirlos. En realidad, al sol, la temperatura alcanzaba los cincuenta y dos grados.

Nada más terrible que un período de sequía en Oriente, porque devasta los campos y priva de alimento a todo ser: pájaros, animales y hombres. En una región donde siempre resulta difícil, cuando no imposible, cosechar el trigo,

de bailar, bordar o cocinar, las alumnas recibían enseñanza de idiomas, geografía, matemáticas y física. Aunque la disciplina era muy estricta, la educación que allí se impartía era de talante progresista.

la sequía es siempre el heraldo de la hambruna. Los asiáticos viven al día, sin acordarse de la jornada anterior, sin preocuparse por el mañana. Tal es su forma de vida, porque la pereza y el *farniente* son sus más dulces goces. Pero, cuando no hay un José² para explicarles el significado de las siete vacas flacas, cuando la desgracia se les viene encima con los terribles trazos del hambre, cuando el *mañana* ya es *hoy*, es cuando estos hombres comienzan a quejarse de su falta de medios suficientes para vivir. Mas, en lugar de buscarlos, se indignan, y en el momento en que sería preciso poner manos a la obra, los peligros no hacen sino aumentar por causa del miedo que sienten, del mismo modo que éstos parecían disminuir cuando se negaban a pensar en ellos.

Sólo desde esta perspectiva es posible hacerse una idea de la inquietud que reinaba en Derbent, ciudad tártara y, por ende, asiática por los

² Génesis, 41, 1—49.

cuatro costados, cuando aquellos calores africanos empezaron a llevarse por delante las esperanzas de todos, comerciantes y campesinos.

Para ser más exactos, en la época a la que nos referimos, había en Daguestán algunas razones añadidas para alimentar los temores. Corrían los tiempos del muridista³ Kasi Mulá, padre adoptivo de Jamip; los habitantes de la región andaban revueltos, y en los campos había más balas que semillas de trigo; en lugar de trabajarlas, los caballos habían arrasado las tierras; los incendios habían asolado las casas, y los rayos del sol tan sólo caldeaban ruinas; en lugar de ocuparse de las cosechas, los pobladores de las montañas marchaban tras los estandartes de Kasi Mulá, o se ocultaban en grutas y

³ El movimiento muridista fue considerado como una reforma política y social islámica, pujante entre las tribus del Cáucaso oriental. Fundado, pues, en el Corán, es una aplicación pura y simple del sufismo y del esoterismo.

bosques para huir de los rusos y caer sobre ellos cuando más desprevenidos estaban.

No resulta difícil adivinar las consecuencias de tal situación: el imperio del hambre. Como no había habido siembra, tampoco había cosecha, y todo lo que no se había llevado la guerra, en vajillas de plata, armas preciosas o maravillosas alfombras, se vendía a cambio de nada en el bazar. A cambio de un saco de harina, uno podía hacerse con el más hermoso collar de perlas de todo Derbent.

A quienes carecían de vajilla, armas, alfombras o perlas, no les quedaba más remedio que mermar el tamaño de sus rebaños, obligados como se veían a comerse las cabezas que les habían dejado amigos y enemigos, es decir, rusos y guerrilleros de las montañas. Por la misma razón, los pobres no tenían más remedio que abandonar las cumbres donde se guarecían para llegarse hasta la ciudad y dedicarse a pedir limosna, aunque normalmente se dedicaban

a tomar lo que no era suyo, en lugar de mendigar.

Por fin, unos cuantos barcos cargados de harina llegaron procedentes de Astrakán: por las buenas o por las malas, los ricos habían tomado la decisión de ayudar a los pobres, y el pueblo se mantuvo tranquilo durante una temporada.

La cosecha por venir, por otra parte, aún podía salvar la situación.

Llegó la fiesta del Khatil, y los habitantes de Derbent la celebraron como era debido.

Esta festividad religiosa conmemora el destino del sah Hussein, primero de los califas y mártir de la secta de Alí⁴.

⁴ Hussein era hijo de Alí y de la hija del Profeta, Fatma-es-Zhora, y nieto, en consecuencia, de Mahoma. Tras el asesinato de Alí, instigado por los vengadores de Otmán con las bendiciones de Axa, viuda del Profeta, le sucedió su hijo, Hussein, de carácter débil y tímido, muy devoto,

Con la alegría infantil que caracteriza a los pueblos orientales, los pobladores del lugar habían llevado a cabo los fastos correspondientes.

Gracias a estas celebraciones, que constituían la única distracción popular a lo largo del año, habían dejado un poco de lado sus preocupaciones por la cosecha y por el calor; aunque todo parecía indicar que éstas no se les habían ido de la cabeza, y que se habían limitado, sencillamente, a dar gracias al cielo porque

pero indolente. Cuando Moaviah se hizo con el califato (661—680) y fundó la dinastía Omeya, no sólo trasladó la capital a Damasco, sino que instauró un régimen hereditario, nombró sucesor a su hijo Yesid, y fijó las condiciones para la abdicación de Hussein. Así lo hizo éste, y se retiró a Medina para dedicarse a la vida contemplativa. Se cuenta que Moaviah prometió a la esposa de Hussein, Asma, que se casaría con ella si envenenaba a Hussein. Dicho y hecho; pero, cuando acudió a reclamar la recompensa, el omeya le cortó la cabeza. Según sus deseos, Hussein fue enterrado junto a su abuelo, Mahoma.

la lluvia no hubiera deslucido el disfrute de aquellos placeres. Pero, cuando las fiestas tocaron a su fin y hubieron de volver a la realidad, cuando se despertaron con la boca reseca y contemplaron con sus propios ojos los campos devastados por el sol, a punto estuvieron de perder la cabeza.

Resultaba curioso contemplar la agitación de tantas barbas morenas y pelirrojas, así como escuchar el sonido que producía el roce de infinidad de dedos en otros tantos rosarios.

Los rostros comenzaron a demacrarse, y no se oían más que murmullos.

En ningún caso era para tomar a risa la pérdida de una cosecha, y tener que pagar dos rublos por cada medida de harina, sin saber a ciencia cierta qué precio alcanzaría al día siguiente.

De modo que los pobres miraban por su vida, y los ricos por sus dineros: un único pensamiento unía, pues, estómagos y bolsillos.

Fue entonces cuando aquellos musulmanes se pusieron a orar en la mezquita. Pero la lluvia no hizo acto de presencia.

Decidieron, en consecuencia, entonar sus plegarias al aire libre, en mitad de los campos, porque se les ocurrió que así se les vería y oiría mejor. Pero no cayó ni una gota.

¿Qué más podían hacer? Recurrir a la magia.

Los muchachos del lugar extendieron pañuelos por las calles para recoger las monedas que la gente quisiera darles. Con la suma así obtenida, compraron velas y agua de rosas. A continuación, ataron ramas de árboles al cuerpo del más apuesto de ellos, le adornaron con flores y cintas, y fueron en procesión con él por las calles, sin dejar de recitar invocaciones a Gudul, el dios de la lluvia.

Una estrofa de agradecimiento era el broche final de aquellos himnos, y todos estaban seguros de que Gudul escucharía la plegaria de sus fieles.

De modo que, por espacio de tres días, los jóvenes entonaron sin cesar estos versos de acción de gracias, que nos atrevemos a traducir, sin otra pretensión que la de plasmar sólo de manera aproximativa la belleza de la poesía árabe.

Gudul, Gudul, dios de la lluvia,
Decretaste el final de la sequía,
Y el agua ya cae desde el cielo.
Ve, muchacha, a la fuente
Y regresa con tu jarra llena;
Dóblese tu espalda por el peso.

Toda la juventud de Derbent bailaba en torno a aquel muchacho tártaro, cubierto de cintas y flores, tan seguros de que la lluvia llegaría que, como acabamos de leer, enviaban por delante a las jóvenes a las fuentes del lugar.

Las nubes se arremolinaron, y el cielo se oscureció como el rostro del avaro que se ve obligado a devolver el dinero que le han confiado. La tristeza con que el tiempo gris envuelve la tierra llegó a dominar la ciudad.

Cuanto más apagado parecía el cielo, más contentos se mostraban los habitantes de Derbent.

Hasta que, por fin, cayeron algunas gotas, y todos exclamaron:

—*Sekur Allab!*

Mas poco duró la alegría: por la parte de Persia, se levantó un viento tan cálido que parecía salir de la boca de un horno, y arrastró con él todas las nubes hasta San Petersburgo,

donde tornaron a la tierra en forma de nieve. Y el sol brilló aún con más fuerza, las espigas se agostaron, las flores se amustieron y hasta los más fieles creyentes comenzaron a poner en duda el poder de Gudul, aunque no así el de Mahoma.

Había comenzado un nuevo día. El sol recorrió su ardiente trayectoria hasta ocultarse tras las montañas, igual que un caminante fatigado en las ardientes arenas del desierto.

Fue precisamente durante ese mismo día, y la mañana que le siguió, cuando tuvieron lugar esos diálogos entre la hermosa Kassim y su tío, tal como los hemos relatado al principio de este capítulo.

El anciano tártaro había dirigido a las nubes la plegaria que hemos intentado traducir. Pero, a pesar del fervor con que la recitó, ese día, como el anterior, había transcurrido sin que apareciera ni una sola gota de lluvia.

Fue en ese momento cuando el comandante de Derbent comprobó que el termómetro marcaba cuarenta y dos grados a la sombra, y cincuenta y dos a pleno sol.

Un santón musulmán

Si alguna vez, querido lector y viajero, tus pies te llevasen hasta Derbent, fuera cual fuere el punto cardinal de tu procedencia, no dejes de contemplar la principal mezquita de la ciudad.

Porque, como diría un católico, no hacerlo sería como ir a Roma y no ver al papa.

Además, ¿qué otra cosa podría contarse de esa ciudad, si no se ha admirado la gran mezquita?

Una vez vista, las cosas parecen de otro color.

—La gran mezquita, afirmarás mientras echas mano de la caja de rapé, si eres un erudito, o mientras sacudes simplemente la ceniza, en el caso de que seas un fumador corriente, la gran mezquita fue una iglesia cristiana, aunque de eso hace ya mucho tiempo...

Continúa, pues, que yo asumo toda la responsabilidad.

—Sí; se trata de una iglesia, más bien de un templo cristiano, puesto que está orientado hacia el este, mientras que las mezquitas musulmanas, situadas en el noreste como la que nos ocupa, han de mirar hacia el sureste, si se nos concede la licencia de valernos de estos términos marineros, en dirección a las dos ciudades santas, a saber, La Meca, donde nació el profeta, y Medina, lugar en el que está enterrado.

Esta explicación te dotará de una aureola de sabiondo que no hace daño a nadie. Pero continúa.

—A la entrada, repararás en un enorme patio, con un pozo en medio y unos magníficos plátanos que lo cobijan bajo su sombra. Tres puertas, que siempre están abiertas, llaman a los musulmanes a la oración, tanto simbólica como realmente.

Un versículo del Corán decora el frontispicio de la puerta principal. Entremos, mas no olvidemos quitarnos el calzado y alejar de nuestro ánimo toda tentación terrenal, porque nadie puede entrar en la casa de Alá cubierto con el polvo del camino ni con pensamientos impuros. Nos pondremos de rodillas y rezaremos. Olvidaremos nuestros méritos, y tendremos sólo en cuenta nuestras faltas. *La illah il Allab! Muhammad Allah!*, es decir, «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta».

En ese instante, es conveniente que tosas un poco y hagas un pequeño alto. Merecen la pena estos gestos, porque te asemejan un poco a los turcos.

Pero continuemos.

—Los musulmanes recitan sus plegarias con lentitud, de rodillas o sentados sobre una esterilla, según pasen del estado de adoración al de éxtasis, y nada, sobre todo en la segunda fase, desvía su atención del rezo.

Entonces, los recuerdos, como a todo buen narrador, te llevarán atrás, hacia el pasado, y te preguntarás: ¿qué se hizo de los cristianos que erigieron este templo? Salvo en el cielo, ¿quién guarda su memoria en estos lugares? Han caído en el olvido, incluso para los cronicones de Derbent, y hoy sólo se recitan versículos del Corán en el mismo lugar que, en tiempos lejanos, escuchó los salmos del rey profeta.

Llegado al final de tu relato, y con todo el derecho a ser considerado como miembro de número de la sección de arqueología e inscripciones clásicas de la Academia Francesa, prosigo con mi narración que, debo recordarte una vez más, se refiere a hechos que ocurrieron en realidad. Continúo, pues.

Entre los musulmanes de cualquier raza, y muy especialmente entre los del Daguestán, el patio de las mezquitas constituye el lugar habitual de reunión, donde los negociantes van a comentar asuntos de carácter comercial, y los

jefes tártaros ventilan cuestiones de índole política. Los primeros sólo tienen un objetivo, el de cómo engañar a sus clientes; los segundos comparten otro, a saber, cómo derrocar al señor de turno. Los primeros han jurado ante Alá que siempre serán honrados; los otros han hecho lo propio con respecto al emperador. Pero en Asia, y esto es algo realmente singular, que escandalizaría por demás a funcionarios, jueces o senadores de nuestras latitudes, el juramento no representa más que una mera formalidad, no compromete a nada.

¿No querrá decir esto, por casualidad, que los asiáticos, a quienes tan atrasados consideramos, en cuanto a civilización se refiere, nos han tomado la delantera?

La verdad es que, si así fuera, resultaría muy humillante, y deberíamos apresurarnos por acompasarnos con ellos.

Comprenderá el lector que en aquellos días de calor tan espantoso que hemos descrito, el

patio de la mezquita, único lugar arbolado y con sombra, a tan sólo cuarenta grados, estuviera repleto de gente. Efendis de barba blanca y muftíes de barba roja parloteaban en círculos más o menos amplios, según el nivel de su elocuencia. Pero ni la sabiduría de los primeros ni la santidad de los segundos arrancaban al cielo una sola gota de agua, y aquellas barbas, diversas tanto en longitud como en color, se declaraban impotentes para dar con algo que pudiera arreglar las cosas. Se hablaba mucho, y más aún se discutía, aunque discursos y diatribas siempre terminaban con la misma expresión:

—*Nedgeleikh?* (¿Qué haremos?).

Con los hombros alzados hasta las orejas y las cejas levantadas hasta las papajas⁵, todas aquellas conversaciones convergían en un solo grito:

⁵ Gorro alto de gala, utilizado por los cosacos, de piel de carnero negro, por lo general.

—*Amani, amani!* (¡Sálvanos, sálvanos!).

Finalmente, uno de los príncipes presentes tomó la palabra.

No sólo era de sangre real, sino que además era tenido por santón, dos atributos que, antiguamente, iban de la mano en Francia y en Rusia, pero que, en nuestros días, ya sólo pasa en Oriente.

Hay que decir, sin embargo, que tanto la beatitud como la realeza las había recibido en herencia. Estaba emparentado en septuagésimo segundo grado con Mahoma, y todos los parientes del profeta detentan, como bien es sabido, la santidad en algún grado. Animó su elocuencia con una bocanada del humo de un narquile, y su piquito de oro resplandeció a través de unas cuantas vaharadas de tabaco turco.

—*Amani, amani!*, suplicáis a Alá, mientras pensáis que Dios podría perdonaros por el mero hecho de pronunciar tales palabras, y acep-

tar vuestro arrepentimiento sin más, sin ninguna prueba. ¡No! No es posible besar el Corán con los labios aún manchados de grasa de carne de cerdo. ¡Jamás engañaréis a Dios con vuestros halagos ni con vuestras súplicas! Él no es un gobernador taimado, sino que os conoce a fondo desde siempre. ¡Vuestros corazones están más manchados que el libro de los pecados del ángel Djebrael! ¡No imaginéis siquiera que podáis purificar vuestras almas de un plumazo, con ayunos y oraciones! A la luz del sol, como cuando es de noche bajo el resplandor de las estrellas, Dios observa vuestra conducta, conoce cada uno de vuestros pensamientos y atiende a los latidos de vuestros corazones. Sabe perfectamente cómo vais a las droguerías y, con la excusa de adquirir una crema, compráis en realidad aguardiente disimulado con una etiqueta falsa. Jamás podréis engañar a Dios con vuestras argucias. Las palabras de Mahoma son taxativas a este respecto: «Quien ha bebido el vino de la vid en este mundo no beberá el licor

del gozo en la otra vida». ¡No, no habrá lluvia para vuestras cosechas, puesto que habéis cegado el manantial de las aguas procedentes del cielo! ¡Habéis puesto a prueba la paciencia del Señor! ¡Alá es grande, y en vosotros anida la causa de vuestros padecimientos!

Calló el orador, elevó la vista al cielo, se atu-só la barba pelirroja y, en aquella actitud, pareció que fuese Júpiter a punto de agitar su omnipotente mano cargada de un manojó de relámpagos.

En honor a la verdad, hay que decir que Mir Hayi Festahli Ismael Ogli era un sabio muy respetado. Desde el momento en que comenzó su discurso, fue como si la multitud estuviese disfrutando del murmullo de un arroyo o del canto de un ruiseñor. Cada una de sus palabras era como un bálsamo para la audiencia, y no había en todo el Daguestán un solo efendi que comprendiese ni la mitad de lo que decía. Hasta el mismo intérprete del comandante de Der-

bent, Mirza Alí, que había estudiado, meditado y comentado a todos los poetas del Farsistán⁶, había terminado por claudicar, tras haber hablado con él durante más de dos horas:

—Es superior a mí.

Expresión que, en tártaro, se corresponde con un refrán ruso que creo que también puede considerarse como patrimonio del francés: «Me doy por vencido».

En esta ocasión, sin embargo, el orador se había decantado por la claridad, y todo el mundo había entendido lo que quería decir, como no era para menos en circunstancias tan graves. Su razonamiento había calado hondo. Todos le rodeaban con respeto y temor, sin dejar de farfullar que tenía razón, que decía la verdad, y, como las abejas, le regalaban con las mieles de sus elogios.

⁶ Provincia persa, sita a lo largo de la costa oriental del Golfo Pérsico, cerca de las ruinas de Persépolis.

Se dirigió, pues, de nuevo a la concurrencia, con el aplomo que le había otorgado aquel primer éxito:

—Escuchadme, hermanos; todos somos culpables a los ojos de Alá, y yo, más que ninguno de vosotros: nuestros pecados han llegado hasta el tercer cielo, pero, por suerte, hay siete; así que nos quedan cuatro para implorar la misericordia divina, la misma que castiga por igual a justos y pecadores. Pero, a veces, basta con que haya un solo santo para que se decida a perdonar a todo un pueblo. Os propongo, pues, lo siguiente. No sé si os parecerá aceptable, pero esto es lo que tengo que deciros: no es la primera vez que Daguestán implora la bendición de la lluvia. Nuestros padres y nuestros abuelos, que eran más sabios que nosotros, tenían por costumbre, en tales circunstancias, elegir de entre todos los jóvenes musulmanes a un muchacho puro de alma y de cuerpo, al que enviaban, junto con las oraciones y las bendiciones de todos ellos, a la cumbre de la montaña que

está más cerca de Alá, por ejemplo, a la cima del monte Shaj-Dag⁷. Una vez allí, el joven había de orar con unción, como hombre que eleva sus súplicas en nombre de todo un pueblo. A continuación tenía que recoger nieve inmaculada de aquella montaña, hacer con ella una bola del tamaño de su cabeza, ponerla en un ánfora y, sin que ésta tocase el suelo, traerla hasta aquí, hasta Derbent. Una vez en la ciudad, tenía que derramar la nieve ya fundida en el mar. ¡Alá es grande! En cuanto la nieve ya derretida del Shaj-Dag se mezclaba con el agua del mar Caspio, todas las nubes se arremolinaban sobre el mismo lugar en el que se había llevado a cabo el ritual y, a continuación, la lluvia caía de forma torrencial y devolvía la vida a la tierra reseca.

—¡Cierto, cierto! —gritaron todos.

—A mí me lo contó mi padre —decía uno.

⁷ Uno de los picos más elevados del Cáucaso meridional, con una altura de 4.255 metros.

—Y a mí, mi abuelo —añadía otro.

—Y yo lo he visto con mis propios ojos —terció un anciano de barba blanca, cuya punta todavía se antojaba rojiza.

Todos se apartaron para prestar mejor atención a las palabras de aquel hombre entrado en años.

—Fue mi propio hermano quien partió en busca de la bola de nieve, y el milagro del agua del mar Caspio fue tan dulce como la miel. Las gotas de lluvia que cayeron fueron del tamaño de un rublo de plata. Hasta donde alcanza la memoria, nunca hubo una cosecha como la de aquel año.

El anciano se calló, y se alzó un griterío unánime.

—Hay que elegir a un mensajero, ahora mismo, y enviarlo al Shaj-Dag sin perder ni un solo instante.

—¡Al Shaj-Dag, al Shaj-Dag! —gritaron todos a una.

Y como un reguero de pólvora, el clamor corrió por toda la ciudad, y Derbent al completo reprodujo el eco de las palabras pronunciadas en la mezquita con una sola voz.

—¡Al Shaj-Dag, al Shaj-Dag!

Acababan de dar con la solución de aquella catástrofe: ya sabían el remedio que les garantizaría la presencia de la lluvia. Y todo el mundo saltaba de contento y daba gritos de alegría.

Sobre todo los ricos, encantados de que se hubiera dado con un remedio que no les iba a costar ni una sola copeca. Nadie como los pudientes para apreciar el ahorro.

La juventud, por su parte, se mostraba satisfecha.

—Van a elegir a uno de nosotros; de uno de nosotros dependerá la suerte del Daguestán.

Pero ¿dónde encontrar a un joven puro de alma y cuerpo? Si es tarea difícil en cualquier población, en las asiáticas...

Al pensar en ello, los habitantes de Derbent no disimularon su preocupación, lo que mitigó en parte las primeras manifestaciones de júbilo.

¿Dónde dar con un joven inocente, que no hubiera conocido ni el gusto del vino ni la dulzura de un beso? Todos se pusieron a pensar muy sesudamente. Primero, optaban por uno; a continuación, por otro; el primero les parecía demasiado joven; el segundo, demasiado espabilado. Uno no tenía bigote todavía, mientras que otro lo tenía ya más que poblado. Era un terrible problema, de difícil solución.

Lo que acabamos de decir no resulta demasiado complaciente con los ciudadanos de Derbent, pero hemos de repetir que nos ceñimos al relato de una historia real, así que la verdad por encima de todo.

Si esto fuera una novela, tenga por seguro el lector que ya le habríamos presentado al protagonista.

—Deberíamos elegir a Sofarkuli —sugerían unos—; ¡es tan tímido como una doncella!

Tan recatado, en efecto, que, por miedo a nadie sabe qué, se le había visto saltar tres días antes desde la azotea de su vecina, dirigirse rápidamente a su casa y cerrar la puerta a cal y canto.

—¿Y Murad Anet? ¡Lleva una vida tan tranquila y solitaria como la de un lirio!

Pero al punto surgió una voz que contó cómo, todavía no hacía un mes, después de una visita a la droguería, y tras regresar a su casa con un frasco de bálsamo en cada mano, aquella flor inmaculada había entonado tales canciones que hasta los mismísimos demonios se habrían tapado las orejas.

Se mencionó también el nombre de Mamad Rasul. Nadie podía hablar mal de él, pero todos lo pensaban. En su casa vivía una hermosa les-guia que había comprado en el pueblo de su padre. No había pagado por ella más de veinti-nueve rublos, pero se había negado a despren-derse de ella por cien. Después de todo era hombre, y ya se sabe que hasta el sable del más puro acero jamás se ve libre de orín.

La búsqueda parecía inacabable. Se hablaba mucho de un joven determinado, por ejemplo, pero siempre aparecía otro.

Comenzó a cundir el desánimo entre los habitantes de Derbent y, en las circunstancias que padecían, de ahí a la desesperación no había más que un paso.

—¿Qué os parece el bey Iskander? —exclamó una voz anónima.

—¡Es verdad, Iskander! ¡Muy bien! ¡El bey Iskander es el más adecuado! ¿Cómo nos

habremos olvidado de él? ¡Parece increíble! ¡Es incomprensible! ¡Cómo olvidar que hay rosas en un ramo de flores, o granadas en una bandeja de fruta! ¡Oh, Alá! ¡El calor ha secado nuestras mentes!

—¡Está bien! —clamó una voz—. ¡Demos gracias a Alá por haber dado con nuestro hombre! ¡Vamos en busca de Iskander!

—¡Sí, sí! ¡Vayamos! —gritó la multitud.

—¡Él es nuestra salvación! —aseguraban todos—. ¡Nuestro querido, honrado y valiente Iskander! ¡Apenas come, y no bebe nada! ¡Carece de amigos entre los infieles! ¡Nunca se le ha visto en un burdel! ¿Quién le ha visto mirar a una mujer? ¿Quizá usted?

—No.

—¿Y usted?

—Ni mucho menos; vive más solo que la luna.

—¡Corramos a casa de Iskander!
—exclamaron algunos.

—Pero no se entra en su casa así como así.

—¿Por qué?

—Porque es tan serio que uno no sabe cómo dirigirse a él; tan orgulloso que sólo le dirige la palabra a uno a modo de respuesta; tan silencioso que cualquiera diría que cada vocablo que pronuncia le cuesta un rublo. ¿Alguno de vosotros le ha visto reírse alguna vez?

—¡Pues yo no!

—Ni yo.

—Tampoco yo. Habrá que pensárselo dos veces antes de ir a su casa.

—Sólo hay un hombre capaz de afrontar ese riesgo —sugirió una voz.

A lo que todos respondieron:

—Ese hombre es, sin duda, Mir Hayi Festahli Ismael Ogli.

Parecía justo que quien primero había aconsejado lo que hacer culminase la tarea que había comenzado.

—¡Ve, por favor, Hayi Festahli! —exclamaron todos los presentes—. ¡Habla con Iskander en nuestro nombre! ¡Consigue que haga lo que le pedimos! ¡Nadie te iguala en elocuencia!

Aunque Hayi Festahli no pareció muy entusiasmado con el honor que le solicitaban, consintió a la postre en hacerse cargo de aquel asunto. Dos beys se ofrecieron para acompañarle, el gordo Hussein y el flaco Ferzali. Y allá se fue la embajada a cumplir con su cometido.

—¡Todo está en orden! —coreó la multitud, aliviada.

—Ahora me siento tranquilo —dijo alguien—; es como si Iskander ya hubiera aceptado.

—Si Festahli quiere, seguro que lo conseguirá
—añadió otro.

—¡Sería capaz de conseguir hasta que un pobre le entregase la mitad de su barba!

—¡Es más taimado que el propio demonio!

—¡Un hombre respetable!

—¡Y tan inteligente!

—¡Conseguiría que una serpiente danzase sobre su cola!

—¡Con esa elocuencia...! Cuando habla, no parece que sean palabras lo que sale de su boca...

—¡Son flores!

—¡No da tiempo ni a que los oídos disfruten de ellas!

—Aunque os engañase, lograría que os condenasen por haber tratado de timarle a él.

—Es una pena que no sea él quien esté en condiciones de ir en busca de la bola de nieve.

—No es tan casto.

—Ni tan sobrio.

—Ni tan valiente.

—Ni tan...

Pongamos punto final aquí en lo que se refiere al elogio de Mir Hayi Festahli. Como dicen los tártaros, no somos de esos que, tras haber lavado los ojos de un hombre con agua de rosas, le damos, mientras se los seca, un escorpión en vez de una cereza o una flor de acónito en lugar de jazmines.

El bey Iskander

El venerable Hayi Festahli caminaba con lentitud, mientras ascendía por la maraña de calles que conducían a la parte alta de la ciudad, donde se alzaba la casa de Iskander. De vez en cuando, pasaban por algunas callejas tan angostas que sus dos acompañantes, Hussein y Ferzali, se veían obligados a cederle el paso y a seguirle en fila india, humillación a la que procuraban sustraerse en cuanto la anchura de la calle permitía el paso de tres personas de frente. A veces, trataban de entablar conversación con aquel hombre que había cumplido con el deber sagrado de peregrinar a La Meca, pero éste iba tan absorto que no les oía y, en consecuencia, no les contestaba; es más, estaba tan distraído que ni siquiera reparaba en que, cuando escupía a derecha o izquierda, siempre alcanzaba la negra barba de Hussein o al barbirojo de Ferzali. El ensimismamiento llegó a ser

tal que ambos acompañantes comenzaron a molestarse.

—¡Qué hombre tan extraño! —exclamó Hussein—; le hablas y, en lugar de responderte, te escupe.

—¡Ojalá se le llene la boca de barro! —replicó Ferzali, al tiempo que se limpiaba las barbas—. Con razón dice el refrán que si el amo está en casa, basta con mencionar su nombre para que te franquee la puerta, pero que si está ausente, nada se adelanta con romperla. Es inútil hablar con Mir Hayi Festahli: tiene la cabeza en otro sitio; no hay nadie en casa.

Pero erraba Ferzali (el de la *rosada barba*, tal como se le conocía en Derbent, porque en lugar de utilizar los potingues que emplean los tártaros para teñirse la barba —el primero de tales afeites la tiñe de rosa, mientras que el segundo la torna negra—, sólo utilizaba el primero de ambos tintes, razón por la que su barba siempre mostraba el color de la aurora en el momento

de insinuarse en el horizonte): no es que no hubiera nadie en casa, sino que aquella cabeza estaba tan metida en sus cosas y las propias ideas se le agolpaban con tal estrépito que le impedían hasta escuchar la voz de su conciencia. No era fácil, pues, que oyera a nadie. Sus pensamientos discurrían en este sentido: «¡Cuidado, Festahli! Cada paso que te acerca a casa de Iskander es una zancada hacia el peligro. Recuerda la grave ofensa que le infligiste. ¡Prudencia, Hayi Festahli, mucha precaución!».

¿Qué había pasado entre Hayi Festahli y el bey Iskander, pues? Lo resumiremos.

Iskander había nacido en Derbent, cuando la ciudad se encontraba ya bajo dominio ruso, situación que se remonta a 1795. Pero su padre había sido íntimo amigo del último kan, el mismo que había sido expulsado de sus dominios por los ejércitos de Catalina. En 1826, aquel príncipe había muerto de pena al saber que los persas, a quienes ya hacía en Derbent, habían

sido puestos en fuga en Kuba. Antes de morir, hizo prometer a su hijo, que tenía quince años a la sazón, que nunca sería súbdito de los rusos ni amigo de los habitantes de Derbent, los mismos que habían puesto en fuga a los persas.

Tales fueron las circunstancias en que le sobrevino la muerte. Pero sus creencias, sus costumbres, sus opiniones, todo perduró en aquel hijo; ideas, pensamientos y aspiraciones que eran exactamente opuestos a los que albergaban los pobladores de Derbent. De modo que al joven Iskander le bastaba con un poco de arroz, un sorbo de agua, algo de luz y aire libre.

En primavera, cuando el mundo entero se rendía al soplo del amor y la poesía, él ensillaba su hermoso caballo de Karabaj; se echaba al hombro un magnífico fusil de Uayi Mustafá, el armero más reputado de todo el Daguestán; se llevaba a la mano su intrépido halcón dorado, y se lanzaba a recorrer valles y montañas a la caza del faisán, hasta que caía rendido, si es que

la completa satisfacción de una pasión llega a extenuar a nadie. En esos momentos, se bajaba del caballo, al que dejaba pacer a su aire, y se tumbaba bajo la sombra de algún árbol enorme, a la vera de un arroyo cuyo murmullo le arrullaba. No sabemos si tan dulces armonías le llevaban a soñar, si sus sueños se basaban en la realidad, y ni siquiera si era más poeta que filósofo, o más racional que soñador. Lo único que sabemos es que vivía gracias al hecho de sentirse vivo, que no es moco de pavo.

Durante el invierno, cuando la nieve, barrida por la ventisca, golpeaba contra las ventanas, lo que más le gustaba era escuchar los aullidos del viento que se colaba por la chimenea. Reclinado en una alfombra, contemplaba el baile de las brasas o seguía las volutas de humo que salían de su pipa. ¿Veía en aquellas chispas la imagen del diablo? ¿O se imaginaba que los ángeles flotaban en el humo del tabaco?

Al menos es lo que aseguraba. El caso es que vivía en un reino carente de nombre, como único señor, y hundía sus manos en celemines de esmeraldas, perlas y diamantes; un dominio en el que disfrutaba de mujeres, al lado de las cuales las huríes verdes, amarillas o azules prometidas por Mahoma a los verdaderos creyentes, eran poco más que calmuças o samoyedas; se entretenía con fantásticos juegos, en los que se enfrentaba con gnomos, gigantes y magos; y así hasta que se dormía, en compañía de los fantasmas que alumbraba su imaginación, de modo que, al despertar, hasta tal punto confundía tales imágenes con la realidad que terminaba por no saber si lo había vivido o sólo soñado.

En ocasiones, le pedía a su escudero lesguio que cantase para él. Éste no se hacía de rogar, y entonaba canciones que evocaban la libertad de sus paisanos de las montañas, así como su arrojo en el combate o a la hora de cazar, cadencias que inflamaban el corazón asiático de Iskander.

Limpiaba la hoja de su daga o amolaba la punta de su chascás, mientras musitaba:

—¿No tendré ocasión de volver a luchar jamás?

Tal deseo no tardó mucho en verse cumplido. Kasi Mulá puso asedio a Derbent, lo que ofreció a los valientes del lugar una ocasión única para poner a prueba sus cualidades.

Como es natural, bey Iskander no la dejó pasar.

A lomos de su magnífico caballo de Karabaj, al que no arredraban montañas ni abismos, realizó unas cuantas incursiones con los tártaros, siempre en primera línea. Si bien era posible llegar hasta donde él, jamás nadie pudo tomarle la delantera: más que galopar, volaba como las águilas y, gracias a su fusil, enviaba la muerte hasta muy lejos; tras agotar la munición, se lo echaba a la espalda y se precipitaba

sobre las huestes enemigas, puñal en alto, sin dejar de proferir salvajes gritos.

Tras combatir en las proximidades de Kuba, y después de haber dispersado a los lesguios de un viñedo que habían ocupado, los tártaros, a pesar de la victoria conseguida, se dispersaron de forma desordenada, a la manera asiática, con dos de las cabezas cortadas al enemigo envueltas en una bandera. Las tropas rusas ya habían regresado a la ciudad. Pero un joven oficial ruso y algunos tártaros, entre los que se encontraba Iskander, se habían rezagado en las proximidades de una fuente. Aunque balas de fusil y de cañón silbaban a su alrededor, el joven ruso bebió de aquella agua limpia y clara. Mas, al alzar la cabeza, vio frente a él a Iskander, vestido con una sencilla chilaba blanca, cuyas mangas remangadas permitían ver que tenía las manos y los brazos teñidos de sangre hasta los codos. Le vio apoyado en su fusil, con los labios fruncidos en un gesto de desprecio, los ojos llorosos y presa de la ira.

—¿Qué te pasa, Iskander? —le preguntó el oficial ruso—. Me parece que has cumplido con tu deber y que no tienes razones para quejarte de nada.

—¡Cobardes! —acertó a decir—. Cuando se trata de dar un paso al frente, procuran andar despacio. Pero, en cuanto tocan a retirada, parecen cabras salvajes.

—A pesar de todo —apostilló el joven ruso—, creo que nuestra es la victoria.

—Sin duda; pero hemos perdido al pobre Ismael.

—¿Ismael? —inquirió el militar ruso—. ¿El joven que vino a pedirme que le entregase unos cuantos cartuchos al principio de la refriega?

—El mismo. Era la única persona a la que yo quería de los de Derbent. ¡Un ángel... y ahora lo hemos perdido! —y se enjugó una sola lágrima que le temblaba entre los párpados, y que no parecía que fuera a seguir su trayecto natural.

—¿Lo han capturado? —preguntó el oficial ruso.

—¡No; está muerto! —replicó Iskander—. Aunque era más valiente que cualquier adulto, se comportaba con la imprudencia de un niño. Quiso coger un racimo de uvas y cruzó el espacio que le separaba de unos majuelos. Allí se dejó la cabeza. Ante mis ojos, unos lesguios se la troncharon. No pude acudir en su ayuda, porque tenía que habérmelas con diez enemigos, de los cuales sólo fui capaz de acabar con tres. Fue en ese momento, cuando tocaron a retirada. ¡Y esos miserables insultan ahora a sus restos! Vamos —gritó a tres o cuatro tártaros que le escuchaban—, ¿quién de vosotros conserva aún una esquirla de cariño, de fe o de valentía? Quien la tenga vendrá conmigo a rescatar el cuerpo de un camarada.

—Iré contigo —dijo el oficial ruso.

—También nosotros —añadieron dos de los tártaros.

Los cuatro se abalanzaron contra los lesguios, quienes al no prever un ataque tan repentino y creer que tras aquellos cuatro hombres vendrían muchos más, se dieron a la fuga; actitud que les permitió llegarse hasta el lugar en el que se encontraba el cadáver, recogerlo y trasladarlo a la ciudad, a cuyas puertas esperaba su madre, quien se arrojó sobre aquel cuerpo decapitado, con unos gritos, sollozos y lamentos que partían el alma.

Iskander la contemplaba con el ceño fruncido: ya no era una sola lágrima la que bailaba entre sus párpados, sino que torrentes de llanto surcaban su rostro.

La desesperación de una madre era capaz de enternecer a aquel corazón de león.

—¡Es una pena que no seas ruso como nosotros! —exclamó el oficial, al tiempo que le tendía la mano.

—¡Lo mismo te digo por no ser tártaro!
—repuso Iskander, mientras se la estrechaba.

Pero hablemos de otra cosa. Está claro que los bigotes, aparte de ser la contundente imagen de la pubertad, representan la antesala del amor.

Iskander no había escapado a la común naturaleza. Con cada pelo del bigote que le nacía en el labio superior, le crecía al mismo tiempo un anhelo en el corazón: deseos difusos, que no acertaba a explicarse, semejantes a las ramas del naranjo, que exhiben flores y frutos a la vez. ¿Por qué les gustarán tanto los bigotes a las mujeres? Quizá porque, como símbolo del amor que son, beben de sus mismas fuentes y se estremecen con el ardor de similares ansias. Porque ¿qué reclama un joven que anda con la cabeza alta, los ojos brillantes y el rostro risueño, a su propio labio sonrosado, el mismo en el que aflora el bigote? Desde luego que no va en

busca de honores ni de fortuna: espera tan sólo un beso.

Un bigote virginal es como un puente tendido entre dos bocas enamoradas; un bigote...

Mas dejemos los bigotes de lado, que nos llevarían muy lejos. Además, ¿por qué, si uno luce ya mostachos canosos, hablar de quienes aún los exhiben negros o rubios?

Sea cual sea su aspecto, este asunto de los bigotes nos aleja de nuestra narración. Volvamos, pues, a ella.

Según tenía por costumbre, durante el mes de abril que acababa de pasar, Iskander había salido de caza. Era un día hermoso, un verdadero festín primaveral. Aunque no lucía el sol, hacía bueno; estaba fresco, pero sin humedad. Iskander paseaba entre un océano de verdor y flores. Hacía ya varias horas que cabalgaba de gruta en gruta, de colina en colina: buscaba algo que echaba de menos, sin saber qué era a

ciencia cierta. Por primera vez en su vida, le costaba respirar y el corazón le palpitaba sin motivo; inquieto, el pecho se le agitaba al contemplar el velo de una mujer.

A propósito de velos, permítasenos una digresión.

En el pasado, al aventurarse por las calles de Derbent, Iskander jamás hubiera reparado en el velo de una mujer, aunque ésta estuviera desnuda hasta la cintura. Pero, desde el día en que se había acariciado con sus propios dedos los extremos de aquel incipiente bigote moreno, cada nariz, cada labio sonrosado, cada ojo, azul o castaño, que vislumbraba a través de los pliegues de un velo, le dejaba helado y ardoroso a la vez. Jamás había estudiado anatomía, claro está. Mas, a pesar de su ignorancia, era capaz de imaginarse a una mujer desde la punta del pie hasta el tul que le cubría la cabeza, sin error ni omisión, y para ello le bastaba con ver un pie cubierto de seda, envuelto en una pantufla de

terciopelo, al final de un pantalón de preciosa tela, aderezado con un cordón dorado o plateado.

No puedo asegurar si, en aquella precisa ocasión, la caza fue buena. Sólo puedo decir que el cazador estaba más que distraído, tanto que en lugar de ir en busca de los lugares solitarios donde normalmente se cobijan faisanes y perdices, dirigió los pasos del caballo hacia dos o tres aldeas en las que nada se le había perdido.

Pero el tiempo era espléndido y, tanto a las puertas de los poblados como encaramado en alguna azotea, esperaba divisar a uno de esos seres que se representaba con la misma precisión que un Cuvier⁸, en el caso de mastodontes

⁸ Se trata del naturalista francés Georges-Léopold-Chrétien-Frédéric-Dagobert, barón de Cuvier (1769-1832), quien, a partir de sus investigaciones sobre los elefantes, esbozó las líneas generales de una clasificación de los animales. Estudioso de moluscos y fósiles, se le

o ictiosauros, pterodáctilos o cualquier otro monstruo antediluviano.

Una pena, pero se vio limitado a contemplar más de lo ya conocido. Las mujeres se encontraban a las puertas de las casas o en las azoteas, porque las musulmanas que, en ocasiones, alzan el velo ante las miradas de los infieles, jamás lo hacen en presencia de sus paisanos. Así que los vagos deseos del bey Iskander, al no dar con un rostro en el que posarse, se dispersaron al viento.

Y el joven se entristeció, suspiró hondo, soltó la brida del caballo y consintió en que éste le guiase a donde le pareciera bien, algo en lo que deberían imitarle siempre aquellos viajeros, o enamorados, que dispongan de una montura inteligente.

De modo que el animal se sabía un camino precioso que les llevaba a casa, y en el que

considera precursor de la paleontología de los mamíferos.

había un manantial que formaba un estanque bajo unos altos plátanos, en donde solía beber. El caballo siguió aquella senda.

El bey Iskander ni se fijó en la dirección que tomaba el animal.

Por otra parte, le importaba un comino; no perseguía más que un sueño.

A ambos lados de aquel sendero, se desplegaban todo tipo de visiones. Mujeres, siempre veladas por supuesto, pero cuyos tules, como por descuido, siempre permitían contemplar algo que hubieran debido ocultar.

De súbito, Iskander obligó al caballo a detenerse: tuvo la impresión de sentirse transportado del reino de los sueños a la realidad.

A orillas de la fuente, se ocultaba una muchacha de quince o dieciséis años, tan hermosa como jamás hubiera pensado que podía serlo una mujer. En aquella agua cristalina, se lavaba la cara, coloreada como una rosa gracias al sol

de abril. Se miraba en aquel reflejo ondulante, sonreía y disfrutaba tanto con su sonrisa que no acertaba a distinguir nada más, olvidada como estaba de los pájaros que cantaban sobre su cabeza y que parecían decirle: «¡Contéplate en el agua clara, hermosa niña! ¡Nunca se habrá visto flor tan lozana, ni nunca se reflejará en ella otra igual!».

Seguro que las aves se lo decían en verso, pero nos vemos obligados a expresarnos en prosa, habida cuenta de que desconocemos las normas por las que se rige la poesía del canto de las aves.

Y tenían razón aquellos embaucadores cubiertos de plumas: difícil es imaginarse flor más pura, más lozana y más hermosa que aquella que había crecido a orillas del estanque en el que se contemplaba.

Era una de esas flores como sólo Granville ha sabido pintar: cabellos negros, unos ojos como estrellas, dientes de perla y mejillas de

piel de melocotón. Todo cubierto por un velo hecho no con ese tejido opaco y basto que oculta lo que cubre, sino con una tela tan fina, vaporosa y transparente, que parecía tejida con los hilos que se escapan del huso de la Virgen a la llegada del otoño.

Y si cualquiera, ojo al acecho, seguía en línea descendente las líneas de aquel rostro se encontraba con algo muy diferente: después del cuello, que podría servir de modelo como *torre de marfil* de la escritura, venía...

Lo que venía a continuación, tapado a medias bajo una fina pelliza blanca, con adornos azules, y una casaca de raso en color cereza, era tan hermoso que el pobre Iskander no fue capaz de contener un grito de admiración.

Tras emitir aquel alarido, Iskander hubiera deseado haber nacido mudo: acababa de expulsarse a sí mismo del paraíso.

Al oírlo, la joven se volvió, y también profirió una exclamación. Se echó por encima de aquel velo transparente otro más tupido, y escapó, o más bien voló, no sin pronunciar dos veces el nombre del bey Iskander.

El joven, mudo a destiempo, en lugar de echar a correr, se quedó quieto, con los brazos estirados, como si tratase de retener aquella realidad que, al huir, amenazaba con tornarse otra vez fantasía; y sin aliento, con la mirada perdida, como Apolo ante la huida de Dafne.

Pero, al contrario que el dios, que no tardó en seguir los pasos de la bella ninfa, Iskander no se movió del sitio, mientras el velo blanco disminuía hasta convertirse en un objeto del tamaño de una mano a través de aquellos arbustos por los que corría.

Cuando lo hubo perdido de vista, sufrió otra clase de agitación, porque la vida, que se le había quedado en suspenso durante unos ins-

tantes, le penetraba a grandes oleadas, invadía ruidosa y violentamente su corazón.

—¡Por Alá! —exclamó—. ¿Qué dirían de ella o de mí, si alguien nos hubiera visto? ¡Qué hermosa es! ¡Sus padres van a regañarla! ¡Qué ojos! ¡Pensarán que habíamos quedado aquí! ¡Qué labios! Y sabe mi nombre, porque, mientras huía, por dos veces lo ha pronunciado.

Y volvió a sus ensoñaciones, si por tal puede considerarse aquel estado en el que la sangre bulle, en el que una música de harpas inunda los oídos y en el que, a plena luz del día, uno es capaz de ver estrellas en el firmamento.

La noche hubiera sorprendido a Iskander a orillas de aquel estanque en el que parecía haberse dejado el corazón, si el caballo que, por un instante, había sentido las riendas tensas, no hubiera notado que se relajaban, razón por la que siguió adelante, sin hacer caso al jinete.

Iskander llegó a su casa completamente enamorado.

Y lamentamos no haber tenido tiempo ni espacio en este capítulo para relatar los motivos de la animadversión de Iskander hacia Mir Hayi Festahli. Prometemos, pues, desvelárselo al lector en el siguiente.

En el que Iskander descubre el nombre de aquella que ya sabía el suyo

No obstante el bey Iskander no olvidaba los consejos que su padre solía darle: «Ni la más hermosa de las rosas dura más de un día, pero la más pequeña de las espinas es para toda la vida... Corteja a las mujeres, pero no llegues a amarlas, a no ser que quieras convertirte en su esclavo... El amor sólo sale bien parado en las canciones. En realidad, el miedo acecha sus balbuceos, se desarrolla en el pecado y, al final, siempre culmina en el arrepentimiento».

A estas tres reflexiones, añadía una cuarta, consecuencia inevitable de las anteriores: «Nunca mires a la mujer de otro, y jamás escuches a la tuya».

En honor de Iskander, aclaremos que olvidó tales consejos en menos de cinco minutos.

Estaba claro que el joven tártaro estaba enamorado y tenía miedo; en él se cumplía la primera de las predicciones de su padre: «el miedo acecha los balbuceos del amor».

¡Con lo tranquilo que dormía el pobre Iskander tan sólo unos días antes, cuando las noches se le antojaban cortas, pero reparadoras!

Ahora no paraba de dar vueltas, mordía la almohada y el cobertor de seda le asfixiaba.

¿Quién sería *aquella mujer*?

Cuando se repitió por décima vez la misma pregunta, abandonó el lecho y se puso en pie.

¡Aquella mujer!, odiosas palabras.

Porque el amor no soporta expresiones indefinidas, especialmente los amores que tienen lugar en el Daguestán.

Mientras no supiera su nombre, Iskander le otorgaría uno figurado.

—Tengo que saber cuál es el nombre de mi...
Leila —se dijo para sí, mientras se ajustaba la daga a la cintura—. Aunque me deje la vida en el intento, he de saber su nombre.

Un instante después, ya estaba en la calle.

Estaba claro que el diablo se había dejado alguna de sus tentadoras serpientes en Derbent. A quien no le ciega el reptil de la ambición, y cuántos hombres célebres se han disputado esa ciudad, le pierde el veneno del amor, como lo confirman tantos jóvenes que han perdido la cabeza en Derbent.

Sin duda, de esta clase era el reptil que había mordido a Iskander.

Deambuló por las calles, se fijó en las puertas de todas las casas, trató de traspasar con su mirada paredes y velos.

Todo en vano.

¿A quién podría preguntarle su nombre?
¿Quién le mostraría la casa en la que moraba?
La curiosidad de su corazón le impelía a seguir la búsqueda, aunque no sabía adonde dirigir sus pasos.

Se mezcló con la multitud, y acabó en la plaza del mercado, un lugar más que apropiado si quería saber el precio de la carne, pero no para enterarse del nombre de su amada.

Se acercó al puesto de un armenio. Como venden de todo, los originarios de Armenia son personas que conocen a todo el mundo.

Aquél era pescadero.

—¿Por qué no te llevas un buen pagel, bey Iskander? —le dijo el armenio.

Mas, hastiado, el joven se apartó del puesto.

Se acercó a continuación a la tienda de un orfebre tártaro, famoso por sus esmaltes.

—¡Que Dios sea contigo! —dijo al entrar.

—¡Que Alá te conceda la felicidad! —repuso el orfebre, sin apartar la vista de la turquesa que trataba de engarzar en una sortija.

En la mesa que se encontraba a espaldas del orfebre, había una escudilla de plata, repleta de diferentes objetos más o menos preciosos.

Iskander ahogó un grito.

Acababa de ver un pendiente que, con toda seguridad, había contemplado el día anterior en la oreja de la desconocida.

El corazón empezó a latirle, como si ya hubiera dado con la primera letra del nombre ansiado, como si la hermosa mano, de uñas sonrosadas, de su dueña le indicara que se acercase.

No se atrevía a abrir la boca, ni a preguntar, porque no sabía qué decir. Le temblaba la voz, y se sintió confuso.

De pronto, una idea se le vino a la cabeza: una auténtica treta militar, de esas que culminan con la conquista de ciudades.

Volcó el platillo en sus manos, como si buscara una joya determinada. Como el orfebre sabía quién era, le dejaba hacer.

Extrajo el pendiente de entre el revoltijo de piezas y se lo guardó en uno de los bolsillos. A continuación, dijo:

—¡Vaya! ¡Se me ha caído un pendiente!
—mientras colocaba el resto de los adornos en la escudilla.

—¿Qué pendiente? —le preguntó el joyero.

—El de las campanillas.

—¡Por Alá! ¡Busca por todos lados, Iskander!
¡Ni por cincuenta rublos me gustaría perderlo!

—No puede haberse perdido. Pero el caso es que no lo veo por ningún sitio —añadió.

—Mis ojos ya no son lo que eran —repuso el orfebre, tras dejar la sortija que trataba de engarzar, para ponerse en pie y mirar por la mesa, con las gafas en la frente.

Iskander dio unos pasos y fingió continuar con la búsqueda del pendiente.

—No lo encuentro —dijo después, para añadir—: parece que sí se haya perdido.

El orfebre se retiró las gafas de la frente y las dejó en la mesa.

—¡Por Alá! ¡Mira lo que has hecho bey Iskander!

—Pues que he perdido un pendiente. Nada más.

—No te haces ni idea de lo que puede pasarme. Ese viejo truhán de Hayi Festahli es capaz de entablar una querrela contra mí. ¡Un pendiente con un esmalte de Bakú!

—¡No me tomes el pelo, Yafar! ¡Qué cosas tienes! ¿Acaso un hombre tan circunspecto como Hayi Festahli, un descendiente del profeta, un santón, habría de llevar pendientes?

—¿Y quién te ha dicho semejante cosa?

—Que yo sepa no tiene ni esposa ni hijas.

—¡Claro que no! ¡Ese viejo avaro es mucho más que tacaño! Pero va a hacer unos diez años que su hermano Shafi huyó a Persia y dejó aquí a su mujer y a su hija, que entonces tenía seis años. Ahora ya tiene dieciséis.

—¡Ya está; lo conseguí! —se dijo Iskander—. ¿Y cómo se llama su sobrina? —preguntó en voz alta.

—Kassim —repuso el orfebre.

—Kassim, Kassim... —repitió Iskander, en voz baja.

Aquel nombre le pareció mucho más bonito que el de Leila, apelativo que dejó inmediata-

mente de lado, como un limón del que ya se ha exprimido todo el jugo.

—Desde que se fue su padre —añadió, en voz alta—, me figuro que la pequeña habrá crecido.

—Ya sabes cómo van las cosas en esta tierra, Iskander. Un pequeño de un año aparenta dos. Una niña de cinco parece tener diez años. Así que nuestras jóvenes son como las cepas del viñedo que, apenas plantadas, ya dan fruto. No la he visto jamás, pero su tío dice que es la muchacha más hermosa de todo Derbent.

Iskander depositó el pendiente en manos del orfebre y abandonó el establecimiento como una flecha. Ya sabía todo lo que quería, es decir, el nombre y la morada de su amada.

Se fue por el camino más corto a casa de Hayi Festahli: no esperaba ver a Kassim, pero a lo mejor sí oía su voz. ¿Quién sabe? Quizá más tarde saliera con su madre y, entonces, la vería.

Ella se imaginaría que él se encontraba allí por algo que tuviera que ver con su tío.

Pero, como Iskander se había figurado, la casa del anciano Hayi Festahli estaba cerrada, como siempre: en todo Derbent, no había casa de más difícil acceso.

Y oyó, no la voz de Kassim, sino los ladridos de un perro que, cada vez que se acercaba a la puerta, gruñía con más fiereza.

Por fin, la puerta se abrió, pero sólo para dejar salir a una abominable vieja, con una escoba en la mano.

Parecía una bruja camino del aquelarre.

La mujer ni se tomó la molestia de cerrar la puerta después: de no haber oído cómo una mano echaba el cerrojo, hubiera pensado que la puerta se había cerrado sola.

Iskander estaba decidido a no moverse de allí hasta la noche, o hasta el día siguiente si

fuera preciso, hasta que Kassim saliera de casa. Pero su presencia sería detectada con rapidez, y Hayi Festahli traduciría tal actitud por «está enamorado de mi sobrina; la ocultaré, pues, más celosamente que nunca».

De modo que resolvió regresar a su casa. Se sentó en una alfombra.

Sin temor de que nadie le viera u oyera, se retorció por el suelo, rugió y aulló.

Porque el amor de Iskander se manifestaba como el de los leones.

Los buenos musulmanes, los verdaderos creyentes, no se hacen ni idea de eso que nosotros llamamos el amor ideal. Por eso, Iskander parecía rabioso: deseaba a Kassim al instante, sin tardanza, en aquel mismo momento.

En aquellos momentos, era como uno de esos lectores que se saltan el prefacio de un libro para ir directamente al capítulo primero.

¡Una raza tan peligrosa para los literatos como para tíos con hermosas sobrinas!

Pero Iskander pronto se dio cuenta de que, por mucho que se retorciera todo el día en la alfombra, aunque rugiera durante una semana o aullase a lo largo de todo un mes, nada de aquello le serviría para estar más cerca de Kassim.

Y optó por emplear otros métodos.

A fuerza de pensar en el tío de Kassim, cayó en la cuenta de que, si bien él no tenía tío, sí que tenía una tía. ¡Una tía!

¿De qué vale una tía, si no es para proteger los amoríos de sus sobrinos?

Una tía no vale nada más que para eso.

Nadie sabe de una tía que haya servido para otra cosa. Tampoco quien esto escribe.

Así que se fue a comprar una pieza de seda para un vestido, y corrió a casa de su tía.

Su tía se hizo cargo del paño, escuchó la historia de los amores de su sobrino, y como toda tía, por muy anciana que sea, recuerda siempre los tiempos de su juventud, la tía de Iskander, tras suspirar a cuenta de aquella época pasada, prometió que haría todo cuanto estuviera en su mano para que los dos jóvenes llegaran a conocerse.

—Vente por aquí mañana a mediodía, hijo mío —le dijo—; enviaré a alguien para que vaya a recoger a Kassim, con la excusa de que me gustaría aplicarle un poco de sombra en los párpados. ¡Te esconderé tras esa cortina, perillán! Pero te estarás quieto; que no se te oiga ni respirar. Y sobre todo, no digas a nadie ni una palabra de lo que voy a hacer por ti.

No es difícil de imaginar que Iskander volvió a su casa encantado.

Se acostó temprano, con la esperanza de conciliar el sueño, porque, una vez dormido, el tiempo se le haría más corto.

Pero se había pasado el momento en que el descanso le habría sentado bien.

Se durmió a eso de la una, y se despertó a las dos.

A las siete de la mañana, ya estaba en casa de su tía, con la disculpa de que pronto serían las doce del mediodía.

Cada vez que oía un ruido en la puerta, corría a ocultarse tras la cortina.

Luego, se acercaba a su tía, sin dejar de negar con la cabeza y repetirse que la muchacha no aparecería.

Un poco más tarde, se puso furioso, y hasta pataleó.

—Si no viene —exclamaba—, incendiaré la casa de su tío, de forma que tenga que salir de allí, si no quiere quemarse dentro: tal será el momento en que yo la tome, la suba al caballo y huya con ella.

Su tía procuraba tranquilizarle a cada momento, y le comentaba:

—No podía ser ella; no son más que las nueve..., o las diez..., o las once.

A mediodía, sin embargo, su tía le aseguró que ahora sí se trataba de la joven.

Al igual que su pariente, Iskander había sentido el ruido de los tacones de unas babuchas en el enlosado del patio, y había corrido a ocultarse tras la cortina.

Y, en efecto, allí estaba la joven, en compañía de su amiga Kitshina, la de los ojos azules, como se la conocía.

Ambas jóvenes se descalzaron en el umbral de la puerta, y fueron a sentarse al lado de la dueña.

Los velos que las cubrían cayeron al suelo, lo que provocó un ligero temblor en el cortinaje,

pero, por suerte, ninguna de las dos miraba para aquel lado de la estancia.

Al contrario, tenían los ojos puestos en la mujer mayor, que daba vueltas a una alcuza de *kobol*, un fino polvo de antimonio, con ayuda de un pincelito de marfil.

Kassim se puso de rodillas delante de la buena mujer, que empezó por pintarle las cejas y los párpados. Cuando, para facilitarle la tarea, Kassim alzó sus hermosos ojos, Iskander sintió como si una bala le hubiese traspasado el corazón.

Hasta la propia anciana se quedó prendada de aquella belleza tan celestial y, arrastrada por el embeleso, le dijo a la joven al tiempo que la besaba:

—Mi preciosa Kassim, ¿crees que pronto me mandarás llamar para que te maquille en los baños, acompañada por las dulces canciones de tus amigas? Ojalá que estos ojos tan hermosos

se abran sin una sola lágrima cada mañana, y se cierren con un beso todas las noches.

Kassim suspiró, y devolvió un dulce beso a la anciana tía.

Iskander oyó el suspiro y sintió el calor de aquel gesto.

—Mi tío, Festahli, dice que aún soy muy joven —repuso Kassim, con un deje de tristeza.

—Pero ¿qué te dice el corazón? —preguntó la tía.

Kassim se hizo con una pandereta que colgaba de la pared y cantó, a modo de respuesta:

Bella aurora, ¿por qué sentir tan pronto

La caricia de las plumas de tus alas?

Hermoso joven, ¿por qué me abrasas

El corazón con el fuego de tus miradas?

¿Por qué, si he visto, en cielo despejado
Brillar los astros, a imagen de Dios?
¿Por qué, si en medio de la tormenta,
He contemplado la ígnea serpiente del rayo?
¿Por qué, males temidos o implorados,
Alegría o terror de los cielos,
Sol, rayos y aurora desdeñados,
No soy capaz de olvidar tus rasgos?

Y mientras entonaba el último verso de la canción que acababa de improvisar, Kassim se sonrojó hasta las orejas. A continuación, se echó a reír como la niña que era, dejó la pandereta en el suelo y se echó en brazos de su amiga. Las dos muchachas se pusieron a reír como locas.

¿De qué se reían? ¿Qué tenía de risible aquella situación?

La anciana lo entendió a la primera y, para satisfacción de su sobrino, trató de descubrir de inmediato el secreto de aquel enigma.

—Niña, tan fragante como una rosa —exclamó, mientras jugueteaba con las sortijas de Kassim—, si mi sobrino hubiese escuchado la canción que acabas de entonar, hubiera traspasado con su pecho los muros de esta casa para contemplar a la dueña de esa voz y, tras haberla observado, se la habría llevado, igual que el león con la cabritilla.

En ese instante, un recipiente lleno de agua de jazmín, que estaba encima de un cofre situado al lado de la cortina, se vino al suelo y se rompió en mil pedazos.

La anciana se volvió; las dos muchachas palidecieron.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Kassim, con voz temblorosa.

—¡Maldito gato negro! —repuso la anciana—. Siempre me arma alguna.

Kassim pareció recuperar la calma.

—No me gustan nada los gatos negros —añadió—. Dicen que prestan su piel al diablo en determinadas ocasiones, y que tal es la razón de que sus ojos refuljan en la oscuridad. Vamos, Kitshina. Mamá sólo me ha dado permiso para estar una hora fuera de casa, y ya se oye de nuevo la voz del *mulá*.

Con frialdad, Kassim besó a la anciana, pero ésta, al adivinar que aquel desdén sólo era afectado, le comentó mientras las acompañaba hasta la puerta:

—¡No ha pasado nada! Por más que te enfades, Kassim, sabes que me encantaría verte con una guirnalda de flores en el pelo. Para mí, tu felicidad es tan importante como un hilo de oro, y yo sé de un hombre a quien no le importaría unir su alma a la tuya con la misma clase

de hilo. Pero quédate tranquila, niña mía, que sólo Alá, él y yo estamos al tanto.

Kassim abrió unos ojos como platos, porque la extrañeza hizo que se pusieran el doble de grandes. En aquel momento, ya se encontraba en el umbral de la casa, y su amiga, tras ella, la empujaba con suavidad. Pero la puerta ya se cerraba y, por toda explicación, hubo de conformarse con el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Cuando ésta regresó a la estancia, Iskander casi asfixia a su tía entre sus brazos. La buena mujer no cejaba en sus reproches acerca de que no había sabido estarse quieto en su puesto de vigía.

—¡Cuando se cayó el jarrón, creí morirme!
¡Travieso muchacho! Si Kassim hubiera adivinado la causa del estropicio, te habrías visto en la tesitura de darme sepultura.

—¡No me eches la culpa, tía! —exclamó Iskander—. ¿Cómo podía permanecer quieto, si el corazón casi me estalla al contemplar el rubor que cubría las mejillas de Kassim en el momento en que mencionaste mi nombre? No he sido capaz de quedarme quieto: me hubiera gustado cubrirla de besos. Así es la vida: hay que recoger lo que uno siembra.

—No, si la siembra se ha realizado en tierras de otros.

—Cómprame, pues, esas tierras, tía; no permitas que desfallezca, como el ruiseñor en las espinas del rosal. Kassim ha de ser mi mujer. No tardes en pedirle la mano a su tío, y siempre te estaré tan agradecido como ahora estoy enamorado. Lleva a buen término tu embajada, tía, y te prometo que tendrás la mejor pareja de búfalos de todo el Daguestán.

Al día siguiente, el bey Iskander recibió la respuesta de Mir Hayi Festahli.

Pero, desde luego, no era la que esperaba.

La transcribimos a continuación, para que el lector pueda hacerse una idea del estado de ánimo con que la recibió el pobre Iskander.

—Dile de mi parte, a tu Iskander —fue la respuesta de Festahli a la anciana tía—, que no me he olvidado de su padre, que era un animal. Un día, delante de todo el mundo, me llamó... Mas no repetiré lo que dijo. Y jamás pude resarcirme de aquello, porque era la época en que los rusos se entrometían en nuestras vidas. Pero no he olvidado la ofensa, y aún la guardo viva en mi corazón. Pague, pues, el hijo por los pecados del padre. No soy como un perro, que lame la mano que le ha pegado. Pero, las cosas claras: aunque no hubieran pasado tales cosas, tampoco daría la mano de mi sobrina a Iskander. ¡No me faltaba nada más que convertirme en el tío político de semejante individuo! Sólo aquí, en Derbent, hay más de setenta beys tan buenos como él. Cuando quiera, le hago la lista. ¿Me

hablas de dote? Si se arruinase, quizá obtuviese la dote de mi sobrina, pero ¿de qué vivirían en adelante? ¿Tiene parientes a quienes recurrir en caso de necesidad? ¿Cuántos huevos de cuervo recibe como renta de sus aparceros? ¿Cuántos haces de ortigas saca de sus tierras? El pordio-sero de tu sobrino no tiene nada; está desnudo el pobretón de tu sobrino. Así que mi respuesta es no, y no habrá de ser otra cien veces más. ¡No quiero golfos en mi familia! Y menos con una cabeza y una bolsa tan vacías que, si alguien soplase, ambas volarían por los aires... De modo que, adiós, señora.

Cuando, con pelos y señales, su tía le llevó tal respuesta, cualquiera que conociese el carácter del bey Iskander habría entendido la rabia que se adueñó del joven.

Al cabo de un rato, sin embargo, ya había tomado una decisión: juró que se vengaría, y de forma terrible, de Mir Hayi Festahli.

No hay que olvidar que era tártaro.

No otra era la razón de que Hayi Festahli anduviera absorto por las calles que subían hasta la casa de Iskander; de que, preocupado como iba, escupiese ora en las barbas negras de Hussein, ora en las pelirrojas de Ferzali, y de que, al llegar a la puerta, llamase con discretos golpes, en vez de dar muestras de impaciencia.

Toma y daca

Iskander no era rico, y estaba soltero. Por eso, resultaba fácil que sus puertas se abriesen de par en par, y no sólo a medias, porque no tenía miedo de que ningún visitante fuera hasta allí para admirar a su mujer o echar un vistazo al cofre de sus tesoros.

Por lo mismo, recibía a los visitantes, no en el umbral de la puerta como es costumbre entre los musulmanes que son padres de familia, sino en su propia habitación, la más retirada de toda la casa. Porque ninguna de sus pertenencias podía llamar la atención de ningún ladrón, ya fuera de dinero o de corazones.

—¡Bienvenidos! —gritó, pues, a los recién llegados, desde dentro, sin preocuparse ni siquiera de saber quiénes eran.

La puerta se abrió.

Como su escudero había ido a dar de comer al caballo, fue el propio Iskander quien les franqueó el paso, aunque se quedó boquiabierto al ver que, en la calle, se encontraban Mir Hayi Festahli y sus dos acólitos.

La sangre se le subió a la cabeza: lo primero que se le ocurrió fue llevarse la mano al puñal.

Pero, tras realizar un violento esfuerzo, la curiosidad prevaleció sobre la cólera que sentía.

Se llevó una mano a la altura del pecho, saludó a los visitantes y les invitó a entrar.

Se sentaron en unas alfombras, se atusaron las barbas con dignidad oriental, alisaron las túnicas que llevaban y comenzaron a parlotear de asuntos intrascendentes.

Tras cinco minutos de cortés conversación, Mir Hayi Festahli abordó la cuestión que los había llevado hasta allí.

Y habló de las amenazas que se cernían sobre todo el Daguestán, y sobre Derbent, en particular, caso de que la sequía se prolongase tan sólo una semana más.

Tras cada cosa que decía, se volvía hacia sus acompañantes, como si recabase su ayuda. Pero éstos permanecían mudos y, si no le escupían en las barbas, no era por falta de ganas.

Por su lado, Iskander no parecía conmovido en exceso por la patética perspectiva que esbozaba Mir Hayi Festahli acerca de los horrores que sufrirían tanto la región como la ciudad: tan sólo el color de su rostro permitía adivinar que algo bullía en su interior.

Y llegó el momento en que Hayi Festahli puso fin a su perorata con una triple exclamación:

—¡Una maldición! ¡Una maldición! ¡Una maldición caerá sobre Derbent!

—Parece probable —repuso Iskander.

—¡Seguro! —añadió Hussein.

—¡Está claro! —se lamentó Ferzali.

Ante tal cúmulo de certezas, se produjo un silencio, que Iskander aprovechó para escrutar a sus visitantes. Pero éstos se mantuvieron callados.

Iskander comenzó a impacientarse.

—Hermanos, no habréis venido hasta aquí —comentó—, para que lloremos y enjuguemos nuestras lágrimas en común. Por otra parte, me da la impresión de que, tanto por vuestra parte como por la de las personas que os envían hasta mí, traéis alguna embajada que concierne a mi augusta persona, y que tenéis que decirme algo más importante que todo lo que he escuchado hasta ahora.

—Impresionante el tino de nuestro hermano —repuso Hayi Festahli, con una inclinación.

Con un torrente de perífrasis orientales acerca del honor que correspondía a Iskander por haber sido el elegido, le expuso el sacrificio que los habitantes de Derbent esperaban que llevase a cabo.

Pero Iskander frunció el ceño de modo terrible.

—¡Extraña elección! —exclamó, con vehemencia—. Hasta el día de hoy, los habitantes de Derbent, por quienes he luchado, aunque a fuer de sincero he de decir que lo hacía más por mí que por ellos, no sólo no me han dirigido la palabra, sino que ni siquiera me saludaban. Pero he aquí que me hacen esta petición, a la que yo no aspiraba y de la que no soy digno. Cierto que hay enormes precipicios en las montañas del Shaj-Dag, parajes que, por otra parte, son la guarida del bandolero Mulá-Nur, y que hay diez posibilidades contra dos de que me despeñe por uno de esos precipicios, y una contra veinte de que muera asesinado. Pero les da

igual: les sirvo para esta empresa, y se han acordado de mí. Dadme una sola razón para que a mí, que disfruto con el calor y el sol, se me ocurra pedir nubes y lluvia a Alá. Por el contrario, estoy encantado con tener la casa seca, el establo en perfecto estado, y con que no haya niebla ni barro por la calle. Además, el sol hace que se multipliquen los huevos de cuervo, y no necesito la lluvia para que crezcan mis ortigas. ¡Os burlabais de mí porque no cultivaba trigo! Si no me dedico al trigo, ¿por qué habría de interesarme por vuestras cosechas? Todos vosotros calumniasteis a mi padre, le robasteis, le expulsasteis y me despreciasteis. ¡Y ahora resulta que queréis que ponga en riesgo mi vida para utilidad vuestra y que implore, en vuestro nombre, la misericordia de Dios! Pero está claro que estoy errado: sólo habéis venido hasta aquí para insultarme de nuevo y, para que no falte de nada, han confiado tal embajada al santón, al honorable Hayi Festahli. Pero no es posible cargar a un camello cuando está er-

guido; ha de estar de rodillas. Y yo, como podéis ver, estoy de pie.

Altivo como un rey y terrible como un dios, Iskander se puso en pie.

—Y ahora —añadió—, Hayi Festahli y yo tenemos un minúsculo asunto pendiente. Os dejamos solos durante unos instantes. Espero que sepáis disculparnos, dignos señores.

Hizo una seña para que Hayi Festahli le siguiera a la estancia contigua.

Al verla, el rostro del santón musulmán se alargó y se ensombreció como una noche de otoño. Se puso en pie, con la sonrisa en los labios. Pero, como todo el mundo sabe, hay dos clases de sonrisas, la que adelanta los labios para besar y la que muestra los dientes para morder.

Los dos pasaron a la otra habitación.

Dado que nos quedamos a la puerta de la estancia que ocupaban Hayi Festahli e Iskander, no sabríamos decir de qué hablaron durante ese rato Hussein, el de la barba negra, y Ferzali, el pelirrojo.

Al cabo de un rato, ambos enemigos regresaron al primero de los cuartos, tan radiantes como las diamantinas insignias del León y del Sol que lucen los ministros persas a ambos lados de la pechera.

Iskander se dirigió a los comparsas, y dijo:

—En un primer momento, tenía mis razones para no atender a las súplicas de los habitantes de Derbent. Pero el honorable Hayi Festahli, que Dios guarde, me ha dado tan buenos motivos para tomar la decisión contraria que estoy dispuesto a ir a buscar la nieve en las cimas del Shaj-Dag, incluso a riesgo de despeñarme por un precipicio o de jugarme la vida por culpa de Mulá-Nur. Todo está en manos de Alá y, si una sentida y fervorosa oración es capaz de conmo-

ver Su divino corazón, me atrevo a pensar que Su misericordia se ablandará, y que las nubes llorarán tantas lágrimas que la tierra saciará su sed por este año y el que viene. Esta misma noche me pondré en camino. Rezad, que yo cumpliré con mi obligación —y añadió—: El tiempo vuela, así que no os entretengo más.

Los enviados dieron las gracias a Iskander, calzaron sus pies de nuevo y abandonaron la casa.

Iskander se quedó a solas, como apetecía.

—¡Bueno! —exclamó feliz, cuando comprobó que ya nadie podía oírle—. Ese viejo farsante de Hayi Festahli no es tan malo como pensaba. Me odiaba a muerte, porque, un día, mi padre, delante de todo el mundo, le había llamado hijo de... ¡no importa! Y ahora, como un verdadero patriarca, entierra su resentimiento en aras del bien común y me concede la mano de su sobrina, a cambio de un poco de nieve... ¡Un hombre cabal!

Por su lado, mientras se alejaban de la casa, Hussein y Ferzali comentaban:

—Ese hombre, Iskander, es más que eso: es un ángel. Estaba dolido con Derbent y furioso con Festahli; pero en cuanto ha oído de las lágrimas y los sufrimientos de los más pobres, no ha sido capaz de decir que no.

A su vez, toda la población se puso a cantar y a bailar, tras enterarse de la respuesta afirmativa de Iskander.

Mientras tanto, Festahli reía para sus adentros.

—¡Palabras, palabras! —musitaba—. No son más que eso, especialmente en ausencia de testigos. Nadie podrá obligarme a cumplirlas. Si hubiera tenido que presentarme ante la gente con una negativa de Iskander, me hubiera muerto de vergüenza. Por otra parte, no he olvidado añadir la fórmula de cortesía, referida siempre a la condición de que su aventura ter-

mine con bien. Puede ser que Iskander no regrese. Escarpadas son las sendas del Shaj-Dag y nadie se atrevería a poner en duda la crueldad de Mulá-Nur. ¡Ya veremos, ya veremos!

Ocasión tendremos de comprobar que el tal Mir Hayi Festahli Ismael Ogli era todo un santón. Descendía del Profeta.

Pletórico de contento, Iskander dio un beso a su magnífico caballo de Karabaj, al tiempo que exclamaba:

—Palabra de honor que están locos si piensan que hago todo esto por su trigo. Pero por Kassim, por mi hermosa y adorada Kassim, no sólo escalaría el Shaj-Dag, sino que sería capaz de llegar a la luna. ¡Ibrahim, échale avena al caballo!

Oda a una nariz

¿Os habéis parado a pensar alguna vez, queridos lectores, en lo admirable que resulta una nariz?

¡Una nariz, ni más ni menos!

¿Y en cuan útil le resulta a todo aquel que alza, como dice Ovidio, el rostro al firmamento?

¡Aunque parezca raro, quizá por una cuestión de extraña ingratitud, a nadie se le ha ocurrido escribir una oda a la nariz! Y esta idea se me ha tenido que ocurrir a mí, que no soy poeta ni pretendo rozar la suela de los zapatos de nuestros bardos.

A decir verdad, parece que la nariz lleva una maldición encima.

¡Mira que han inventado cosas los hombres para los ojos!

Han compuesto rimas, formulado cumplidos, construido caleidoscopios, pintado cuadros, imaginado decorados, e incluso inventado gafas.

Lo mismo sucede con las orejas.

Sin olvidar, claro está, los pendientes, ahí tenemos *Roberto el Diablo*, *Guillermo Tell*, *Fra Diavolo*, los violines de Stradivarius, los pianos de Érard o las trompetas de Sax⁹.

¿Y qué decir de la boca?

Libros como *La Cuaresma*, *La cocinera burguesa*, *El almanaque del gastrónomo*, *El diccionario del goloso*. Se han inventado toda clase de sopas,

⁹ *Roberto el Diablo*, *Guillermo Tell* y *Fra Diavolo* son personajes de sendas óperas de Meyerbeer, Rossini y Auber, respectivamente. Sébastien Érard (1752-1831) fue un famoso constructor de pianos, inventor del de doble escape. En cuanto a las trompetas fabricadas por la familia Sax, tales instrumentos gozaban de un gran renombre. A uno de los miembros de dicha familia, Antonio José, debemos la invención del saxofón.

desde la *batinya* rusa¹⁰ hasta la sopa francesa de coles. Ha gozado de la reputación de los hombres más importantes, y ahí están como prueba las chuletas al modo de Soubise o las morcillas al estilo de Richelieu. Se han establecido comparaciones entre los labios y el coral; los dientes y las perlas, o el aliento y el benjuí. Bocas hay que han probado pavos reales con sus propias plumas, becadas no vaciadas, y ya se asegura que, en un futuro próximo, degustaremos alondras asadas.

Por el contrario, ¿qué se ha inventado para el disfrute de la nariz?

La esencia de rosas y el rapé.

¡Pues eso no está bien, mis queridos filántropos, mis queridos maestros y poetas, colegas del mundo de las letras!

¹⁰ Sopa fría cocinada con hojas de remolacha o con pescado.

Sin embargo, hay que ver con qué fidelidad dicho miembro...

—¡No es un miembro! —clamarán los sabios.

Perdón, señores, rectifico, tal apéndice, y continúo, ¿qué puede compararse con la fidelidad de dicho apéndice?

Porque los ojos duermen, las bocas enmudecen y los oídos ensordecen.

Pero la nariz siempre está ahí, al acecho.

Vigilante durante el descanso, no cesa en su contribución a la salud de cada cual. Las otras partes del cuerpo, los pies o las manos cometen torpezas: las manos siempre se dejan coger en la masa; los pies tropiezan por falta de agilidad y hacen que nos caigamos, porque son torpes.

Incluso en este último ejemplo, ¿quién paga los platos rotos la mayoría de las ocasiones? Son los pies los que trastabillan; pero el castigo recae en la nariz.

¡Cuántas veces no habremos oído decir que alguien se ha roto la nariz!

Innumerables son las narices rotas desde el principio de los tiempos, pero reto a quien sea a que me hable de una sola de ellas que haya sido culpable de tal desafuero.

Y, sin embargo, la culpa de todo siempre la tiene la pobre nariz, que soporta todos los sabores con paciencia evangélica. Si bien es cierto que, a veces, comete la impudicia de roncar, ¿quién ha oído quejarse nunca a una nariz?

Sin olvidar que la naturaleza ha hecho de ella un instrumento admirable, gracias al cual podemos aumentar o disminuir, a voluntad, el volumen de la voz. Sin mencionar tampoco el inestimable servicio que nos presta como intermediaria entre nuestro espíritu y la esencia de las flores. Pero dejemos de lado su utilidad, y fijémonos tan sólo en su vertiente estética, en su belleza.

Tal que un cedro del Líbano, tiene a sus pies el hisopo del bigote; como pilar central que es, constituye la base del doble arco de las cejas; en el capitel de dicha columna, se aloja un águila, es decir, el pensamiento. Florecen las sonrisas en torno suyo. No olvidemos la altivez del apéndice nasal que Ajax dirigía contra la tempestad, cuando sostenía aquello de que huiría a pesar de todos los dioses¹¹. Recordemos el valor de la nariz del gran Conde¹², que recibió tal apelativo gracias a ella, y cómo destacó en los

¹¹ Tras la toma de Troya, Ajax penetró en el templo de Minerva, derribó una estatua de la diosa y abusó de la sacerdotisa Casandra. Por esta razón, Minerva le hizo naufragar. Ajax consiguió aferrarse a una roca, desde la que amenazó a los dioses con el puño en alto. Mas Neptuno hundió la roca, y Ajax desapareció.

¹² Luis II, príncipe de Conde (1621-1686), fue el vencedor de los tercios españoles en Rocroy (1643) y del Ejército español en Lens (1648). Participó activamente en la Fronda a favor de la Corte, pero Mazarino optó por encarcelarle ante la alta recompensa que exigía por sus servicios.

frentes de batalla españoles, en los que el vencedor de Lens y de Rocroy tuvo la osadía, o la imprudencia, de echar por la borda el bastón de mando. ¿Y qué decir del aplomo de la nariz de Dugazon¹³ cara al público, cuando mostraba las cuarenta y dos formas en que podía moverla, a cual más cómica?

No creo que sea justa la condena al olvido en que la ingratitud de los hombres ha sumido a la nariz hasta el día de hoy.

Quizá el origen de esta injusticia haya que buscarlo en la pequeñez de estos apéndices en el mundo occidental.

Pero no sólo hay que tener en cuenta las narices de los occidentales.

También las hay orientales, y bien hermosas.

¹³ El actor francés Jean-Baptiste Gourgaud, más conocido como Dugazon (1746-1809), fue un ferviente partidario de la Revolución. Como autor, escribió algunas piezas dramáticas que alcanzaron cierto éxito.

Si alguno de los habitantes de París, Viena o San Petersburgo alberga alguna duda sobre la pretendida superioridad de las narices occidentales, el vienes debería remontar el Danubio, el parisino montarse en un barco a vapor y el ruso subirse a un *peredaddoi*, y pronunciar las palabras mágicas: «¡A Georgia!».

Desde este instante, me erijo en portavoz de una profunda humillación. Aunque uno luciera en Georgia una de las mayores narices de Europa, la de Hyacinthe o la de Schiller, pongamos por caso, en la frontera de Tiflis sería observado como una rareza, y se murmuraría que por allí había pasado alguien que, por desgracia, había perdido la nariz durante el trayecto.

Porque desde la primera calle de la ciudad, incluso al poner los pies en los primeros arrabales de la misma, cualquiera habrá de aceptar que todas las narices, ya sean griegas, romanas, alemanas, francesas, españolas y hasta napolitanas, habrán de ocultar su ridículo en las en-

trañas de la tierra ante la magnitud de las narices georgianas.

¡Así de hermosas, robustas y magníficas son las narices de Georgia! ¡Por Dios que lo son!

Las hay de todas las formas imaginables: redondas, gruesas, largas, anchas.

Y de todos los colores: blancas, rosas, rojas, violetas.

Las hay que lucen adornos de rubíes o de perlas, incluso yo he visto alguna con aderezo de turquesas.

No hay más que presionar con dos dedos a cualquiera de ellas para que expela una cantidad de humor acuoso equivalente a una pinta de vino de Kaketia.

En Georgia, una ley de Wachtang IV abolió la toesa, el metro y la archina¹⁴. Sólo mantuvo

¹⁴ Medida rusa de longitud, de origen turco, introducida durante la dominación tártara, y equivalente a 0,711 me-

la nariz como unidad de medida, y las telas se miden por narices.

Y así, no es extraño oír de alguien que ha adquirido diecisiete narices de tarlatana para hacerse una bata, o siete narices de kanaos para un pantalón, o una nariz y media de raso para confeccionar una corbata.

Por supuesto que las señoras de Georgia son de la opinión de que esta unidad de medida es mucho mejor que cualquiera de las habituales en Europa.

De todos modos, y en cuanto a narices se refiere, no hay que hacer de menos a los apéndices propios del Daguestán.

Y así, en medio de la cara de Hayi Yusuf, natural de Derbent, a quien Dios le conserve siempre unos hombros tan fuertes, se eleva una cierta protuberancia para la cual sus paisanos

aún no han dado con el nombre adecuado: unos la llaman trompa; otros, timón, y no falta quien se refiere a ella como mango.

¡Tres hombres podrían dormir bajo su sombra!

Natural, pues, que semejante nariz fuera respetada en Derbent, con ese calor de cincuenta y dos grados, porque bajo aquel apéndice, o sea a la sombra, sólo hacía cuarenta grados.

A nadie sorprenderá, por tanto, que Yusuf fuera designado como guía de Iskander.

Aunque, en puridad, no sólo fue debido al tamaño de su nariz.

Como lo indica el título de Hayi que hemos antepuesto a su nombre de pila, Yusuf había peregrinado a La Meca, para lo cual había cruzado Persia, Asia Menor, Palestina, el desierto, parte de la Arabia Pétreo y una zona del mar Rojo.

A su regreso, Yusuf había contado verdaderas maravillas de las cosas que le habían acontecido durante el viaje: los peligros por los que había pasado, los bandoleros de los que se había librado, y hasta los animales salvajes a los que, como un nuevo Sansón, había quebrado la quijada.

Por eso, cuando aparecía por el bazar de Derbent, la gente se apartaba para ceder el paso al león de las estepas.

Al decir de los bigotes más puntiagudos y de las más luengas barbas nadie ponía en duda su valor, especialmente cuando el bey Yusuf se lanzaba a cortar cabezas con su piquito de oro. Se contaba que, tras escalar una montaña de Persia, tan alta era aquélla que, una vez llegado a la cima, había colgado su papaja del cuerno de la luna. Durante el tiempo en que permaneció en aquellas alturas, sólo se había alimentado de tortillas de huevos de águila y, llegada la noche, se refugiaba en cavernas en las que,

cuando estornudaba, el eco le respondía con un Dios te ayude. Cierto es que la mayoría de las veces hablaba sin pensar, pero lo que decía constituía un motivo de reflexión para los demás. ¡Qué animales no habría visto! ¡Con qué hombres tan diferentes no se habría cruzado! Había visto animales de dos cabezas y una sola pata; había convivido con hombres carentes de cabeza, y que pensaban con la barriga.

Como sus aventuras ya estaban un poco pasadas de moda, en un primer momento, nadie había reparado en él para enviarle en busca de la bola de nieve. Pero cuando Iskander fue designado para tal misión por aclamación popular, Yusuf montó en su caballo persa, se ciñó un puñal de Andrev, una pistola de Kuba y un chascás de Vladikavkas y, de aquella guisa, se dio una pomposa vuelta por las calles de Derbent, mientras afirmaba:

—Si os parece bien, puedo acompañar al pobre Iskander; porque ¿qué sería de ese chiquillo sin tenerme a mí a su lado?

—De acuerdo. Ve con Iskander —le respondieron.

Y volvió a su casa para reforzar sus pertrechos defensivos con una coraza de mallas de cobre, y su armamento, con un fusil de Nuka. Unas botas amarillas, de tacón alto, completaban su indumentaria. De la silla del caballo, colgó el sable y el látigo.

Con semejante arsenal, apenas era capaz de dar un paso.

Como estuvo preparado mucho antes que Iskander, le esperó a la puerta de su casa, sin dejar de decir:

—¿Cuándo pensará salir?... Si hubiera sido yo el elegido, ya haría más de dos horas que me habría puesto en camino.

A eso de las seis de la tarde, Iskander salió de casa, a lomos de su caballo de Karabaj, con el atuendo y las armas que solía llevar.

Cruzó la ciudad con lentitud, no porque quisiera hacerse notar, sino porque todas las calles que iban desde su casa hasta las puertas de Derbent estaban abarrotadas.

Se acercó al bey Yusuf, le tendió la mano, saludó una vez más a los habitantes del lugar y partió al galope.

Yusuf iba detrás, montado en su corcel de Khorasán. Durante un rato, fue posible distinguir jinetes y monturas; pero, al poco, ya sólo se distinguía una estela de polvo y, más tarde, nada: hombres y caballos habían desaparecido.

Al llegar a un inmenso cementerio, Iskander obligó a su caballo a aminorar el paso.

Comenzaba a hacerse de noche.

Pero Iskander no pensaba ni en las tinieblas ni en el camposanto; sólo tenía a su amada Kasim en la cabeza.

Yusuf miraba a izquierda y derecha con bastante recelo, y aprovechó el paso lento de Iskander para acercarse al joven.

Iskander estaba sumido en sus pensamientos.

Cualquiera que haya sido joven de espíritu alguna vez, o que haya estado enamorado de todo corazón, al igual que todos los jóvenes y enamorados que se hayan visto obligados a alejarse de los parajes en que vive su amada, comprenderá con facilidad los sentimientos que bullían en el pecho de Iskander. Sin duda es una locura pensar que, por respirar el mismo aire, nuestros sueños hayan de ser parejos; o que, por elevar diez veces la vista a una misma ventana, incluso si ésta permanece cerrada, hayan de acompañarnos hasta diez recuerdos diferentes. Pero son extravíos que reconfortan.

Nuestra fantasía siempre es más pintoresca que la realidad. La imaginación es como la poesía: vuela tan ligera como los ángeles y los pájaros, y sus blancas alas jamás se ven mancilladas por el barro o el polvo de los caminos.

La realidad, por el contrario, es como la prosa: se pierde en los detalles; cuando se inclina sobre el blanco cuello de una novia, no repara en una piel más o menos fina, sino en si las perlas del collar son verdaderas o falsas; lo mismo corteja a un marido, que acaricia a un perro o da dinero al servicio.

¡Más vale, pues, que viva la poesía!

Tales eran, poco más o menos, las reflexiones que se hacía Iskander, sólo que él las hacía con veinticinco años menos que el autor de estas líneas, lo que debía de conferirles el color de las rosas y el aroma del espino albar, cuando hete aquí que Yusuf le tocó el brazo.

—¿Qué hay, Yusuf? —preguntó, tras apartarse de sus ensoñaciones.

—Pues que, como no hemos querido permanecer con los vivos en la ciudad, tampoco veo razón para que nos quedemos en este cementerio con los muertos. ¡Que ardan todos estos ataúdes, si no parece que todas las lápidas vayan a alzarse y que ese patíbulo de ahí no alargue hasta nosotros su negro y descarnado brazo!

—Eso es que suspira por ti, Hayi Yusuf, y teme que te vayas a escapar de él —replicó Iskander, entre risas.

—¡Escupiría en las barbas de quien tuvo la idea de plantarlo ahí! —repuso Yusuf—. ¡Que Alá me guarde! Cada vez que paso por este lugar, aunque me considero buen musulmán y hombre de corazón puro, siempre tengo la sensación de que va a abalanzarse sobre mi cuello. Además, sé sincero, Iskander: si no estuviéramos bajo dominación rusa, no permanecería-

mos aquí mucho tiempo, con el fusil a la espalda y el pie en los estribos. ¡Abajo las caravanas! ¡Ya me encargaría yo de desbaratarlas y de reducir las al tamaño de un grano de mijo!

—La verdad, Yusuf, no sabía que fueras tan valiente por la noche... Cuando el asedio de Kasi-Mulá, te vi luchar a la luz del día, aunque, ciertamente, no estoy seguro de haberte visto. ¿Te encontrabas fuera de Derbent por aquel entonces?

—Querido Iskander, ¿es que nunca dejarás de burlarte de mí? ¿No recuerdas que, precisamente ante tus ojos, le corté la cabeza a un lesguio que luchaba tan encarnizadamente conmigo que, cuando ya rodaba su testa por el suelo, me dio un mordisco tan fuerte en el pie que hoy en día, cuando el tiempo va a cambiar, todavía me duele? ¿No me negarás que presenciaste aquello?

—Dios no me concedió tal favor.

—Además, ¿acaso son hombres los lesguios? ¿Merece la pena jugarse la cabeza ante sus balas? Si acabo con un lesguio, no pasa nada; pero si las cosas suceden al revés, Alá se verá en un aprieto para buscarme sustituto. Así que, una vez muerto aquél, pensé para mí que ya había tenido bastante de lucha cuerpo a cuerpo. Todos los días iba hasta la fortaleza, porque me había hecho cargo de una pieza de artillería; yo era quien calculaba el tiro, situaba la pieza y le decía a un soldado que abriera fuego. Al instante, comenzaba el baile allí donde yo había dirigido el disparo. ¡Por Alá que me lo pasé en grande! Nunca me he jactado de ello, pero a ti, que eres amigo mío, te diré que, a la vista de las bajas que le causaba, yo fui la causa principal de que Kasi-Mulá levantase el sitio. ¡Y pensar que por una acción así no se me ha concedido condecoración alguna, ni siquiera la cruz de san Jorge...! ¿No te ha parecido oír algo? —preguntó el valeroso paisano, tras arrimarse un poco más a Iskander.

—¿Qué demonios quieres que oiga, aparte del ulular del viento y los aullidos de los chacales?

—¡Malditos animales! Los mataría a todos, machos, hembras y a toda su parentela. ¿Por qué harán eso?

—Quizá intuyan que, mañana por la noche, podrán darse un festín con nuestros cadáveres. ¿No crees, Yusuf, que al que le toque tu nariz irá más que bien servido?

—¡Déjate de bromas pesadas, Iskander! Las palabras a destiempo siempre traen enredos. Además, es la hora preferida de los forajidos; en cuanto cae la noche, todos se echan a los caminos. ¡Anda, Iskander, que si nos diéramos de bruces con Mulá-Nur!

—¿Quién es Mulá-Nur? —dijo Iskander, como si no conociese a quien acababa de nombrar su compañero de viaje.

—¡Más bajo, Iskander, chitón! Por Hussein y Alí te conjuro, o no seguiré más allá contigo. El maldito Mulá-Nur tiene orejas en los árboles. Cuando menos lo piensas, aparece como un rayo.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasa entonces?

—Que te hace prisionero. Le gusta reír y gastar bromas; pero, ya sabes, al estilo de los forajidos. Si sabe que eres un avaro, te limpiará todo lo que lleves encima, sin olvidar que, además, pedirá un rescate por ti. Pero si cae sobre un pobre, no sólo no le quitará nada, sino que se lo dará.

—¿Cómo es eso? ¿Que ayuda a los desfavorecidos?

—Así es; ha habido varios casos. Por ejemplo, a unos valientes muchachos que estaban

enamorados, les dio los veinticinco rublos que les hacían falta para comprar a sus mujeres. A otros, sin embargo, les aligeró tan sólo del peso en oro equivalente a las balas que llevaban en la cartuchera. Incluso se ha dado el caso de que no pida más que los rublos que quepan en la hoja de su puñal. Siempre dice que no puede hacer otra cosa, porque es un pobre negociante, y toda actividad comercial tiene sus riesgos, especialmente aquella a la que él se dedica.

—Pero —repuso Iskander, con una sonrisa—, ¿todos los sorprendidos van desarmados en lugar de llevar fusiles? A ver si va a resultar ahora que Mulá-Nur es de hierro...

—¿De hierro, dices? Puro acero, amigo mío, porque las balas rebotan contra él como en el granito. ¡Alá es grande!

—De ser cierto lo que dices, Yusuf, casi prefiero creer que Mulá-Nur es el diablo en persona, porque hay que ser un demonio, no una

criatura humana, para desvalijar a una caravana entera.

—¡Cómo se nota, hijo mío, que jamás has salido de la dehesa! ¿Quién te ha dicho que Mulá-Nur carezca de cuadrilla? Muy al contrario: le acompañan muchos hombres que piensan que más vale comer el pan cocido por otros que esforzarse en cultivar aquello que nos procura ese pan. ¡Por Alá que no le faltan secuaces! Incluso yo lo he pensado alguna vez. Si no tuviera parientes y una herencia a la vuelta de la esquina, osado y aventurero como soy... ¿Qué haces Iskander? ¿Adonde vas? Ya sabes que, para el diablo, la oscuridad es como la luz del día, y más en esta noche tan negra como los propios infiernos. Dime, Iskander, ¿en qué piensas?

—Pienso que no eres un buen jinete, Hayi Yusuf.

—¿Mal jinete, yo? ¿No te da vergüenza decir una cosa así? Es una pena que no fueras testigo

de cómo puse en fuga a una banda de forajidos en los alrededores de Damasco. Sin jactancia, puedo decirte que, una vez libres, la caravana entera de peregrinos se puso a mis pies, y con razón. Había matado a tantos que tenía el fusil teñido de rojo y hasta se disparaba solo. En cuanto al sable, la hoja más bien parecía de púas, como un peine. Siete cayeron muertos allí mismo; a otros dos, los capturé vivos.

—¿Y qué hiciste con ellos?

—Al día siguiente, los quemé vivos, porque me molestaban.

—¡Eso es cruel, Yusuf!

—¿Qué quieres que haga? ¡Yo soy así!

—¿Y no te da vergüenza contar esas cosas? Al menos tu fusil fue más pudoroso que tú: cuando menos, se había puesto rojo.

—¿No me crees? Pues pregunta a Safar Kuli, que lo vio todo.

—¡Qué pena que haya muerto hace una semana!

—¡Tienes razón! ¡Podía haber esperado un poco! Pero cualquiera que te oiga pensará que soy un cobarde. ¡Por Alá, ponme frente a una docena de malhechores y verás cómo me deshago de ellos! ¡Ponme a prueba! Dime dónde están, y verás... Pero que no sea por la noche: no me gusta pelear en la oscuridad; prefiero que el sol sea testigo de mi bravura, y además, tengo por costumbre apuntar siempre al ojo derecho de mis contrincantes.

—¡No salgo de mi asombro, Yusuf! ¡Hasta serías capaz de vértelas con una docena de forajidos!

—¡Con eso no tengo ni para empezar!

—Ojalá llegue pronto el día en que nos topeamos con una partida de bandoleros. Con que fueran doce, me daría por satisfecho. Te prometo que te los dejaré todos a ti, Yusuf; no les to-

caré ni un pelo, ni siquiera con el mango del puñal.

—Hijo mío, más vale no tentar al diablo, porque siempre acaba por aparecer. Además, si los ladrones son como los demonios, no olvides que estamos en sus dominios, así que es preferible no provocarlos. La noche se torna cada vez más oscura, como si Satán se hubiera apoderado de la luna. ¡Maldita noche, que ni siquiera nos deja ver el camino por el que vamos! ¡Socorro! ¡Ayuda!

—¿Qué pasa?

—¡He caído en manos de un bandolero! ¡Suéltame, demonio de forajido!

—Indícame dónde está y abriré fuego.

—¡Como si fuera tan fácil! ¡Es como si tuviera garras! Me tiene atrapado, como un halcón a su presa. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? Arreglemos las cosas en paz —exclamó Yusuf, mientras Iskander se aproximaba a él.

—¡Ya me parecía a mí! ¡Qué grandes son los ojos del miedo! El ladrón del que hablas es un matorral de arbustos espinosos, tan comunes por estas tierras. Amigo Yusuf, creo que habría sido mejor que fueras a buscar agua a una fuente, a lomos de un asno, que venir conmigo a por la nieve del monte Shaj-Dag.

—¿Un matorral dices? Te juro que era un lesguio, o alguien de Chechenia. Al ver cómo echaba mano al puñal, ha preferido soltarme.

—¿Con esta oscuridad? ¡Si hasta tú mismo aseguras que el diablo se ha llevado la luna! ¡Cómo iba a darse cuenta de que echabas mano al puñal!

—Todo el mundo sabe que esos bribones son como los gatos, y ven en la oscuridad. ¡Iskander! ¿Qué hay ahí, delante de nosotros?

—Un río. ¿Cómo es posible que, con una nariz como la tuya, no huelas el agua? Mira, mi caballo tiene un olfato más fino que el tuyo.

—¿Vamos a cruzar el río esta noche?

—Por supuesto que sí.

—No me parece prudente, Iskander; es mejor que esperemos a mañana. No es ninguna tontería tratar de atravesar un río a estas horas, y menos el río Negro.

Pero Iskander se encontraba ya en mitad de la corriente.

Yusuf prefirió seguir los pasos de su compañero antes que quedarse atrás. Se metió en el río y, tras quejarse de lo fría que estaba el agua, asegurar que alguien le tiraba por los pies y encomendarse a Alá porque se consideraba ya perdido, consiguió llegar a la otra orilla.

Continuaron ambos su camino, y cruzaron, sucesivamente, los ríos Acha y Velvet.

Al despuntar el día, se encontraban a orillas del caudaloso río Samur: sus aguas arrastraban enormes piedras y árboles arrancados, que flo-

taban en su superficie como briznas de paja en un arroyo.

En esta ocasión, Iskander escuchó el consejo de Yusuf e hizo un alto.

Desmontaron, para que descansasen las caballerías, y se tumbaron también ellos en el suelo, cubiertos con los *burkas*.

Pero Yusuf no era hombre capaz de dormir, si antes no había contado alguna de sus proezas.

E Iskander le escuchaba, sin interrupciones, sin hacerle rabiarse. Sentía que el sueño se apoderaba de él.

Uno contaba cosas que jamás habían ocurrido; el otro soñaba con el porvenir.

Al cabo de un rato, al ver que hablaba solo, Yusuf optó por conciliar el sueño.

Hacía ya mucho que Iskander dormía.

Mulá-Nur

Qué agradable es despertar con los primeros rayos del sol, sobre todo si nos acarician a través de un cortinaje de seda y retiran el negro manto de la noche del rostro de la mujer que reposa a nuestro lado, tan lozana como las gotas de rocío en las hojas. Más dulce aún resulta abrir los ojos, tras un breve descanso, a un cielo sereno, y contemplar cara a cara la faz sonriente de la naturaleza. Porque la prometida siempre resulta más bella que la esposa, y ¿qué es la naturaleza, sino la eterna prometida del hombre?

Con lentitud, Iskander entreabrió los párpados, aún vencidos por el sueño, y admiró el magnífico espectáculo de la mañana. Se vio rodeado por un bosque, esplendoroso en su verdor meridional, al tiempo que, muy por encima de su cabeza, resplandecía entre brumas la nevada cumbre del Shaj-Dag. A sus pies fluía

el turbulento Samur, que tan pronto se precipitaba en cascadas, como se remansaba en las ondulaciones de la corriente de su caudal, a modo de enormes anillos, como una serpiente que se desliza por las rocas.

En la orilla del lecho de aquel turbulento río, cantaba un ruiseñor.

Iskander permaneció en éxtasis durante un instante. Pero justo cuando el pájaro se disponía a reanudar su cántico interrumpido, un espantoso ronquido de Yusuf le devolvió a la realidad.

La nariz de su compañero sobresalía del *burka* no menos de dos o tres pulgadas. Iskander se la retorció, y Yusuf se despertó.

—¿Qué ocurre? —exclamó Yusuf, tras abrir los ojos sobresaltado—. ¡Ah, eres tú! ¡Vete al diablo! ¿Cuándo se ha visto que se pueda retorcer la nariz a un hombre, igual que un funcionario ruso agita la campanilla para reclamar la

presencia de un ordenanza? Has de saber, Iskander, que si Alá ha concedido a un ser humano la merced de una nariz como la mía, es para que todos los demás la respeten y admiren. Como yo también admiro y respeto mi apéndice nasal. Y espero que tú hagas lo mismo, a no ser que desees que tengamos una pelea.

—Discúlpame, amable Yusuf. Pero cuando tengo prisa, siempre tiro a la gente de lo primero que encuentro a mano. Como estabas tapado con el *burka*, la primera y única cosa que he encontrado fue la nariz, y por eso te he tirado de ella.

—Iskander, está claro que un día tendremos nuestras diferencias, y te garantizo que ese día no augura nada bueno para ti. ¿Qué diablos pretendes? ¡Explícate!

—Es que ese maldito ruiseñor, con sus trinos, me impedía oír tus ronquidos. Roncas de un modo tan armonioso que, comparada con las

melodías que entonas de forma natural en sueños, la yurna georgiana parece una trompeta de feria.

—¡Eso es, adúlame ahora! Pero ojalá que no te alimentes durante el resto de tu vida más que del aroma de las rosas y que todas sus espinas se te claven en las botas, si se te vuelve a ocurrir...

—¿No oyes nada, Yusuf? —reclamó Iskander, sin dudar en interrumpirle.

—No, nada —repuso Yusuf, tras atender a tal ruego con cierta inquietud—: sólo la voz del *mulá* de Seyfuri.

—¿Y qué dice, Yusuf? Que ya es hora de que los fieles musulmanes despierten, porque más vale orar que dormir. Tenemos un largo camino por delante, Yusuf. Recemos nuestras plegarias y pongámonos en marcha.

No sin dejar de gruñir, Yusuf accedió. Tenía la impresión de que, en aquella disputa, Iskan-

der había perdido terreno, cosa que le ocurría tan pocas veces en la vida que hubiese preferido sacar un poco más de partido del estado de ánimo en que se encontraba su compañero.

Tras llevar a cabo sus abluciones y recitar sus oraciones, los viajeros se dispusieron a vadear el río.

Aunque la corriente no iba muy crecida, cualquiera que esté familiarizado con los ríos de montaña, y muy especialmente con el Samur, sabe de antemano que cruzarlo es siempre más peligroso que un combate cuerpo a cuerpo.

Porque todo depende de la caballería que uno monte: un paso en falso, y adiós.

Sin embargo, la fuerza de la costumbre hace que los viajeros se despreocupen de este tipo de avatares, y eso que todos los años más de uno encuentra el descanso eterno en las aguas de algún río.

Gracias a su destreza tanto como a lo acostumbrados que estaban a este tipo de riesgos, sin olvidar las magníficas monturas de que disponían, ambos llegaron sanos y salvos a la orilla opuesta del Samur.

Pero en el momento en que se vieron de nuevo en tierra firme, Yusuf, que durante el trance había permanecido más callado que una tenca, comenzó a rezongar de nuevo.

—¡Que el diablo se lleve este maldito río! —exclamó—. ¡Más valdría que arrojasen un cerdo a sus aguas! Y pensar que durante el otoño y el invierno baja tan seco que, por más que una rana lo cruzase, no llegaría a mojarse las ancas...

—¿Dónde pararemos en Seyfuri? —reclamó Iskander, sin atender a las jeremiadas de su acompañante, porque, dejado atrás el peligro, pronto lo había olvidado—. No conozco a nadie de por allí, y los caballos tienen que comer, igual que nosotros.

—¡Ya les chamuscaría yo las barbas a esos bribones con una antorcha! —replicó Yusuf—. Seguro que, sin una orden del gobernador, no nos darán ni una gota de agua, ni un rábano siquiera, aunque vean que nos morimos de hambre y de sed.

—Los habitantes de Seyfuri no son ni mejores ni peores que los de Derbent. Y siempre podremos recurrir a los tártaros.

—Ya veremos. A lo mejor, si les ofrecemos dinero, conseguimos algo. Según vamos, mira tú en los patios de tu lado, que yo haré lo propio por el mío. Puede que nos topemos con una barba ya gris, que siempre son mejores que las pelirrojas. Los aparceros suelen tener las barbas canas, mientras que los ricos lucen barbas pelirrojas; los de barba pelirroja tienen dinero y hermosa mujer, dos razones para cerrar la puerta en las narices a dos apuestos mozos como nosotros. ¡Hombre, aquí está lo que yo buscaba! —exclamó Yusuf, al ver a un hombre de

barbas grises—. Amigo, ¿podríamos descansar durante una hora en su casa y llevarnos algo a la boca?

—¿Están ustedes de servicio? —preguntó el hombre, un tártaro alto y serio.

—Pues no.

—¿Llevan una orden del gobernador?

—Sólo llevamos algo de dinero, nada más.

—Eso me basta para darles la bienvenida. En muchas ocasiones he acogido a señores procedentes de Khorasán y, gracias a Alá, ni ellos ni sus monturas han tenido queja de Agraín.

Les franqueó la puerta, y los viajeros entraron en el patio; desmontaron, desensillaron los caballos y les dieron avena.

Digamos, de pasada, que los habitantes del Daguestán son extremadamente pulcros; las casas son casi siempre de ladrillo, de dos alturas y blanqueadas con cal.

Así era la vivienda de Agraín, quien invitó a sus huéspedes a subir hasta el primer piso.

Yusuf no se hizo de rogar, y allá se fue, por delante de Iskander.

Antes de entrar en el primero de los cuartos, Agraín les reclamó las armas y las puso contra la pared, para dar a entender que, una vez en su casa, él mismo se hacía cargo de su seguridad.

Como es costumbre, por otra parte, los viajeros no dudaron ni por un instante en acceder a los deseos de su anfitrión.

Una vez en la habitación, no vieron más que pantalones de mujer por todas partes.

Por lo general, nada irrita tanto a un asiático, y más si es musulmán, que el hecho de preguntarle acerca de sus mujeres.

Hayi Yusuf se moría de ganas por saber algo acerca de todos aquellos pantalones. Pero Agra-

ín mostraba uno de esos rostros que son capaces de helar la sonrisa en los labios a cualquiera que pretenda gastarle una broma.

—¿Habrá un poco de arroz para nosotros, amigo? —preguntó al tártaro.

—Ni el Profeta comió en su vida nada parecido al arroz que preparaba mi mujer —repuso Agraín—. ¡Por Alá, que todos mis huéspedes se desgastaban los dedos de tanto relamérselos! Era tan untuoso...

—¿Qué quiere decir? —inquirió Iskander a su compañero.

—No tengo ni idea; pero me da la sensación de que, tal y como se expresa en pasado, este tipo parece que va a conformarse con ofrecernos los pantalones de la que fue su mujer.

—¡No es mala idea! —replicó Iskander—; bien llenos de grasa están... —a continuación, se dirigió al tártaro—: Amigo, ¿sería posible que nos dieras un plato de sopa y un trozo de carne?

Veo pan y queso ahí, pero el pan está revenido, y el queso demasiado seco.

—¿Sopa? ¿Y de dónde la sacarías? —repuso Agraín—. ¿Carne? ¿Cómo podría conseguirla? El kan Muel se llevó todos mis corderos. ¡Mi mujer, mi joven y bella Umi, ella sí que cocinaba bien!

El tártaro se relamía.

—¿Dónde está tu hermosa y lozana Umi? —se interesó Yusuf.

—Muerta y sepultada —contestó el tártaro—. Con ella, enterré los últimos cincuenta rublos que tenía. No me quedan más que sus pantalones para llorar en ellos.

Y el hombre cogió unos pantalones, y se puso a besarlos sin dejar de sollozar.

—¡Bonito recuerdo! —añadió Yusuf—. ¿Así que la joven y preciosa Umi era una mujer en-

cantadora? Danos, pues, un tazón de leche a cada uno, y la lloraremos a tu lado.

—¿Leche? ¡Tenías que haber visto a mi amada Umi! Ella era quien ordeñaba las vacas, con unos dedos más blancos que la propia leche. Al faltar Umi, ya no hay vacas; si no hay vacas, menos habrá leche, así que...

—Ya empiezas a ponerte un poco cargante con tu maravillosa y lozana Umi. Cincuenta copecas, si nos das un tazón de leche a cada uno. De lo contrario, ¡vete a paseo! —y le empujó fuera de la habitación—. ¡Vendería a su madre por dos cebollas, esa mala bestia! —prosiguió Yusuf, tras sentarse al lado de Iskander e hincar los dientes en el queso—. Tengo la sensación de que todos los gallos de por aquí me cantan en el estómago, y este bribón intenta darnos de comer los pantalones de la hermosa y joven Umi... ¡Mírale! Se dedica a toquetear nuestros fusiles y a charlar con gente que pasa por la calle. ¿Qué demonios tendrá que hablar

ese truhán con aquel maldito lesguio, en lugar de traernos algo de comer? ¡Es peor que una bayadera de Schummak! ¡Que Alá nos proteja! Tengo tanta hambre que me comería hasta el pez que provocó el diluvio universal al pasar del Ganges al mar¹⁵. ¡Despabílate, y tráenos algo de comer!

—¡Ya va! —contestó el tártaro.

En efecto, unos instantes después, reapareció con un tazón de leche en cada mano.

¹⁵ La leyenda hindú del diluvio cuenta que, un día, Maná, el primer hombre, después de lavarse, se encontró con un pez en las manos que le pidió auxilio porque iba a producirse un gran desastre; le rogó que lo preservase en una vasija y, cuando sobreviniera la lluvia, lo devolviera al océano. Manú construyó un barco. El pez se desarrolló, y lo devolvió al mar. Llegó el diluvio, y el pez, que ya era enorme, ató el barco de Manú a su cola, y le aconsejó que se amarrase a un árbol, con lo que sobrevivió a la catástrofe.

Los viajeros mojaron el pan en la leche, mientras su anfitrión proseguía con los sollozos, en el mismo punto donde los había dejado, al contemplar de nuevo los pantalones de su mujer.

Tras dar cuenta de tan frugal refrigerio, Yusuf arrojó sesenta copecas encima de los pantalones que habían pertenecido a la joven y bella Umi. Montaron a continuación en los caballos y, tras volver al camino que conducía a las montañas, pronto dejaron atrás el villorrio de Seyfuri.

—Mira a ver si alguien nos sigue—le dijo Yusuf, siempre desconfiado, a Iskander—, porque el lesguio que hablaba con Agraín no nos quita el ojo de encima para ver adonde nos dirigimos.

Y así era. Encaramado a un otero, más atrás del lugar donde cabalgaban nuestros viajeros, podía distinguirse al interlocutor de su anfitrión tártaro.

Pero cuando el lesguio comprendió que también él era observado, desapareció.

—¿Qué pasa? —preguntó Iskander.

—¡Que no me fío ni un pelo de esos perillanes de lesguios!

—O sea que, de hacerte caso a ti, cada pastor sería poco menos que un bandolero.

—¡Sólo me faltaba oír que los pastores de por aquí son buena gente! Claro; son los bandidos quienes asesinan viajeros y asaltan caravanas. Pero no olvides que son precisamente los pastores quienes los alimentan, a cambio de una parte del botín. ¿Quién compone la partida, la banda de Mulá-Nur? Bandidos de las montañas. ¿Y quién les da de comer a todos? Pues esos pastores.

—Tal como hablas, da la impresión de que Mulá-Nur y los suyos no sean de carne y hueso como nosotros. Voto al diablo que me entran ganas de encontrarme cara a cara con ese ban-

dolero, aunque sólo sea por la pura curiosidad de comprobar si, como dicen, tiene la piel a prueba de balas.

—¡Otra vez con lo mismo! ¡Y eso que no eres un perro infiel para formular semejantes deseos! ¿Tanto le cuesta a tu cuerpo cargar con tu alma, o llevar la cabeza sobre los hombros? Gustoso daría mi nariz al diablo por darme de bruces con un león en vez de con Mulá-Nur... Y ahora, ¿por qué te detienes?

—Si no tuvieras tanto miedo, no nos habríamos extraviado. Mira dónde estamos. Ni el diablo sería capaz de pasar por aquí sin ayuda de un farol.

Se encontraban en una escarpada montaña, en lo que ya eran las primeras estribaciones del Shaj-Dag. Por aquellos parajes, el camino se tornaba tan aventurado que los jinetes se vieron obligados a descabalgarse y amarrarse a la cola de sus monturas.

Llegaron, por fin, a una pequeña planicie, y Yusuf, que había permanecido mudo mientras hubo peligro, comenzó, según tenía por costumbre, a jurar y perjurar una vez superado éste.

—¡Que el diablo con su rabo convierta toda esta montaña en arenisca, y que todos los jaba-líes del Daguestán vengan a hozar en ella! ¡Ojalá un terremoto la zarandee y un rayo la pulverice!

—Tuya es la culpa y, sin embargo, la tomas con la montaña —replicó Iskander, con un encogimiento de hombros—. ¿No me decías que conocías este camino como la palma de la mano, y que me llevarías por los desfiladeros del Shaj-Dag igual que por los vericuetos del bazar? No te preocupes, dijiste, porque no hay peñasco en el que no haya jugado a las tabas, ni gruta en la que no haya tirado alguna canica.

—¡Pues claro que sí! ¿Acaso no subí, hace tres años, hasta el más elevado de los picos del

Shaj-Dag? Te juro que, entonces, no me pareció tan escarpado como ahora.

Desde el lugar en el que se encontraban los viajeros, se divisaba el Shaj-Dag, como una muralla coronada de blancas almenas, que no eran sino de nieve.

Al punto, cayeron en la cuenta de que sería imposible escalar la montaña por aquella vertiente.

Y decidieron intentarlo por la ladera oriental. Pero era más fácil tomar la decisión que ponerla en práctica. Por aquellas arduas y escarpadas pendientes, todo parecía hostil y solitario, y sólo los graznidos de unas cuantas águilas venían a perturbar aquella lúgubre tranquilidad, que tanta semejanza guardaba con la muerte.

Iskander se volvió y miró a Yusuf, como si quisiera saber qué podían hacer.

—¡Que mil millones de maldiciones caigan sobre las cumbres del malhadado Shaj-Dag! ¡Mira cómo recibe a quienes vienen a hacerle una visita! ¡Se cubre las orejas con un gorro, se encierra en sus murallas y retira las escalas! ¿Por dónde iremos ahora? ¿Por la montaña, o por debajo de ella? Puedes dejarte guiar por quien quieras, mi querido Iskander. Yo voy a recurrir a mi cantimplora —y, dicho y hecho, sacó de la faltriquera una bota que llevaba llena de aguardiente.

—¡Maldito y miserable pecador! —exclamó Iskander—. ¿No tienes bastante con tu propia locura, como para añadirle la del vino?

—No es vino; es aguardiente.

—Da lo mismo.

—No exactamente. Mahoma prohibió el vino, pero no el aguardiente.

—Como no creo que se hubiera descubierto en aquella época, difícilmente el Profeta había de condenar algo que entonces no existía.

—En eso te equivocas, Iskander. Como profeta que era, Mahoma sabía muy bien que, más tarde, se inventaría el aguardiente. Y si no lo supo, es que era un falso profeta.

—¡Basta de blasfemias, Yusuf! —repuso Iskander, con el ceño fruncido—; vamos a pensar por dónde tiramos.

—¡Aquí encontraremos el camino! —añadió Yusuf, tras dar una palmadita a la cantimplora.

Se llevó la bota a los labios, y sorbió cuatro o cinco tragos de aquel licor cuya ortodoxia estaba en entredicho, al tiempo que entornaba los ojos beatíficamente.

—Yusuf, Yusuf —exclamó Iskander—; permíteme que te dé un consejo: con tal brújula, llegarás antes al infierno que al paraíso.

—¿Qué quieres que te diga, Iskander? Antes de abrazarme a la bota, no era capaz de distinguir ni una vereda, mientras que ahora soy capaz de divisar hasta doce sendas diferentes.

—Me parece bien, Hayi Yusuf; pero no seré yo quien las siga —repuso Iskander—. Puedes ir por la derecha, por la izquierda, o por donde quieras. Yo voy a iniciar la ascensión de frente. Si uno de los dos da con un camino practicable, volverá aquí, y llamará al otro o esperará a que aparezca. Démonos una media hora de exploración. ¡Hasta dentro de un rato!

Vigorizado por los tragos de aguardiente, Hayi Yusuf ni siquiera se dignó responder a Iskander. Y se fue, henchido de valor, en busca de un camino.

Por su parte, Iskander, tal y como había dicho, sujetó al caballo por la brida e inició la ascensión de cara.

El día tocaba a su fin.

De cómo Yusuf alcanzó la cima mucho antes de lo que hubiera deseado

Precisamente por encima del lugar en el que ambos viajeros se habían separado, allí donde nubes y nieve se confundían, se alzaba una enorme roca, cuya allanada cima servía de refugio a unos cuantos hombres con sus caballos.

Reclinados en torno a una hoguera, había dieciséis tártaros y un lesguio, junto con otras tantas monturas, que mordisqueaban unas brazadas de hierba cortadas a puñal.

Unos pasos más allá, recostado en una alfombra, había un hombre de unos cuarenta años, de rostro agraciado y tranquila apariencia.

Iba vestido de forma sencilla; tan sólo el oro y la plata refulgían en la culata de su fusil, así como en la vaina y en la empuñadura de su

canglar, no por ostentación, sino como mudos testigos de una vida azarosa.

Fumaba un chibuquí, y contemplaba con cariño a un muchacho que dormía en sus rodillas. A veces, suspiraba y movía la cabeza; otras, suspiraba con pena y miraba, atento, a todas partes.

Era Mulá-Nur, el azote del Daguestán, el bandolero, acompañado por los forajidos que formaban su cuadrilla.

De pronto, vio a Yusuf, quien, mil pies por debajo de donde él se encontraba, buscaba un camino que le permitiera subir al Shaj-Dag, mientras avanzaba con cautela por aquellos peñascos. Apoyado en un codo, Mulá-Nur observó durante un rato los esfuerzos del viajero. Al cabo, sonrió, se inclinó sobre el oído del joven y le susurró:

—Despiértate, Gulshad —palabra que, en tártaro, significa *rosa*.

El joven abrió los ojos, y le devolvió la sonrisa.

—Gulshad —añadió Mulá-Nur—, ¿quieres que me incline ante ti hasta tocar el suelo?

—¡Ya lo creo! —respondió el joven—; sería una novedad verte a mis pies.

—¡Calma, Gulshad! No hay que olvidar el aguijón, si se quiere gustar la miel de la abeja. ¡Mira!

El muchacho bajó los ojos en la dirección que le indicaba Mulá-Nur.

—¿Ves a aquel hombre?

—¡Por supuesto!

—Sé quién es y conozco su corazón. Intrépido como un leopardo, es el mejor tirador de Derbent... Llégate hasta él, desármale y tráemelo aquí. Si lo consigues, seré tu esclavo durante toda la velada, y te rendiré pleitesía en presencia de nuestros compañeros. ¿Aceptas?

—¡Faltaría más! —repuso Gulshad.

El joven se encaramó de un salto a un pequeño caballo de las montañas, y se lanzó a todo galope por un sendero tan estrecho que más bien parecía una línea pintada que un camino entre las rocas.

Ya no se le veía, pero aún podían oírse las piedras que saltaban al paso de su montura.

Los camaradas de Mulá-Nur miraron hacia abajo, con cierta curiosidad ante el espectáculo que iban a contemplar.

El jefe era quien más atento parecía, quizá porque lamentaba haber expuesto al joven a aquel peligro. Cuando Gulshad se encontraba tan sólo a unos pasos de Yusuf, se le cayó la pipa de las manos y una cierta inquietud se reflejó en su rostro.

Hayi Yusuf permanecía ajeno a todo, sin darse cuenta de lo que se le venía encima. Más que animado por los tragos de aguardiente que

había tomado, trataba de tranquilizarse a sí mismo hablando en voz alta, no sin dejar de repetirse que era más valiente que Schinderhannes o Jean Sbogar.

—¡Por algo mi fusil ostenta esa inscripción de «*guárdate; escupo fuego*»! Capaz sería de chamuscarle las barbas al primer bandido que se cruzase en mi camino. Además, no tengo nada que temer: llevo una coraza a prueba de balas. ¿Dónde estarán esos bandidos, esos forajidos? ¡Esos cobardes deben de estar escondidos! Pero seguro que me han visto. ¡Por Alá, qué poco me gustan los timoratos!

De repente, al salir de una curva del camino, cuando todavía no se había desvanecido en sus labios la última sílaba de la frase que acababa de pronunciar, oyó una ruda voz que le gritó:

—¡Alto! ¡Baja del caballo!

Aturdido, alzó la cabeza y se encontró con el cañón de un fusil que le apuntaba directamente al pecho, a diez pasos de donde estaba.

—¡Desmonta, vamos, deprisa! —le gritó por segunda vez una voz que le pareció aún más bronca que la primera—. ¡Ni se te ocurra echar mano del fusil o de la daga! Si tratas de huir, abriré fuego. ¡Entrégame el fusil, lo primero de todo!

—¡No sólo el fusil, señor bandolero, sino hasta mi alma si preciso fuera! —repuso Yusuf, muerto de miedo—. Soy un buen hombre, incapaz de hacer mal a nadie. No me mate, y seré su criado, cuidaré de su caballo, limpiaré sus ropas.

—¡El fusil, el fusil! —repitió la misma voz.

—¡Aquí está! —dijo Yusuf, mientras lo depositaba en una roca, con manos temblorosas.

—¡Ahora, todas las demás armas! La daga, el canglar, la pistola.

—Ahí van —respondió el pobre Yusuf a cada una de las exigencias del bandido, mientras tiraba las armas al suelo, una por una.

—Ahora, vacía los bolsillos.

Yusuf tiró al lado de las armas todo el dinero que llevaba encima, según las órdenes que recibía del forajido, sin dejar de implorar su clemencia.

—Si no te callas, te cortaré la lengua y se la echaré a los perros —dijo Gulshad—. Guarda silencio, o yo me encargaré de callarte para siempre.

—Perdón, señor bandolero. No diré ni una palabra más, si tal es su voluntad.

—¡Que te calles!

—¡Eso hago!

Pero hasta que Gulshad no le apuntó con la pistola, Yusuf no se calló la boca.

Gulshad le maniató, recogió las armas y ambos se pusieron en marcha hacia la planicie en la que Mulá-Nur y sus camaradas aguardaban el final de aquella escena.

Tras una ascensión de un cuarto de hora, Yusuf se encontró en presencia del cabecilla de los bandidos.

Todos los demás estaban a su alrededor, y guardaban un silencio amenazador.

Gulshad depositó a los pies de Mulá-Nur las armas de Yusuf.

Entonces, Mulá-Nur se inclinó tres veces ante Gulshad hasta tocar la tierra, y le dio un beso en la frente. A continuación, se dirigió a Yusuf:

—¿Sabes quién te ha desarmado, Yusuf? —le preguntó.

Al escuchar aquella voz, Yusuf se estremeció.

—¡El más valiente de todos, el más fuerte!
¿Qué podía hacer yo, si el león, ante él, es poco más que una liebre, y Goliat, un niño de pecho?

Los bandidos se echaron a reír.

—Contempla al más valiente, al más fuerte
—repuso Mulá-Nur, al tiempo que retiraba la papaja blanca que cubría la cabeza de Gulshad.

Unos largos cabellos negros le cayeron hasta los hombros, y la joven se ruborizó hasta adquirir el color de la flor cuyo nombre llevaba.

Mulá-Nur le abrió los brazos, y ella se apretó contra el pecho del bandolero.

—Yusuf —añadió Mulá-Nur—, tengo el placer de presentarte a mi mujer.

Una inmensa carcajada resonó en los oídos del pobre prisionero, que se puso rojo de vergüenza. Pero, al punto, se sobrepuso, y dijo:

—Ten piedad de mí, señor. No me vendas en las montañas. Te pagaré un buen rescate.

Mulá-Nur frunció unas cejas tan oscuras como dos nubes cargadas de electricidad.

—¿Sabes a quién te atreves a proponerle un rescate, cobarde? —gritó Yusuf—. ¿Piensas acaso, miserable, que soy como esos carniceros de Derbent que venden carne pasada por fresca? ¿Crees que pediría oro por ti, que no vales ni una onza de plomo? ¿Para qué iba yo a venderte en las montañas, si eres como un pájaro sin cola? No sirves ni para cavar la tierra con tus narices. Ya sé que me dirás que, como nodriza o como ama, valdrías para contar leyendas de ogros y gigantes a los niños. Pero, para eso, tendrías que vestirme de mujer y, en lugar de divertir a las pobres criaturas, las asustarías. Ya ves que te conozco bastante bien, Yusuf, y que no tengo pelos en la lengua. Dime tú ahora qué piensas de mí, porque yo soy Mulá-Nur.

Al oír tan terrible nombre, Hayi Yusuf se postró hasta tocar el suelo con la frente, como si hubiera sido alcanzado por un rayo.

—¡Por Alá! ¿Pretendes que te diga lo que pienso de ti, que sea tu juez, yo, que consideraría un orgullo realizar mis abluciones con el polvo que levantan tus sandalias? ¡Que Hussein y Alí me guarden de tamaño disparate!

—Escúchame, Yusuf —dijo Mulá-Nur—, y recuérdalo para siempre, porque no me gusta repetir dos veces lo mismo. Te he preguntado una primera vez qué piensas de mí. Lo hago ahora una segunda, pero ten en cuenta que es la última. Te escucho.

—¿Que qué pienso de ti? ¡Que el diablo me abra la cabeza como si fuera una avellana, si la idea que tengo de ti te disgustase en algo! ¿Cómo puedo pensar mal de ti, yo que no soy sino un cero a la izquierda, una mota de polvo?

—Yusuf —replicó Mulá-Nur, mientras se impacientaba y golpeaba el suelo con el pie—; te he dicho que jamás repito tres veces una misma orden.

—¡No te enfades, no te enfades, gran Mulá-Nur! ¡Que no me consuma el fuego de tu cólera! Tus órdenes han hecho que las ideas que bullen en mi cabeza sean como perlas, aunque tales perlas no valgan más que cuentas de vidrio en comparación con tus cualidades. ¿Que qué pienso de ti, ilustre Mulá-Nur? Te lo diré, puesto que tal es tu deseo. Pienso que tu inteligencia es como un fusil con adornos de oro y plata, cargado de sabiduría, que abre fuego siempre en honor de la verdad y que jamás yerra el tiro. Pienso que tu corazón es como un frasco de esencia de rosas, que derrama el perfume de sus virtudes sobre todos nosotros. Pienso que tu mano siembra el bien con tanta largueza como el labrador voltea el trigo. Pienso que tu lengua es como una rama cuajada de las flores de la justicia y de los frutos de la bondad. Me parece que ya te oigo decirme que me vuelva a mi casa y que me acuerde durante toda mi vida de Mulá-Nur. ¿O no es así, gran hombre?

—No puedo negar que eres un gran orador, Yusuf. Pero no eres tan bueno como adivino. Para demostrarte que has mentido, ésta es mi decisión. Como, a pesar de ser un bey, has permitido que una mujer te desarme, te maniate y te haga prisionero...

—¿No es mujer también la muerte? —replicó Yusuf—; ¿y más terrible que el más temible de los hombres?

—Permíteme que acabe, Yusuf. No será largo. Como quien tiene tanto miedo a la muerte no es digno de la vida, mi sentencia es que mueras —se oyó un gemido de Yusuf—. Mañana será para ti el último día de tu vida, y si dices una sola palabra, si oigo una sola queja, si se te escapa un susurro —prosiguió Mulá-Nur, tras llevarse la mano al puñal—, no llegarás a ver el día de mañana. Maniatadlo aún mejor, llevadle a la caverna y dejadle solo, para que pueda hablar con entera libertad y cuanto quiera.

Mulá-Nur hizo un gesto, y se llevaron al pobre Yusuf como si fuera un saco de harina.

—Se morirá de miedo antes de que llegue mañana —dijo Gulshad a su compañero—. No le hagas pasar tan mal rato, amado mío.

—Bueno —repuso Mulá-Nur, con una sonrisa—, le servirá de lección. ¡Que aprenda ese cobarde que el miedo no salva a nadie! Cien veces muere el gallina; el valiente, sólo una, y hasta ésa le cuesta.

Se volvió a continuación a los bandidos:

—Amigos, me voy durante una hora. Si me ocurriera algo, si no regresase, Gulshad asumiría el mando. Hoy ha demostrado que tiene arrestos para estar al frente de hombres. ¡Caiga mi maldición sobre quien no la obedezca! Adiós, Gulshad —dijo, al tiempo que estrechaba a la joven y le daba un beso en la frente—. Te digo adiós y te beso, porque voy en busca de una aventura un poco más arriesgada que la

tuya. Hacía mucho que deseaba medir mis fuerzas con Iskander y, gracias a mi escudero, sé dónde encontrarle. Si no regreso antes de que anochezca, seguid mis huellas hasta que deis con mi cuerpo en las montañas, para que mi cadáver no sea devorado por los chacales como un caballo reventado. Aunque oigáis voces y tiros, nadie ha de mover un dedo. Si Iskander resulta vencedor, que nadie me vengue. Porque valiente ha de ser quien acabe con la vida de Mulá-Nur, y deberéis respetarle. Me voy. Adiós.

Se echó el fusil al hombro y partió.

El precipicio

Entretanto, Iskander había encontrado un sendero que rodeaba la montaña.

Por la parte derecha, se hundía en un precipicio; a la izquierda, se veían unas cuantas rocas parcialmente quemadas por la acción del rayo.

Aquel camino sólo tenía un inconveniente, que no ofrecía posibilidad de volver atrás: el intrépido viajero se veía obligado a seguir siempre adelante, porque la senda era demasiado estrecha como para que el caballo pudiera dar media vuelta, y, además, el animal marchaba en primer lugar.

Llegó, por fin, a una especie de bóveda rocosa, bajo la que tenía que pasar.

Allí se cortaba el camino. Sin embargo, un trozo de hielo desprendido de la montaña hacía las veces de un transparente y frágil puente.

Abajo, en el fondo del abismo, rugía un torrente.

El joven se detuvo. Por un momento, palideció y el sudor bañó su cara. Pero el recuerdo de Kassim le devolvió la sangre fría.

Sus ojos avezados le permitieron distinguir con rapidez las huellas de otro caballo en aquel trozo de hielo. Empujó a su montura, con las

rodillas y a voces. Y trató de cruzar deprisa, para que el peso resultase más liviano, aunque tras sus pasos oía cómo algunos pedazos de hielo se precipitaban al vacío.

Al verse por fin al otro lado de la bóveda, respiró hondo; desde allí, gracias al reflejo en la nieve, la luz aún resultaba más viva.

De repente, bajo la bóveda, apareció un jinete, a quien tomó por un gigante a causa de una ilusión óptica.

—¡Detente y arroja las armas al suelo, o eres hombre muerto! —gritó el jinete a Iskander—. Soy Mulá-Nur.

Sorprendido por aquel encuentro inesperado, Iskander y su montura se detuvieron, pero, tras oír el nombre de Mulá-Nur, el peligro le hizo olvidar su anterior inquietud.

Espoleó al caballo y empuñó el fusil.

—¿Eres Mulá-Nur? —quiso saber—. Si es así, apártate de mi camino, Mulá-Nur. Ya ves que no hay sitio para los dos.

—¡Que Dios decida, pues, quién ha de pasar! —exclamó el forajido, mientras apuntaba con una pistola al pecho de Iskander, que no se encontraba a más de diez pasos de distancia—. Dispara tú primero.

—Hazlo tú; ya ves que no me parapeto tras el caballo...

Durante unos segundos, permanecieron frente a frente, con las armas a punto, a la espera de ver quién abriría fuego primero.

Al cabo, los dos bajaron la pistola y el fusil, respectivamente.

—¡Eres valiente, Iskander! —reconoció Mulá-Nur—. Ningún hombre valeroso ha de verse privado de su arsenal. Entrégame tu caballo y ve por donde te parezca.

—Habrás de apoderarte de mis armas, en primer lugar; quizá, luego, puedas adueñarte del caballo. Pero mientras disponga de una sola carga de pólvora en el fusil, mientras mi alma anime este cuerpo, ninguna vergonzante mano se posará sobre esta brida.

Mulá-Nur sonrió.

—No necesito ni tu fusil ni tu caballo —repuso—; me basta con que me obedezcas. No creas que es sólo por miserables botines como éste por lo que Mulá-Nur ha llegado a ser el cabecilla de unos cuantos forajidos, sino porque sabe y está acostumbrado a mandar. ¡Y ojo con quien no se pliegue a mis órdenes! Muchas veces he oído hablar de ti, y siempre me han encomiado tu valor. Ahora tengo ocasión de comprobar en persona que, en verdad, eres valiente, Iskander. Pero no creas que he buscado cruzarme en tu camino por casualidad. No nos separaremos hasta que no nos hayamos batido a sable. Ésa es mi última palabra. Y aho-

ra, inclínate y pídemle que seamos amigos. Entonces te franquearé el camino.

—¡Ahí va mi respuesta! —replicó Iskander, tras apuntarle con el fusil y apretar el gatillo.

Pero no se produjo ningún disparo, probablemente porque una gota de agua, procedente de la bóveda rocosa, había humedecido la mecha.

Furioso, Iskander se deshizo del fusil, sacó la pistola del cinturón y abrió fuego.

La bala quedó aplastada contra las cartucheras de plata que adornaban la casaca de Mulá-Nur.

El bandolero no movió ni un músculo. Se cruzó de brazos y se limitó a devolver una sonrisa burlona a un encolerizado Iskander.

—¡No te librarás de mí, bandido! —exclamó Iskander.

Con el chascás enhiesto, se abalanzó sobre Mulá-Nur.

El sable del bandolero abandonó la vaina, tan rápido como un relámpago cruza el cielo.

La hoja de Iskander silbó por encima de la cabeza del forajido, y descargó un golpe sólo comparable al de la cólera divina.

Entonces, en medio de un espantoso estruendo, el puente de hielo se quebró bajo los pies de ambos contendientes. El caballo de Iskander se había alzado sobre las patas traseras en el mismo instante en que el sable de su amo se abatía sobre la cabeza de Mulá-Nur. Pero no le llegó a rozar siquiera, pues el bandolero se había caído al precipicio.

Tras echarse atrás, Iskander se aferró al saliente de una roca, y lo hizo con las dos manos, al notar que el caballo se le escurría entre las piernas: el puente de hielo se inclinaba, y el

caballo se deslizaba por una pendiente muy pronunciada.

Pero el animal, haciendo un supremo esfuerzo, reunió todas sus fuerzas en los cuartos traseros y, gracias a esos resortes de acero, cruzó la quebrada, yendo a caer al otro lado del precipicio, empapado en sudor y temblando de espanto.

Por fortuna, Iskander había tenido tiempo de sacar los pies de los estribos, porque, con el jinete encima, el caballo no habría sido capaz de cruzar aquel abismo. Tras él, debido al peso, el puente helado se precipitó al vacío con enorme estruendo, y el precipicio aulló de contento, como el tigre que devora a su presa. Un silencio mortal sucedió a aquel rugido.

Iskander estaba colgado de la bóveda rocosa.

A sus pies, ahora al descubierto tras haberse resquebrajado la capa de hielo, sobresalía una

enorme roca, de unos dos o tres pies de superficie. Alrededor de ella, el vacío.

Iskander, con los nervios de punta, sintió que los brazos se le dormían. Sintió que no podría aguantar mucho tiempo en aquella posición; si soltaba la roca, estaba perdido de cualquier modo.

Calculó a ojo la distancia, con la frialdad de un hombre habituado a las montañas, estiró los brazos, para que la distancia se acortase lo más posible gracias a la altura de su cuerpo, y se dejó caer a plomo sobre la roca.

Y allí se quedó de pie, sobre aquel pedestal de granito, como si fuera una estatua de bronce erigida en honor de la Voluntad.

Al menos, de momento, estaba a salvo. Pero, para no ceder al vértigo, se vio obligado a cerrar los ojos durante unos instantes.

No tardó en abrirlos de nuevo para echar un vistazo a su alrededor y buscar una salida.

Aquel saliente de la roca se prolongaba hacia el exterior, resbaladizo, erosionado y, sin embargo, asequible para un pie habituado a andar por el monte.

Con ayuda de manos y pies, Iskander llegó a rodear a medias aquella inmensa columna, con lo que alcanzó la vertiente exterior del barranco.

Tratar de ascender hasta el camino que había seguido para llegar allí era imposible de todo punto: hubiera sido como escalar una muralla.

No le quedaba otro remedio, pues, que bajar hasta el fondo del precipicio y, una vez allí, seguir el torrente hasta encontrar un sendero transitable.

A Iskander le atormentaba, además, la idea de no saber en qué habría terminado Mulá-Nur.

Por muy ladrón que fuera, no cabía duda de que era un hombre valeroso. Si estuviera heri-

do, tenía que ayudarle; si muerto, debía arrebatarse el cadáver a las fauces de las fieras salvajes.

Sin embargo, para cualquier otro que no fuera Iskander, o un consumado montañero, aquel descenso era prácticamente imposible. Empero, se puso a ello.

El sendero o, más bien, la vereda que había seguido a caballo estaba cortada por una profunda hendidura, sobre la que se encaramaba el puente helado que habían destrozado los cascos de las caballerías. Alcanzó uno de los extremos de aquella grieta y descendió por los salientes.

Más de una hora tardó en bajar un cuarto de versta. Finalmente, llegó al fondo del precipicio. Sólo entonces se atrevió a mirar hacia arriba.

Quizá Mulá-Nur, al caer desde una altura de no menos de quinientos pies, hubiera atravesado varios de aquellos puentes helados y super-

puestos, y hubiera dado con sus huesos en la inmensa capa de nieve de la que, como si de un glaciar se tratase, brotaba el torrente.

Aunque carecía de la solidez de la piedra o del hielo, aquella nieve bien podía soportar el peso de un hombre. Iskander se aventuró por ella, aun a riesgo de quedar sepultado.

Una luz pálida, lechosa, penetraba hasta aquel lugar; estaba oscuro y hacía frío.

Al ver una serie de puentes de hielo desbaratados por encima de su cabeza, Iskander comprendió que debía de haber llegado al lugar en el que se había precipitado Mulá-Nur.

En su caída, jinete y montura habían abierto un enorme agujero en la nieve. Iskander se dejó caer y, al poco, sintió algo duro bajo sus pies. Acababa de dar con el caballo, que se había partido la cabeza en el percance.

Buscó al hombre, y palpó un brazo. Tiró de él, tras utilizar como punto de apoyo el cadáver

del caballo, y consiguió sacar el cuerpo de debajo de la capa de nieve que lo había sepultado. Mulá-Nur estaba pálido como un muerto. Tenía los ojos cerrados y no respiraba.

Pero no tenía ningún hueso roto, ni tampoco parecía, a primera vista, que tuviese ninguna herida grave. En virtud de la ley de la gravedad, el animal había adelantado al hombre en la caída y le había franqueado el camino: el caballo había salvado al jinete.

Iskander se las compuso para echarse el cuerpo a la espalda, abandonar aquel agujero en la nieve y llegar al fondo del valle. Frotó la cara de Mulá-Nur con la manga de su casaca, le golpeó con fuerza en la palma de las manos y, finalmente, le echó agua helada por la cara. Pero Mulá-Nur seguía sin sentido.

—¡Vamos a ver! —susurró Iskander—. Si no estás muerto, voy a despabilarte.

Se sentó, colocó la cabeza de Mulá-Nur sobre sus rodillas, cargó la pistola y la disparó junto a la oreja del bandido. El disparo sonó como un trueno. Mulá-Nur abrió los ojos e inició el gesto de echar mano a su canglar.

—¡Lo sabía! —musitó Iskander.

La mano de Mulá-Nur, sin embargo, no fue capaz de alcanzar lo que buscaba, y la dejó caer de lado. Tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida. Trató de articular algunas palabras, mas la lengua no le obedecía. Exhaló un suspiro. Al recuperar la capacidad de pensamiento, se le iluminaron los ojos con un destello de inteligencia. Fijó la mirada en Iskander, le reconoció, comprendió que le debía la vida, hizo un esfuerzo y susurró:

—¡Bey Iskander!

—¡Menos mal! —respondió éste—. Pues claro que soy Iskander, y no quiero que mueras, ¿me

oyes? Porque eres un valiente; chacales y zorros hay muchos, pero los leones escasean.

Una lágrima rodó por los rudos párpados del bandolero, que estrechó la mano del joven.

—Después de Dios, a ti te debo la vida, así que, al igual que para con Él, siempre contarás con mi eterno reconocimiento. No te doy las gracias por haberme salvado la vida, sino por haber arriesgado la tuya para conseguirlo. El resto de la humanidad me ha insultado, despreciado, traicionado. Me he visto movido a devolverles sus maldades, y les he pagado con odio. Aunque deba mis malas tendencias a la naturaleza, los hombres me han atribuido peores instintos de los que había heredado. Pero ningún amigo, ni ningún enemigo, podrá acusar jamás de ingratitud a Mulá-Nur. Óyeme, pues, Iskander —prosiguió el forajido, mientras se recostaba—; la desgracia se cierne sobre todos nosotros y, a lo peor, has de ver el día en que se abata sobre ti. Cuenta entonces con mi

mano y mi corazón, Iskander, que nunca han tenido miedo a nada. Me vendería y permitiría que me cortasen la cabeza con tal de salvarte. A los hechos me remito... Y ahora, vamos a ver qué tengo roto.

El salteador se incorporó y, no sin esfuerzo, se puso en pie. Se palpó los brazos, los muslos y las piernas. Aún vacilantes, se atrevió a dar algunos pasos.

—Tengo la cabeza todavía un poco aturdida, pero creo que el cuerpo está entero. ¡Gracias sean dadas a Alá, que me ha salvado! Parece que aún necesita de mí para sus designios.

—¿Por dónde saldremos de aquí? —aventuró Iskander.

—Me haces pensar —repuso Mulá-Nur—, pero me veo obligado a decirte eso que tanto cuesta reconocer a los hombres: no tengo ni idea.

—Pues no vamos a quedarnos aquí para morirnos de hambre —contestó Iskander.

—Antes de que eso pasara, nos comeríamos mi caballo y, a continuación, el tuyo. A pesar de que no veía gran cosa mientras me precipitaba al vacío, pude comprobar que llevaba mi misma trayectoria.

—Gracias a Dios —dijo Iskander, con sincera alegría—, mi caballo de Karabaj se ha salvado del peligro... ¡Por Alá! ¡Ahí le oigo relinchar!

Ambos se volvieron hacia el sitio por el que le habían oído relinchar, y comprobaron que el caballo se acercaba hasta donde estaban ellos por el lecho del torrente.

—¿Y eras tú quien me preguntabas cómo saldríamos de aquí? La respuesta nos la da el caballo; raro sería que no fuéramos capaces de subir por el mismo lugar por el que ha bajado hasta aquí.

Contentísimo, Iskander se acercó al caballo, al tiempo que éste trotaba hacia su dueño tan rápido como se lo permitían los obstáculos del camino que seguía. Cuando caballo y jinete estuvieron juntos, el hombre tomó la cabeza del animal en sus manos y le besó como si de un amigo se tratase. El caballo relinchaba de contento; el hombre lloraba de alegría.

—Bueno, ahora que ya os habéis reconocido —añadió Mulá-Nur, que había contemplado aquella escena con una sonrisa—, preguntale al caballo qué senda debemos seguir. No hay razón para que nos quedemos aquí.

Iskander hizo que el caballo se pusiera al frente, como un perro, y éste comprendió al instante el tipo de servicio que se esperaba de él, porque echó a andar por el mismo camino por el que había llegado hasta allí.

Una media versta más lejos, se detuvo, olisqueó la tierra, alzó la cabeza y, sin sombra de duda, se internó en la espesura de la montaña.

Si se observaba el terreno con atención, se descubría un sendero apenas visible, un camino que las cabras salvajes utilizaban para ir a beber al torrente. El caballo siguió aquella senda.

—Ponte detrás del caballo y sujétate a la cola del animal: no lo digo por si te falla la cabeza; sólo para el caso de que no te respondan las piernas.

—La montaña es como mi hogar; me siento como en casa —replicó Mulá-Nur, mientras ladeaba la cabeza—; soy yo quien debe hacer los honores, así que pasa tú delante.

Iskander se colocó detrás del caballo. Al cabo de una media hora de ascensión casi impensable, llegaron al sendero que había seguido el bandido para ir en busca de Iskander. Como es natural, aquel camino conducía hasta la pequeña planicie en la que se habían quedado Gulsahad y los compañeros de Mulá-Nur.

El sol acababa de ocultarse. Gulshad y los bandidos, al ver que su jefe no aparecía en el plazo que él mismo había establecido, se disponían a ir en su busca. Pero, al verle, Gulshad se echó al cuello de su amado, mientras los demás se arremolinaban en torno a ellos.

Mulá-Nur se apartó de Gulshad, abrió un hueco entre sus compañeros y obligó a Iskander a situarse en medio de aquel círculo de rostros radiantes que, al observar al joven, se ensombrecieron de nuevo.

—Él es mi hermano mayor —tal fue la presentación—. A partir de ahora, le debéis las tres cosas que me habéis jurado a mí mismo: amor, respeto y obediencia. Dondequiera que se encuentre con uno de vosotros, podrá darle órdenes como si fuera yo mismo. Me consideraré en deuda con todo aquel que le preste un servicio, por pequeño que sea, y tendrá derecho a reclamármela con creces. Y aquel que le ofrezca una gran ayuda, contará conmigo hasta la muerte si

es preciso. Pero quien le toque no más que un pelo de la cabeza, no escapará a mi venganza, ni en el fondo del mar ni en el sepulcro. ¡Así lo juro, y que el diablo me arranque los dientes con sus garras, si no lo mantengo! Y ahora, a cenar.

Extendieron una alfombra y se sirvió una cena corriente, porque la preocupación de los forajidos ante la ausencia del jefe les había obligado a no prestar demasiada atención al rancho. Según la costumbre de las mujeres tártaras, Gulshad no cenaba junto a su amado, sino que, tímidamente, permanecía de pie, apoyada en una roca. Al contemplar aquellos ojos tristes, Iskander solicitó que se le hiciera un sitio en la alfombra.

—Sea —contestó Mulá-Nur—, porque, a partir del día de hoy, Gulshad es un hombre, no una mujer.

Terminado el refrigerio, Iskander, emocionado por la belleza de aquella noche de verano

y conmovido por las fraternales atenciones que recibía por parte de Mulá-Nur, le reveló el secreto que amenazaba con explotarle en el pecho, y le habló de su amor por Kassim.

—Si, como un pájaro, pudiera volar hacia el porvenir, aunque no fuera más que durante un mes, ¡cómo me gustaría estar junto a Kassim en estas alturas! Le mostraría todo lo que me da vergüenza y tristeza contemplar a solas, toda esta belleza a nuestro alrededor. Me encantaría leer la admiración en su rostro y, cuando me hubiera confesado que el paisaje le parecía espléndido, la estrecharía contra mi corazón para decirle que, ciertamente, todo esto es hermoso, pero que más hermosa era ella, lo mejor del mundo. Se lo diría a ella, a la que amo más que a las montañas y a los valles, más que a los torrentes, más que a la naturaleza. Mulá-Nur, mira cómo la tierra, bajo los dulces rayos de la luna, se adormece entre las miríadas de sonrisas de toda la creación. Con todo, creo que es aún más dulce para el hombre entregarse al

sueño acompañado por los besos de la mujer que ama. Dichoso tú, Mulá-Nur, que eres libre como el viento, a quien presta el águila sus alas para volar más allá de las más altas cumbres. Tienes una intrépida compañera, cosa que no me extraña, pero que hace que te envidie.

Mulá-Nur balanceó la cabeza con tristeza al escuchar cómo le hablaba aquel joven, que aún se encontraba en el umbral de la vida.

—Todos tenemos nuestro destino —le respondió—. Pero créeme, Iskander, no envidies el mío y jamás sigas mis pasos. Si peligroso es vivir con los hombres, más triste es hacerlo apartado de ellos. La amistad que procuran es como el opio, que embriaga y adormece, pero créeme si te digo que es amargo convivir con su odio. Y no es porque yo lo haya buscado: fue la suerte la que me apartó de su lado. Nos separa un reguero de sangre, que no soy capaz de franquear. Ya sé que la libertad es un don del cielo, el máspreciado de todos. Pero el proscrito

to no disfruta de libertad, sólo tiene independencia. Aquí me tienes, señor de la montaña y rey de la estepa, pero en mis dominios sólo viven animales salvajes. Hubo un tiempo en que odiaba a los hombres y los despreciaba. A estas alturas, ya tengo el alma cansada de tanto rencor y desdén. Me temen; se echan a temblar al oír mi nombre. Las madres lo utilizan para que sus hijos dejen de llorar, pero el miedo que les inspira es un juguete más que, al igual que otros, pronto deja de surtir efecto. Por supuesto que procura un cierto contento el hecho de rebajar a los hombres, de burlarse de lo que les parece máspreciado, de sacar a la luz sus bajezas de sepulcros blanqueados. Pero es una alegría momentánea, que te hace sentirte un poco más malvado y sin embargo menos despreciable que el resto de tu especie. Este sentimiento te conforta durante una hora, pero te entristece durante un mes. El hombre es malo, pero, a fin de cuentas, es hermano de sus semejantes. Mira a nuestro alrededor, Iskander: la grandeza de

estas montañas, el frescor de los bosques, la riqueza de las tierras del Daguestán. Pero los montes carecen de grutas; los bosques, de árboles, y la llanura, de casas, en las que pueda descansar y decirme a mí mismo que hay un lugar en el que puedo dormir tranquilo, donde no seré malherido por una bala enemiga, o donde no caeré atrapado como un animal salvaje. Las ciudades, como la tuya, están pobladas, incluso rebosan de habitantes; pero en ellas, todos, ricos y pobres, encuentran un lugar, un techo bajo el que guarecerse de la lluvia o un refugio en el que ponerse a buen recaudo del frío. El *burka* es mi única casa, mi hogar, mi techo. De la ciudad no he de esperar ni siquiera un palmo de terreno para reposo de mis huesos. La melancolía es como la mujer del kan, que sabe andar sobre alfombras de terciopelo, pero que, si la situación lo exige, también sabe saltar de roca en roca, como las cabras. Esta pena es como mi sombra; ya ves que es alargada, y ni aquí me abandona.

—¿Tan mal lo has pasado, Mulá-Nur?
—preguntó Iskander, con sincero interés.

—No quiero ni acordarme, amigo mío. Si alguna vez tienes que atravesar las entrañas de una garganta, como esa en la que me hundí yo y de la que me ayudaste a salir, no preguntes si ese abismo de granito ha sido consecuencia de los hielos o del relámpago; pasa lo más rápidamente que puedas, porque los puentes son frágiles y pueden hundirse bajo tus pies. Sembramos flores en los jardines, pero no es allí donde enterramos a los muertos. No me gustaría ensombrecer el alba de tu juventud con los dislates del mediodía de la vida. Lo que pasó ya ha sucedido, y nada puede cambiarse de ese pasado, ni siquiera por voluntad de Alá. ¡Hasta mañana, Iskander! ¡Quiera Dios que nadie tenga que padecer, ni en sueños, todo lo que yo he sufrido! Mañana te diré cuál es el camino más corto para llegar hasta el Shaj-Dag. ¡Buenas noches!

Y se cubrió con el *burka*; los demás ya llevaban dormidos una hora.

Iskander tardó mucho en conciliar el sueño: pensaba en los acontecimientos que había vivido a lo largo del día, así como en las lóbregas palabras de Mulá-Nur. Una vez que se quedó dormido, le asaltaron las más terribles pesadillas, como que una bala le atravesaba el pecho, o que se despeñaba por un abismo sin fondo.

Los sueños son como el recuerdo del trayecto que hemos recorrido. Nos traen la turbación e inquietud de los acontecimientos que nos han tocado en suerte. Sólo hay una dormición carente de sueños, el sueño eterno, es decir, la muerte.

En donde Yusuf cuenta lo que no ha visto, pero mucho se guarda de relatar lo que vio

El sol tiñó de colores la cumbre de la montaña y despertó a Mulá-Nur y a sus hombres. Antes de nada, rezaron sus oraciones, para, a continuación, revisar las armas, cepillar los caballos y preparar el desayuno.

—Tu compañero de viaje ha pasado una mala noche —le comentó Mulá-Nur, entre risotadas, a su invitado.

—¿Te refieres a Yusuf? —le preguntó éste.

—El mismo.

—¿Sabes dónde está?

—Claro que sí.

—Dos veces te pedí ayer que enviaras a alguien en su busca y no me dijiste nada.

—Porque sabía dónde encontrarle.

—¿Dónde está, pues?

—A cincuenta pasos de aquí.

—¿Cuál será su suerte?

—No le haré nada. Te lo devolveré, y tú serás quien decidas qué hacer con él. Amigos —añadió Mulá-Nur, dirigiéndose a sus hombres—: llevadle algo de comer al prisionero, y decidle que no es deseo de Mulá-Nur que muera a fuerza de ayunar.

Acto seguido contó a Iskander cómo Gulshad se había hecho con Yusuf, le había obligado a entregarle las armas y le había llevado prisionero hasta aquel lugar. Cuando hubieron acabado de desayunar, Mulá-Nur tomó a Iskander por la mano y se la llevó al corazón y a la cabeza.

—Considérate uno de los nuestros. Siempre serás bienvenido y jamás te faltará mi reconocimiento agradecido. Ahora que ya te he indicado el camino que has de seguir para ascender

al Shaj-Dag, así como el de regreso, no tardes en llevar a cabo el servicio que te han encomendado tus paisanos. La verdad es que yo he de ir en dirección contraria: otros son los asuntos que me reclaman... ¡Adiós, y guarda buen recuerdo de Mulá-Nur! Si alguna vez tienes necesidad de un amigo, pronuncia mi nombre, y tardarás menos en verme a tu lado que lo que tarda un alud en rodar hasta los pies de la montaña.

Igual que una bandada de palomas torcaces, así desaparecieron los bandoleros. Iskander se acercó a la caverna. Allí estaba Yusuf, tumbado, con las manos atadas y los ojos vendados. El joven no fue capaz de resistirse a comprobar por sí mismo el valor de su acompañante.

—Ponte en pie, y disponte a morir —dijo, con voz fingida y en tono desabrido.

Yusuf se echó a temblar de pies a cabeza. Con inaudito esfuerzo, consiguió ponerse de rodillas, pálido como un muerto. Hasta su nariz

parecía desprovista de aquella base sólida que, en circunstancias normales, formaba un ángulo agudo con la boca, y otro, obtuso, con la barbi-lla, para colgar, inerte, sobre sus labios. Alzó las manos al cielo e imploró perdón con voz lastimera.

—Ángel Asrael¹⁶—exclamó—, haz que conserve la cabeza, que aún no estoy preparado para morir. ¿En qué y por qué te he ofendido?

—No cumplo mi voluntad, sino la de Mulá-Nur, quien me ha dicho que Yusuf había luchado como un tigre y que, como ahora sabe dónde se encuentra su guarida, ya no se siente seguro en estos parajes. Me aseguró, además, que la sangre de sus camaradas, la misma que tú habías derramado durante el asalto a Der-bent, clamaba venganza y estaba dispuesto a concedérsela.

¹⁶ Ángel de la muerte en la religión mahometana, encargado de recibir el último suspiro y de acompañar a las almas de los finados.

—¿Yo, yo? —replicó Yusuf—. ¿Que yo luché durante la toma de Derbent? ¿Quién es el calumniador que tal cosa asegura? ¡Que el oprobio cubra las tumbas de sus padres y de sus antepasados hasta la décima generación! ¡Eso no es así! Yo no soy hombre que luche contra sus paisanos. En cuanto la trompeta o el tambor nos reclamaban en las murallas, yo bajaba al bazar; cuando ya me tocaba ir a mi puesto, me refugiaba en la mezquita, y allí dormitaba tranquilo y a conciencia para mayor gloria del Profeta. Cierto que un día efectué tres disparos, pero el enemigo se encontraba a no menos de cinco verstas de distancia. En cuanto a mi sable, trata tú mismo de desenfundarlo, y si eres capaz de sacarlo de la vaina, te doy permiso para que me cortes la cabeza con él. ¿Por qué había de luchar yo contra Kasi-Mulá, un hombre valeroso, un santón, un profeta? Si no hubiera rebanado el gaznate a todos los bebedores y fumadores, ten por seguro que hoy yo sería un ferviente muridista.

—Sea. Pero también hay un componente religioso en la venganza que reclama Mulá-Nur. Asegura que eres partidario de Alí, y ha jurado matar a todos los fieles seguidores de Alí.

—¿Quién, yo? ¡Las barbas le arrancarí a Alí y a sus doce califas! Si hubiera vivido en Egipto durante la época de los fatimidas, también yo los habría destronado. Soy sunita, ¿me oyes? ¡Sunita, de alma y corazón! ¿Quién es Alí? Nadie; le soplas y desaparece como el polvo. Eso es, como un grano de arena que aplastas con el pie al andar.

—Pero, por encima de todo, lo que jamás te perdonará Mulá-Nur es que seas amigo de Iskander, su mortal enemigo.

—¿Amistad?—casi gritó Yusuf.

—¿No es prueba de amistad que te hayas ofrecido a acompañarle al Shaj-Dag?

—Por amistad, sí, está claro. Pero, sobre todo, para pasar un buen rato.

—Las cosas le han ido peor que a ti. Su cabeza ya cayó, antes que la tuya.

—¿Su cabeza, dices? —repitió Yusuf—. Bueno, no es una gran pérdida, no valía gran cosa. En lugar de detestarme, Mulá-Nur debería estarme agradecido, puesto que le he traído a Iskander, atado de pies y manos. ¿Iskander amigo mío? ¡Menudo amigo! Incluso cuando estaba vivo, lo hubiera cambiado por un pan de especias. ¡Amigo mío! ¡Uno de los peores libertinos de Derbent, muy dado a comer jamón con los soldados rusos! ¿Amigo mío alguien que sería capaz de quemarle las barbas a su madre?

—¡Calla, deslenguado, y deja en paz a los muertos! Si el miedo no te aturdiese la cabeza, te habrías dado cuenta de que su madre carecía de barba.

—¿Que no tenía barba? Te aseguro que se la afeitaba. ¡Por Alá, y cuántas navajas de afeitar no me habrá mellado! ¿Yo amigo de Iskander? ¿Cómo crees que habría cometido la estupidez

de hacerme amigo de un hombre cuyo padre era un forajido, su madre una loca y su tío un zapatero remendón?

—¡Ya estoy harto de tus perjurios, renegado, mentiroso, lengua de perro! Agacha la cabeza; ya tengo el sable levantado.

E Iskander pasó su chascás por la cabeza de Yusuf, aunque en lugar de rozarle con la parte cortante, con habilidad le tocó con la punta y consiguió arrancarle el pañuelo que le tapaba los ojos. Yusuf miró aterrorizado a su pretendido verdugo, y descubrió a Iskander. Estupefacto, no pudo por menos de lanzar un grito.

—¿Qué miras, estúpido jabalí? Repíteme ahora eso de que mi padre era un ladrón, que mi madre estaba loca y que mi tío era zapatero remendón.

En lugar de pedir disculpas o de mostrarse aturdido, Yusuf se echó a reír y se arrojó en brazos de Iskander.

—¡Así que he conseguido enojarte! No está mal en lo que a mí se refiere. Me ha costado, pero lo he logrado. Ya ves, pones trampas para ruiseñores y atrapas un cuervo. ¿De verdad piensas que, desde el momento en que comen- zaste a hablar, no reconocí tu voz, la voz de mi mejor amigo? ¡La reconocería hasta entre aullidos de chacales, maullidos de gato o ladridos de perros!

—¡Muy bien! ¡Supongamos que me habías reconocido!

—¿No me crees?

—No; me has insultado.

—Pero sólo era una broma, una chirigota, nada más. ¡Qué cosas tienes!

—¿Cómo es posible que te hayas rendido a la compañera de Mulá-Nur? ¿Cómo permitiste que te desarmase una mujer?

—¿No recuerdas haber visto en las estancias del comandante de Derbent un grabado en el que se representaba a una joven muy hermosa, que retiraba la coraza a un joven que respondía al nombre de Marte? Al pie, había una leyenda en ruso: *Marte, desarmado por Venus*. Yo me dejé desarmar del mismo modo, amigo mío. Porque a una criatura tan hermosa le habría entregado todo, Iskander, desde el capote hasta el corazón. ¡Ya me habría gustado ver, sinvergüenza, qué habrías hecho tú si te hubieras encontrado con ella! ¡Qué nariz, qué ojos! ¡Y esa boca, no mayor que el taladro de una perla! ¿Y la figura? Un buen conocedor como tú, ya habrá reparado en ella. ¡Me hubiera gustado arrebatarse el cinturón para hacerme un anillo!

—¿O sea que aseguras que es por amor por lo que te dejaste maniar y le seguiste los pasos al cabo de un cordel?

—¡La hubiese seguido hasta enlazado a uno de sus cabellos!

—Sea. Pero dime que no propalarás por Derbent, y menos en mi presencia, tus amoríos con Gulshad.

—¿Así se llama? ¡Qué nombre tan encantador! Pero... no me hagas hablar más, porque no me has permitido ni siquiera preguntarte cómo has llegado hasta aquí.

En dos palabras, Iskander relató lo que les había ocurrido a Mulá-Nur y a él. Cuando llegó al momento en el que el bandolero caía por el precipicio, Yusuf le interrumpió.

—¿Así que está muerto? —le preguntó.

—No.

—¿Cómo que no?

Iskander le contó cómo había rescatado a Mulá-Nur y le había acompañado hasta su guarida.

—¿Así que nuestro Mulá-Nur aún está ahí? —insistió.

—No; se ha ido.

—¿Adonde?

—A una batida.

—¿Estás seguro?

—He visto cómo se deshacía en el aire el polvo que levantaban los últimos de la cuadrilla.

—¿Y dices que cayó desde una altura de quinientos pies? ¡Ojalá el diablo le hubiera partido el cuello! ¿Y que no se le rompieron brazos y piernas en mil pedazos? Habría que escupir en esa maldita garganta. Si hubiera venido a por mí él mismo, en lugar de mandar a su mujer, ya le habría enseñado yo cómo se deletrea la palabra *valiente*. ¡Pero ese cobarde no tuvo valor!

—¿Cuándo callarás la boca, fanfarrón? Si te hubieras topado con Mulá-Nur en persona, bien que se habrían acabado todas tus mentiras y tantas chulerías. ¡Estarías muerto, pero de miedo!

—¿Miedo yo? Que sepas, mi querido Iskander, que sólo hay un hombre en el mundo capaz de inspirarme miedo, y ése no es otro que el de la imagen que me devuelve el espejo cuando me contemplo en él.

Iskander no pudo soportarlo más. Era tan grande el farol, hasta para un tártaro, que tuvo que echarse a reír.

—¡Ya basta! Me acabas de mostrar una nueva faceta de ti, a mí que creía conocerte tan bien. ¡Monta, y adelante, valeroso Yusuf!

—¿Ya sabes cuál es el camino que hemos de tomar?

—Sí, gracias a Mulá-Nur, que tuvo a bien indicármelo.

—Ve delante, pues, que yo te seguiré, y ¡que a nadie se le ocurra atacarnos por la retaguardia!

Iskander tomó la senda que le había indicado el forajido. Vista desde abajo, nadie hubiera creído que unos seres humanos fueran capaces de aventurarse por allí.

Cuando llegaron a la región de las nieves, Iskander dejó el caballo al cuidado de Yusuf y, vasija en mano, se dispuso a escalar hasta la más alta de aquellas cumbres. Era la primera vez que aquella nieve virginal era hollada por un pie humano.

Iskander se postró en aquel pico que, hasta su llegada, sólo había sido visitado por los ángeles para adorar a Dios. Cuando levantó la cabeza y miró a su alrededor, contempló una tierra maravillosamente bella.

Ante él, se desplegaba la cordillera de montañas que se extiende desde el mar Caspio hasta Avaria. La vista descendía hasta el fondo de los valles y allá, en las honduras, era capaz de distinguir unos ríos tan finos y brillantes como hilos de seda. Todo era silencio y tranquilidad.

Iskander se encontraba demasiado lejos como para distinguir a hombres o bestias, y demasiado arriba como para percibir el más mínimo ruido.

Si no hubiera sido porque, en aquellas alturas, libre de toda emanación terrestre, el aire resultaba demasiado puro para los pulmones de un hombre, habría dedicado más tiempo a la contemplación de tan maravilloso espectáculo. Pero las arterias del joven comenzaron a latir con fuerza, como si la sangre, al no estar lo bastante comprimida por la atmósfera, luchase por escapársele a través de los poros.

Comprendió, entonces, que había llegado la hora de cumplir su misión y, con una fe profunda en que todo era posible para aquel Dios del que ya casi nada le separaba, formó una bola de nieve, la introdujo en la vasija y comenzó el descenso, con el recipiente por encima de su cabeza para cumplir con el requisito de que no entrase en contacto con la tierra.

El descenso era mucho más difícil que la ascensión. Pero, a lo largo de todo el viaje, un poder superior parecía velar por Iskander. Una hora después, más o menos, ya había llegado a donde le esperaba Yusuf. Éste le hizo algunas preguntas, pero Iskander negó con la cabeza. Yusuf trató de gastarle algunas bromas, pero calló al ver que Iskander alzaba un dedo al cielo, muy serio: ahíto, regresaba a la tierra, desde aquellas sublimes cumbres.

—Da la impresión de que, allí arriba, hubieras comido sol y tuvieras miedo de quedarte sin una porción si abrieses la boca —le comentó Yusuf.

Pero por más que habló, no consiguió arrancar ni una sola palabra de Iskander. Con lo que optó por callarse también. A pesar de que cabalgaron deprisa, los viajeros no llegaron a Derbent hasta que la noche ya iba muy avanzada; las puertas de la ciudad estaban cerradas desde mucho antes.

A Iskander se le salía el corazón del pecho; cada latido reavivaba en él temores, dudas y esperanzas. Colgó la vasija de la rama de un árbol, mientras contemplaba, ora la muralla oscura que le separaba de aquella a quien más quería en el mundo, ora el cielo que veía oscurecerse por momentos. Parecía que quisiera formular una pregunta a la naturaleza acerca de lo que debía hacer, si temer o esperar.

Al poco, observó con satisfacción cómo se arremolinaban unas cuantas nubes en el cielo hasta llegar a empañar la resplandeciente superficie de la luna. Lleno de contento, sacudió por el brazo a Yusuf, que se estaba quedando dormido, y le dijo:

—¡Mira, Yusuf, mira esas nubes que corren por el cielo más deprisa que un rebaño de ovejas!

—¡Un rebaño de ovejas! —acertó a decir Yusuf—. Compra la más pequeña, y sírvelte del

junquillo de mi escopeta para hacer un guiso.
¡Estoy muerto de hambre!

—Éste es mi animalito —repuso Iskander—, capaz sólo de pensar en su estómago. Las ovejas de las que te hablo, Yusuf, son nubes. Va a llover, amigo mío.

—¡Si llovieran alondras, ten por seguro que me pondría en el extremo de un canalón con la boca bien abierta!

—Duerme, pues, borrico, porque ya dice el refrán que quien duerme es como si cenase.

—¡Buenas noches, Iskander! —contestó Yusuf, entre bostezos.

Y se quedó dormido encima del *burka*. Iskander, sin embargo, no pegó ojo en toda la noche y no dejó de escudriñar el cielo, cada vez más cubierto.

Al alba, se abrieron las puertas de Derbent y, tan sólo unos minutos más tarde, la población

entera ya estaba al tanto de que Iskander había regresado con la nieve del Shaj-Dag. Todos los habitantes de la ciudad se arremolinaron en el santuario de la mezquita, en las otras partes del templo y hasta en el patio exterior. Había multitud de curiosos que no querían perderse el momento en que se llevase hasta el mar el agua de la nieve derretida del Shaj-Dag. Tras una breve oración, los *mulás*, seguidos por el pueblo, enfilaron el camino que conducía al puerto.

Tímidamente, Iskander portaba la vasija que contenía la nieve licuada, mientras que Yusuf, en medio de un enorme gentío, narraba a voz en cuello los acontecimientos del viaje; aunque, en su relato, la figura de Iskander desaparecía por completo. Por lo que se refiere al propio Yusuf, sin embargo, contaba a quien quería oírle que había estado tan cerca del cielo que

había oído cómo roncaban los siete durmientes¹⁷ y hasta las voces de las huríes.

Había pasado también un frío espantoso, pero, por suerte, había entrado en calor tras plantar cara a dos osos y a una serpiente de tamaño descomunal. Le hubiera gustado mostrarles la piel del ofidio, que había desollado, pero su caballo se había espantado tanto al verla que tuvo que abandonarla por el camino. Aun así se acordaba perfectamente del lugar donde la había tirado y, al día siguiente, enviaría al muecín en su busca.

Pero por más entretenidos que resultasen los percances de Yusuf, se quedó sin auditorio en el instante en que Iskander se preparó para arrojar al mar el contenido de la vasija. Desde

¹⁷ Los siete santos o durmientes de Éfeso fueron encerrados vivos en una cueva por orden de Decio. Mucho después, bajo el reinado de Teodosio el Menor, salieron vivos de su encierro, tras despertar del sueño que les había infundido el Señor.

por la mañana, se había levantado un fuerte viento, pero aire no significa necesariamente lluvia, y nadie había visto caer ni una gota. Cuando, tras una larga oración recitada por el *mulá*, Iskander se dispuso a vaciar el contenido del recipiente en el Caspio, se volvió hacia Festahli, que se encontraba en primera fila.

—Recuerda tu promesa —le dijo.

—Recuerda tú también las condiciones —repuso Festahli—; tu suerte no depende de la nieve, sino de la lluvia. Si Alá te acepta, yo también lo haré.

Iskander alzó la vasija por encima de su cabeza y, a la vista de todos, arrojó al mar el agua en que se había convertido la nieve del Shaj-Dag. Al punto, como por obra de un milagro, se formó una gran tormenta. Nubes que parecían preñadas de agua cubrieron el cielo; se oyeron truenos a lo lejos, y las hojas, agitadas con violencia por el viento, se vieron limpias del polvo que las cubría. Aunque el aire se los levantaba,

las jóvenes tártaras contemplaban todo alegremente a través de sus velos. Todos tenían las manos en alto para sentir las primeras gotas de aquella lluvia tanto tiempo esperada. Por fin, un relámpago desgarró la bóveda brumosa que oprimía Derbent, y pareció que, como dispuestas para un nuevo diluvio, todas las cataratas del cielo se hubieran abierto al mismo tiempo.

Comenzó a caer una lluvia torrencial, que anegó las tierras del Daguestán. Pero, en esta ocasión, a nadie se le pasó por la cabeza ponerse a cubierto o abrir un paraguas. Aquello no tenía nada que ver con una explosión de alegría; era un delirio.

Las papajas volaban por el aire para ir a parar al agua. Plegarias y gritos de júbilo ascendían juntos al cielo. Las gentes se abrazaban, se felicitaban unos a otros, señalaban el agua que caía como una gigantesca cascada, como cien torrentes, desde la ciudad tártara hasta la ciu-

dad rusa, para, desde la fortaleza, precipitarse en el mar.

Iskander estaba más contento que todos los habitantes de Derbent juntos. A él, con la lluvia, también le caía una mujer del cielo.

Dos santones

¿Qué es una juventud sin amor? ¿Qué es el amor sin los jóvenes? La llama siempre arde con más facilidad si el aire es puro, y ¿alguien sabe de un aire más puro que el de la primavera? Ciertamente que son altas las paredes que rodean los patios musulmanes, y que sus puertas están cerradas con sólidos candados. Pero el viento se cuela por encima de los muros y hasta por los ojos de las cerraduras.

Por otra parte, los corazones de las mujeres hermosas se encuentran a buen recaudo, atanzados como están por miles de prejuicios. Mas el amor es como el viento: siempre encuentra el modo de llegar hasta ellos.

Aun sin atreverse a reconocerlo, Kassim ya estaba enamorada. Iskander se había convertido en su mejor pensamiento a lo largo del día y, por las noches, en su más dulce sueño. Mien-

tras, como toda joven tártara, bordaba con hilo de oro la funda de la pistola de un prometido al que aún no conocía, Kassim hablaba para sus adentros:

—¡Si esto llegase a ser para Iskander!

Imaginémonos, pues, su alegría, cuando su tío apareció para comunicarle de forma oficial que era la prometida del joven. Se puso más roja que una cereza, y el corazón se le aceleró como el de una paloma en libertad. Se cumplían, así, sus más queridos y secretos deseos. Y a partir de aquel momento, sus esperanzas, carentes de nombre propio, se identificaron con Iskander. Desde entonces, ya podía recibir, orgullosa, los parabienes de sus amigas y charlar con ellas acerca de su futuro marido.

En cuanto a Iskander, se sentía en el paraíso. Como consuelo por no ver a su prometida, su imaginación no dejaba de vagar:

—Sentada en esta alfombra, trabajará; beberá de esta taza; utilizará esta vasija de plata para refrescar sus sonrosadas mejillas, y dormirá cubierta por esta colcha de seda.

Es usual que, hasta aquellas regiones del Cáucaso que siguen la religión de Alí, lleguen *mulas* y clérigos desde Persia, que explican el Corán y cuentan los milagros realizados por sus imanes. Normalmente, esto suele suceder en el mes de mayo. Desde el primer día de tal mes, los chiítas celebran la muerte de Hussein, hijo de Alí, quien, tras la muerte de su padre, se sublevó contra Yesid, hijo de Moaviah, para arrebatarle el califato. Derrotado por el general Obeid-Alá, murió en combate¹⁸. Los chiítas celebran con gran magnificencia el aniversario de

¹⁸ Tras haber sido apartado durante largo tiempo y de forma sistemática del poder, elegido califa Alí, yerno del Profeta, en el año 656, tuvo un reinado aguadísimo, turbado por sus luchas contra Moaviah, hasta que fue asesinado en el 661.

este acontecimiento. La fiesta se celebra de noche, a la luz de innumerables antorchas. En la época de nuestra narración, desde Tapsos, había llegado el *mulá* Sedek para presidir los festejos, y se había quedado en Derbent durante un mes.

El *mulá* tenía cuarenta y cinco años, pero la exagerada gravedad que afectaba le obligaba a caminar como si fuera un hombre de setenta. A veinte pasos de él, ya se respiraba olor de santidad y aceite de rosas.

Aunque, con frecuencia, elevaba los ojos al cielo, no por eso Sedek se olvidaba absolutamente de este mundo. Tenía pocos amigos, pero en cuanto alguien se le acercaba con dinero en las manos, siempre era bienvenido. En Derbent había recibido innumerables regalos. Pero albergaba la esperanza de llevarse consigo algo más que joyas o dinero. Había pensado en tomar esposa en aquella ciudad y, tras haberse enterado de los mejores partidos, inició algunos

avances con los ojos puestos en la sobrina de Hayi Festahli, a quien suponía titular de una enorme dote. Y comenzó por adular al santón. Como el orgullo era el punto flaco del tío de Kassim, en poco tiempo Sedek se convirtió en su amigo más íntimo.

—El fin del mundo no puede estar muy lejos —le decía—. El pez Huta¹⁹, sobre cuyo lomo reposa el universo entero, está cansado de cargar, además de con los hombres, con el fardo más que pesado de sus pecados. Los musulmanes están corrompidos: adoran el dinero, llevan insignias en la solapa y cintas coloreadas les cuelgan de los sables. No sé lo que habría pasado con Derbent cuando sobre la ciudad se abatió la amenaza del Señor, si tú no hubieras estado aquí para que la fuerza de tu virtud paliase los pecados de sus habitantes. Para mí,

¹⁹ Animal mitológico sobre el que reposan los diferentes espacios y regiones de todo el universo, según el mito de la creación relatado en el *Brihadarnyaka Upanishad*.

que eres un hombre puro, respetable; un santón, un verdadero chiíta, que nunca has entrado en tratos ni con los armenios ni con los rusos. Lo que no me puedo creer, y no me gusta nada, es que hayas tomado la decisión de casar a tu sobrina con ese inútil de Iskander, que es más pobre que el perro de un derviche. Cuando me lo contaron, pensé que era imposible, que un hombre como Hayi Festahli jamás arrojaría la perla del Profeta a un lodazal, y que no daría a la hija de su hermano al primer llegado. De verdad, debe de tratarse de una broma, o de una mentira.

—Pues así es —repuso Festahli, confuso.

Y contó a Sedek cómo había pasado todo, la forma en que Iskander había puesto sus condiciones y cómo él se había visto obligado a consentir en aquel matrimonio.

—Cierto es —añadió— que en Derbent no hay jóvenes pretendientes ricos; parece una maldi-

ción, pero todas las fortunas están en manos de personas ancianas.

—¡Todo nos viene de Alá y a Él ha de volver!
—repuso Sedek, mientras se atusaba la barba—. ¿No hay también verdaderos fieles seguidores de Hussein en Irán? El sol se alza y se pone dos veces cada día en el imperio del gran rey. Ahí es donde debes elegir un marido para tu sobrina. Santo profeta, si quieres casar a la luna con una de las más hermosas estrellas del cielo, te enviaré a mi primo Mir Herulah Tebri, un apuesto chico, y creyente. Es tan rico, que ha perdido la cuenta de las perlas y diamantes que posee. Y a pesar de todo, es tímido y se sonroja como una muchacha. Cuando pasea por el bazar, todos los comerciantes le saludan, y jamás faltan en su casa las mejores frutas, los pasteles más exquisitos, las más dulces uvas. Todos los que van a visitarle le llevan algún regalo. Si tu sobrina llegase a convertirse en su esposa, ten por seguro que ocuparía un lugar preferente en los baños de Tapsos.

Tal propuesta complacía tanto más a Festahli, por cuanto podía sumir en la desesperación a Iskander, a quien no soportaba. Sin embargo, estaba convencido de que, con ello, faltaba a una promesa sagrada.

De modo que replicó a Sedek que, si tal proyecto se llevase a cabo, él se sentiría el hombre más orgulloso y feliz del mundo, pero que mucho se temía que la madre de Kassim no diera su aprobación. Por otra parte, el comandante de Derbent podría no dar su consentimiento para que una mujer de su ciudad —y rusa por tanto— se casase con un persa. Y en último término, ¿qué pensarían los habitantes de Derbent? El qué dirán, que aún representa algo en París o en San Petersburgo, en las orillas del mar Caspio, como en todo Oriente, equivale a la segunda voz de la conciencia para aquellos que no escuchan la llamada de la primera.

—¿Qué dirán? —replicó Sedek, en tono burlesco—. ¡Pues qué van a decir! ¡Que eres un hom-

bre inteligente! Las faltas siempre son disculpables, pero también conviene repararlas en la medida de lo posible. Francamente, ¿qué tiene en su favor el tal Iskander? ¿Crees de verdad que la nieve que trajo fue la causante de la lluvia? Permíteme que te eche una mano, y te dé mi opinión acerca de cómo resolver esta cuestión. Mientras tanto, puedes contar que tu hermana se encuentra gravemente enferma y que, por temor a la muerte, ha jurado no casar a su hija más que con un descendiente del Profeta, con un imán. Obliga a tu hermana a que no salga de su alcoba y procura que esté callada, o en ningún caso atiendas a sus peticiones. ¿Acaso no has leído en los libros sagrados que Job llegó a pegar a su mujer, porque ésta le aconsejaba que se hiciera amigo del demonio? Por otro lado, ¿acaso es tu esposa la madre de Kasim? ¿Qué es, en realidad, para ti? ¡Una hermana, eso es todo! Haz caso omiso de su voluntad.

—¿Y el comandante? —preguntó Festahli, en un suspiro.

—¿Qué puede hacer él? Además, ¿no podrías engañarle? ¿Qué obstáculos hay para que te hagas con un pasaporte para ir a Persia a ver a tus parientes?

Festahli asintió o, más bien, hacía ya rato que había cedido.

Al día siguiente, Iskander vio cómo le devolvían el *kalmi*, el equivalente al ajuar, que ya había entregado a modo de promesa. Como el joven ya no tenía cabellos que mesarse, casi se arrancó las orejas. Tardó mucho tiempo en aceptar el escarnio de que era objeto. Sin embargo, allí estaba aquella bolsa ante sus ojos, con todo el dinero en su interior. Su anciana tía reconoció no entender nada tampoco, y no dejaba de compadecerse de su sobrino.

Iskander estaba destrozado, y no hacía más que cavilar acerca de la forma de vengarse de Festahli sin quebrantar las leyes rusas. ¡Si en Derbent hubiera habido un kan en lugar de un coronel...! Una puñalada bien dada y todo

habría quedado resuelto: Kassim sería sólo suya.

Pero, por muy expeditiva que resultase esa medida, no había ni que pensar en algo así. Iskander se encerró en sí mismo y permaneció mudo como un muerto; ni siquiera reparó en Hayi Yusuf, que llevaba un rato delante de sus narices. Aparte de ser un vago y un mentiroso, el tal Hayi Yusuf era un buen hombre: compartía, pues, la pena de su amigo y, de haber sabido cómo, hasta habría llorado. Tocó con suavidad a Iskander y le preguntó con timidez:

—¿Qué te pasa, mi querido Iskander?

—¿Tú? —repuso Iskander, con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres ahora?

—Venía a decirte que han llegado tres embarcaciones cargadas de trigo, y que todo el mundo está muy contento. Ya ves que se trata de una buena noticia, Iskander.

—Si me hubieras dicho que los barcos han llegado cargados de naderías, la noticia aún sería más placentera.

—¿Así que no estás de humor? Dime qué te molesta tanto.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Acaso no lo sabes? ¿No lo sabe ya todo Derbent?

—¿Así que es cierto que la madre de Kassim no te acepta como yerno?

—¿Su madre? —e Iskander soltó una carcajada, que estremeció a Yusuf—. ¿Su madre, dices? Quia; es ese miserable de Festahli —añadió—; pero ¡acabaré con él!

—¡Cómo se nota, pobre Iskander, que nunca has llevado la vida de los que se esconden en las montañas! En realidad, no es difícil acabar con un hombre y huir al monte; pero, eso sí, hasta el final de tus días, habrás de renunciar a la ciudad que te vio nacer. Si aceptas mi consejo, creo que debería bastarte con una buena

somanta de palos. Y luego, te retiras tranquilamente á Bakú. Si persistes en tomar mujer por encima de todo, puedes casarte allí por tres meses. No te costará más que veinticinco rublos. Este tipo de matrimonios es un invento estupendo, sobre todo para personas que viajan mucho. Yo lo he vivido en mis propias carnes. Aquí donde me ves, una vez, estuve casado durante seis semanas. No tuve paciencia bastante como para prolongar la situación. Es más, al cabo de un mes, creo, me escapé de allí, porque cuando estaba dormido, siempre temía que mi mujer, tan desabrida y arisca como era, me mordiese la nariz. Yo que tú lo intentarías. Y estoy convencido de que regresarías aquí con un regalo para mí en muestra de agradecimiento.

Iskander permaneció pensativo y callado.

—Mi querida alma hermana, mi flor de lis, mi orgullosa palmera..., Iskander —prosiguió Hayi Yusuf—, ¿por qué no me haces caso? ¿O es

que tienes agua en los oídos? ¡Mira que eres terco con eso de tu prometida! Toma un puñado de rublos, abre la mano en la plaza de Derbent y pide a gritos una novia: verás que se acercarán a ti como aves de corral.

Iskander mantenía la boca cerrada.

—¿Por qué estás tan triste, Iskander? ¡Qué demonios! ¡Ni que tu Kassim fuera una estrella! Mira: tiene un ojo más grande que el otro y, además, es de piel tan oscura que te arruinarías sólo en blanco de España. Incluso te diría que, en mi opinión, es un poco contrahecha. Y no me digas que no, que la conozco, que la he visto con mis propios ojos.

En esta ocasión, Iskander sí que había oído, y agarró a Yusuf por el cuello.

—¿La has visto? ¿Dónde? ¿Cómo estaba? ¿Cuándo? ¿Cómo te atreviste a posar sobre ella esos ojos de basilisco que tienes? ¡Responde, miserable!

—¿Cómo quieres que te responda, si me estás ahogando? ¡Suéltame, en nombre de Alá! ¿No ves que te estoy tomando el pelo? Ya sabes que no tengo ojos más que para mi bolsillo, que, gracias a Dios, carece de agujeros. ¿Dónde podría haberla visto yo? Y aunque así hubiera sido, ¿crees que me hubiera atrevido a mirarla? ¡Como si no supiera que es la prometida de mi mejor amigo! Nunca te cases, Iskander. Eres demasiado celoso como marido para ser un hombre que mantiene tan buenas relaciones con los rusos. Te pasarías las noches en vela y, durante el día, no dejarías de fijarte en todo aquel que pasara por tu casa. Además, ¡no sé cómo lo hacen esos malditos rusos! Dos días llevan en la ciudad y ya han hecho buenas migas con todas las mujeres hermosas. Conoces a Mulá-Kasim; ya sabes lo celoso que es. Bueno, pues se permitió el lujo de comprarse una mujer encantadora. Como el precio pagado había sido alto, se pensó que la iba a tener sólo para sí. Su mujer sólo tenía una amiga; qué menos.

Tres veces por semana, la amiga iba a verla a casa de Mulá-Kasim. La conducía él mismo hasta donde se encontraba su esposa y se quedaba a la puerta para evitar que ambas mujeres saliesen a la terraza a contemplar la calle. ¿A que no sabes quién era la amiga? ¡Un joven e imberbe abanderado ruso!

Iskander tomó por el brazo a Yusuf, pero sin dar muestras de enojo.

—¿Un hombre vestido de mujer?
—preguntó—. Podría ser la solución. Gracias por tu relato, Yusuf. Muy divertido.

—¡Menos mal! Bueno, te dejo, ahora que veo que estás de mejor humor. ¡Tengo un montón de cosas que hacer! Esta noche, he de comparecer en la puesta en escena de *Yesid*, en el papel del embajador francés. Y tengo que probarme antes un pantalón muy ceñido, no sea que no quepa en él. ¡Ojalá el diablo se haga un chaleco con la piel de un ruso! ¡Ellos tenían que ser los inventores de esos malditos pantalones! Si por

el camino se me cruza un gallo, ya puede estar tranquilo, porque me limitaré a arrancarle las plumas de la cola para hacerme un penacho. Ya verás qué aire más marcial tengo cuando me vea el público. Estoy seguro de que toda la guardia me deseará lo mejor, porque me tomarán por un noble. Y ahora, adiós. No puedo perder ni un minuto más si no quiero faltar al espectáculo.

Yusuf se fue, no sin antes subir hasta los hombros las mangas de la chilaba para andar más ligero. Iskander se quedó solo y pensativo, aunque sonreía para sus adentros. En medio de tanto parloteo inútil, la anécdota que le había contado Yusuf le había ayudado a madurar una idea: aprovecharse de la fiesta que iba a celebrarse, una especie de carnaval musulmán, para disfrazarse de mujer y poder acercarse a Kassim.

Hay que aclarar que nada se presta mejor a esta estratagema que el traje típico tártaro: am-

plios pantalones, un *arkaluk* —la túnica típica de los uzbekos— y un enorme velo. Una vez tomada aquella decisión, Iskander ya no pareció estar tan desesperado.

—¡La veré —se decía—, y será mía! ¡Ya verás, Festahli, lo que has conseguido con molestar a un tigre! ¡Kassim, Kassim, espera a tu Iskander, aunque la senda que le conduzca hasta ti se halle plagada de puñales!

Y al instante, Iskander se fue al bazar para comprar un traje completo de mujer, con la excusa de que quería hacerle un regalo a su prometida.

De vuelta a casa, como temía alguna indiscreción por parte de su escudero, le mandó a pastar con los caballos. A continuación, se rasuró por completo la incipiente barba; se pintó los párpados, las cejas y los labios; se puso los pantalones, el *arkaluk* y el velo y, con aquella nueva indumentaria, trató de andar al estilo de las mujeres tártaras, al tiempo que ocultaba entre

los ropajes un cordel para, en caso de que se viera obligado a defenderse o atacar, pudiera hacerlo vestido de hombre.

Y esperó con impaciencia a que cayera la noche. Pero el día, como un tío que deja herencia, se resistía a morir. Finalmente, un repique de tambor llamó a la oración y se encendieron las luces del recinto en el que iba a tener lugar la representación.

Momento que Iskander aprovechó para ponerse en las mejillas las dos plaquitas de oro de rigor, mientras se colgaba de un lado del cinturón el canglar y, del otro, una pistola; a continuación se envolvió en un inmenso velo blanco de la cabeza a los pies y se lanzó a la calle, con un farol en la mano.

Un cuarto de hora más tarde, la joven salía también de su casa, acompañada por dos amigas. Las tres muchachas se disponían a asistir al drama religioso que se representaba en Derbent en conmemoración de la muerte de Hussein, y

que guarda muchas semejanzas con los misterios que los cofrades de la Pasión representaban en la Francia medieval.

Todas las plazas y calles estaban repletas de gente a pie y a caballo. Hay que aclarar que en todos los espectáculos que tienen lugar en Oriente, por muy apretados que estén los espectadores, siempre hay un tercio de ellos al menos que va montado a caballo, y que van y vienen como Pedro por su casa, sin preocuparse de si pisan a unos o chocan con otros: quienes van a pie son los que han de apartarse y mirar por su seguridad. La exclamación que más se oye es la de *kabarda! kabarda!*, que equivale a nuestro *¡cuidado!*

Las azoteas, único lugar hasta el que no llegaban los jinetes, estaban abarrotadas de mujeres envueltas en largos velos de colores.

El drama aún no había comenzado. En el escenario, dispuesto para la representación de *Yesid*, que tal era el título de la tragedia, y flan-

queado por dos musulmanes, el *muid* Sedek leía el prólogo, deteniéndose en los pasajes más emotivos, en los que exhortaba a llorar a los espectadores. Y todo el mundo respondía a sus requerimientos con ayes y lamentos.

Aún furioso, Iskander, que había seguido los pasos de Kassim, subió tras ella por la escalera de una casa hasta llegar a una azotea, atestada ya de mujeres musulmanas e iluminada con antorchas. Al verse y reconocerse, las mujeres se besaban, y reían y charlaban unas con otras en un parloteo que parecía no tener fin. Todas llevaban ricos vestidos, y collares de oro y de plata, mostrándose unas a otras el aderezo que acababan de estrenar, más para presumir que por amistad.

Aunque viva cien años, quien no haya tenido tratos con mujeres asiáticas no sabrá, ni llegará a comprender nunca, la forma de ser de los asiáticos. Frente a los infieles cristianos, los musulmanes llevan siempre una máscara. Fue-

ra del harén, los orientales no muestran el fondo de su corazón, o de su bolsillo, ni a su hermano. A todos los pueblos del mundo les domina la pasión de ponderar sus propias costumbres. Mas, por encima de todos ellos, están los musulmanes. Si hubiera que dar crédito a sus palabras, pensaríamos que son todos santos. Es más, que maridos y mujeres van de la mano por la senda del Corán en el cumplimiento de sus deberes, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda. Un musulmán se muestra tal como es sólo ante sí mismo: entonces no tiene que dar cuentas a nadie de sus acciones, ni a su mujer ni a sus hijos. Sin embargo, la mujer, en ausencia del marido, disfruta de plena libertad: en cuanto ve la parte de atrás de las babuchas del esposo, se torna irreconocible. La que se mostraba callada y humilde ante él, se convierte en charlatana, orgullosa y hasta impúdica con sus amigas, con quienes se expresa siempre con total sinceridad, habida cuenta de que no existen los celos entre las mujeres de Oriente, salvo

en lo que se refiere a la riqueza de los ropajes o al valor de los aderezos que lucen.

De ahí que cualquiera tenga la impresión de encontrarse ante un mundo con dos caras, que nada tiene que ver con el europeo, razón por la que aspiramos a que el presente libro sea uno de los primeros en señalar y hacer notar las diferencias que nos separan. Se trata de un mundo aún más inaccesible a los hombres que a las mujeres, dado que el hombre siempre se abre a la mujer, mientras que esto jamás ocurre en sentido contrario.

Supongamos que, de alguna manera, y no me corresponde a mí decir de cuál, el lector se encontrase junto a una musulmana. Imagine-mos que haya llegado hasta los baños, y la haya escuchado mientras charlaba con una amiga; que se haya internado en el harén, y allí la haya visto retozar, que es la única palabra que se nos ocurre —está claro que el griego es una lengua más rica que la nuestra—, junto a sus compañe-

ras. Si esto ocurriese, es evidente que nuestro lector habría llegado a saber más por sí mismo que lo que pudiera contarle cualquier musulmán, incluso más de lo que éste sabe.

Sólo así llegaremos a darnos cuenta de lo extraño que se sintió Iskander en medio de aquellas indiscreciones femeninas. Perdido entre aquel tropel de muchachas bonitas y charlatanas, el joven, que jamás había hablado con una mujer que no tuviese más de sesenta años, las devoraba con la mirada y trataba de enterarse de todo lo que hablaban.

—¡Qué precioso peinado! El roñica de mi marido ha estado en Snizili y me ha traído estos pantalones bordados en oro. Hago mal en decir que es agarrado, porque conmigo no lo es. Nunca me dice que no a nada. Bien es verdad que es muy exigente y que yo, ya sea invierno o verano, procuro hacer todo lo que me pide, sin atender a la estación del año o a la temperatura que haga.

—¿Sabías, Fátima —comentaba otra—, que el viejo mono de mi marido ha tomado una segunda esposa en Bakú? Me he quejado y he llorado ante él. ¿A que no sabes lo que me dijo? Que cómo iba a pasarse sin la sal de la vida. ¡Ya me vengaré! Una segunda mujer, ese viejo truhán que no es capaz ni de festejar el sábado conmigo. ¡No, querida, no! ¡Es increíble! ¿No te parece? Pero así son las cosas. Por cierto, ¿sabías que se ha dictado un edicto en Rusia por el que se obliga a todas las mujeres a llevar pantalones? Ya he visto a algunas señoras de aquí, de Derbent, con pantalones blancos, bordados y festoneados con calados. ¡Ya era hora! ¡Ver-güenza daba verlas cuando hacía aire!

—¡Jamás te agradeceré lo bastante el magnífico jabón que me regalaste, mi querida Sheker! —pregonaba una tercera—. Me ha bastado con lavarme una vez para que se me quede la piel tan suave como si fuera de raso.

—Murió —comentaba una cuarta mujer—. ¡La mató! ¡Qué pena! En cuanto quería yacer con otro hombre, siempre tenía que andar a hurtadillas. Pero en cuanto el marido se ausentaba, ella se iba de picos pardos, y sin tapujos. ¡La dejó seca!

—¡Qué harta estoy de mis hijos! —decía otra—. ¡Nunca he visto chavales que hayan crecido tan deprisa! Cualquiera pensaría que su madre es una vieja. Además, me traen de cabeza. No lo entiendo. Yo ni siquiera he tenido un grano nunca. Eso es herencia de su padre.

—Si tienes quebraderos de cabeza por culpa de los chicos, a mí me duele el alma, pero por culpa de los mayores. Meshli no deja de darme la tabarra: está empeñado en que le compre una mujer.

—¡Pues cómprasela! Ya es mayor, y tiene edad como para tener esposa. Ayer mismo le vi por la calle.

—¡Mira qué graciosa! ¡Como si fuera cosa de dos copecas! ¡Anda, que no es caro conseguir una mujer! ¿De dónde sacaría el dinero? ¡Dímelo, lista!

—¡Qué vergüenza! —exclamaba otra—. ¿Y dices que está con un armenio? Como si ya no hubiera musulmanes o rusos...

—¡Mi marido es estupendo! —afirmaba otra de ellas—. ¡Y tan guapo, que se diría que se parece al Profeta en persona! Aunque está un poco gordo, no te imaginas lo ligero que resulta. Imagínate...

Iskander escuchaba todos esos chismorreos con tanta atención que casi llegó a olvidarse del motivo por el que se encontraba allí. Pero el aviso de que la representación iba a comenzar hizo que se acallaran todos los comentarios.

Todo el mundo se volvió hacia el escenario, dispuestos a contemplar la obra. Con caftán rojo y turbante verde, Yesid estaba sentado en

el trono. A su izquierda, y cuatro escalones por debajo, se encontraba el embajador europeo, representado por Yusuf, que lucía un aderezo increíble: un tricornio con un inmenso penacho, un enorme sable y espuelas de seis pulgadas. El séquito de Yesid, unos cuantos comparsas con turbante blanco, formaba un semicírculo alrededor del trono.

Pero ni Yesid en su trono, ni el soberbio acompañamiento de turbantes blancos provocaron un efecto comparable al de Yusuf, con aquel sombrero, que no era capaz de mantener derecho en su afeitada cabeza; con aquel sable, que no sabía dónde guardar, y aquellas espuelas, que se enganchaban en los pantalones de los señores más nobles y adustos de la corte de Yesid.

Mas lo que provocaba mayor hilaridad entre los hombres y entre las mujeres, las más acaloradas discusiones, eran su gigantesca nariz y aquel penacho colosal.

—¡Mirad —exclamó una niña de noble cuna— a ese animal al lado de Yesid! ¿Qué tipo de bestia será?

—Es un león, tontita —le replicó su hermana—. ¿No te acuerdas de que aquel abominable tirano, Yesid, verdugo de califas, siempre tenía un león a su lado? Si alguien no le caía en gracia, lo arrojaban al león, que lo devoraba. Escucha cómo Yesid le dice a Hussein que abrace su religión o que lo matará, y cómo Hussein estornuda, lo que significa que no lo hará.

—No es un león —insistió la pequeña testaruda—; los leones no tienen pico; es un pájaro.

—¿Un pájaro? ¿Con esa cola en la cabeza? ¿Dónde has visto pájaros así?

—Yo creo que es una abubilla.

—A mí me parece la melena de un león.

—Tiene razón la niña —terció otra chiquilla—. ¿No ves que es un loro? El loro, que hacía de

secretario e intérprete de Yesid. ¿No ves cómo le acaricia el califa?

—¿Por qué grita, entonces, como un demonio?

—¡A ver si os calláis la boca! ¡Vosotras sí que parecéis las sobrinas de un loro! —exclamó una señora tártara, de unos ciento cincuenta kilos, que ocupaba como cuatro y que deseaba oír todo, como si ella sola representara un auditorio.

Ante tal advertencia, la discusión se extendió a todas las jovencitas presentes. Unas estaban de acuerdo en que era un león; otras sostenían que se trataba de un pájaro. Pero lo que más debió de halagar a Yusuf era la opinión común de que se trataba de alguna especie de animal. Sin imaginarse siquiera que todos aquellos comentarios se debían a su nariz y a sus plumas, él continuaba con su discurso ante el tirano.

—Sabedor de tus conquistas —decía—, mi rey y señor del Frangistán me ha enviado ante ti para ofrecerte su amistad.

—Que tu rey no coma cerdo, que encomiende a sus aliados que hagan lo mismo y que les ordene que se hagan musulmanes —replicaba Yesid.

—¿Y si no lo aceptasen? —respondía el embajador.

—Que siga mis métodos.

—¿En qué consisten? —aventuró el embajador.

—Mostrad mi método —ordenó Yesid.

Entró un verdugo con un sable en la mano. Yusuf negó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir ese gesto? —preguntó Yesid.

—Significa, gran príncipe, que tu método no tendría éxito en Europa.

—¿Por qué?

—Porque resultaría imposible cortarle la cabeza a un europeo como tú haces con los árabes.

—¿Imposible? —replicó Yesid—. ¡Ahora veremos!

Se dirigió a la guardia y al verdugo:

—Aprehended al embajador europeo —dijo—, y cortadle la cabeza para que compruebe en sus propias carnes que mi método es aplicable en cualquier país.

Guardias y verdugo dieron un paso hacia Yusuf. Pero hacía tan poco tiempo que éste había participado como involuntario actor en una escena parecida en presencia de Mulá-Nur que confundió fábula y realidad a sus ojos y en su imaginación. Y así, al reparar en que la guardia se disponía a detenerle, trató de huir. Y cuando vio cómo el verdugo levantaba el sable, comenzó a chillar como un descosido. Menos

mal que llegaron a tiempo de sujetarle, cuando se disponía ya a saltar del escenario, en medio de los frenéticos aplausos de aquella multitud que nunca había visto representar una escena de terror con tanta verosimilitud. Y aunque llevaba ya un buen rato entre bambalinas, aún se le oía pedir auxilio a Iskander.

Pero éste tenía algo más que hacer que acudir en su ayuda. Finalmente, había conseguido acercarse a Kassim: casi no podía respirar de contento; le ardía el corazón y sentía el calor que irradiaban las mejillas de la muchacha; llegaba a aspirar incluso el aroma de su aliento. ¡Normal!

¡Estaba enamorado! Tenía veinte años, y era la primera vez que se sentía así. Pero ya no pudo contenerse cuando, para acomodarse mejor, Kassim se levantó y apoyó una mano en la rodilla del joven.

—Kassim —le susurró al oído—; he de hablar contigo.

Y le apretó la mano con dulzura. El corazón y el alma de la muchacha estaban rebosantes de su Iskander, a quien esperaba ver durante aquella fiesta a la que asistía todo el pueblo de Derbent. Ella no había ido por el drama de Yesid; tenía otras cosas en qué pensar, aparte de aquel sicario de califas.

Había buscado a Iskander por todas partes, pero no había logrado atisbarle. De modo que cuál no sería su sorpresa, su alegría, cuando oyó aquella voz tan conocida y tan querida. No tuvo fuerzas para resistirse.

Iskander se puso en pie, y ella le siguió hasta el rincón más oscuro de la azotea. La concurrencia estaba tan ocupada con Yesid que nada había que temer por ese lado. Aun así, Iskander se dio cuenta de que no tenía ni un segundo que perder.

—Kassim —le dijo—, ¿sabes que te amo, que te adoro? Mira lo que me he obligado a hacer para verte un instante, para cruzar cuatro pala-

bras contigo. Ahora entenderás mejor lo que sería capaz de hacer si me dices que no me quieres. ¿Sí o no, Kassim? ¿Sí o no?

A través del velo que los cubría, los ojos de Iskander parecían dos tizones. Tenía la mano izquierda en la cintura de Kassim; la derecha en el gatillo de la pistola. Temblorosa, la joven miraba a su alrededor.

—Iskander —le dijo—, sólo te pido dos cosas, que no me mates y que no me deshonres. Sería feliz si pudiera estrecharte entre mis brazos, como la correa del sable que llevas puesta. Pero ya sabes cómo es mi tío.

Y, tras un momento de duda, se dejó llevar y exclamó:

—¡Iskander, te quiero! —y sus labios se unieron con los del hombre, como el hierro al imán—. Y ahora —añadió—, deja que me vaya.

—Sea; pero con una condición, amor mío: que mañana, por la noche, volvamos a vernos.

Kassim no contestó. Pero en la mirada que dirigió a su amante, al separarse de él, se leía con tanta claridad que sí, que *al día siguiente*, que Iskander dio por concertada la cita.

No podríamos aventurar cómo pasó la noche Kassim, pero sí podemos asegurar que Iskander gozó de dulces sueños. Porque hay pecados que nos permiten dormir mejor que cerrar un buen trato.

De acusado a hombre libre

Dos días después de aquella festividad, se celebraba una gran recepción en la fortaleza de Nasenkál, cerca de la residencia del comandante de la plaza.

Unos cuantos escuderos, armados, sostenían las bridas de las monturas de sus amos. Había gente en los patios, al lado de la fuente y por las escaleras. El salón ya estaba repleto de invitados, y eso que éstos eran los ciudadanos principales de la villa. A la puerta de la estancia, el intérprete del comandante relataba calurosamente un hecho sin duda extraordinario, a juzgar por la forma en que se le escuchaba e inquiría. En el resto de la sala, se hablaba en voz baja, mientras que los más ancianos se encogían de hombros. No era difícil de adivinar que iba a pasar algo extraño e inusual, si no había ocurrido ya.

—Sí —aseguraba el intérprete—, así es como ocurrió todo, literalmente. Unos bandidos horadaron un agujero en la muralla y llegaron hasta el cuarto del bey Solimán. Aunque éste se despertó, uno de los bandidos ya se había adueñado de las armas que tenía a la cabecera de la cama. Entonces Solimán sacó una pistola de debajo de la almohada y abrió fuego, pero no le dio a nadie. Entretanto, otros dos o tres forajidos habían maniatado a su mujer en la habitación contigua. Al oír el disparo, fueron en ayuda de los que se encontraban en la alcoba de Solimán. Debido a la oscuridad reinante, ni un solo disparo dio en el blanco. Solimán hirió, sin embargo, a tres o cuatro de los asaltantes, pero fue asesinado de cuatro o cinco puñaladas. Los tiros, así como los gritos de Solimán y de su mujer, alertaron a los vecinos. Pero entre que se vistieron, se hicieron con unas cuantas antorchas y acudieron a casa de Solimán, los ladrones habían descerrajado y vaciado los cofres, y

se habían dado a la fuga sin que nadie llegase a verlos, y mucho menos a reconocerlos.

—¿Así que no han detenido a ninguno de esos malhechores? —preguntó un recién llegado.

—No; pero parece ser que han atrapado a uno de sus cómplices.

—¿Alguien que les esperaba?

—Sí; hacía las veces de centinela. Llevaba una cuerda enrollada al cuerpo, probablemente para ayudar a sus compañeros a escalar la muralla. Además, iba armado, con puñal y pistola al cinto. Como bey tenía derecho a llevar armas, todo hay que decirlo.

—¿Cómo que es un bey? ¡Es imposible que uno de nosotros sea cómplice de esos ladrones!
—clamaron varias voces a la vez.

—¿Por qué imposible? —replicó un mirza, al tiempo que lanzaba una desafiante mirada a su

alrededor—. La juventud tártara gusta de llamar la atención.

—Así es; pero el hombre al que me refiero es un bey de pies a cabeza, perteneciente a una de las mejores familias de Derbent, y cuando les diga su nombre, no se lo van a creer. Se trata de Iskander Ben Kalfasi Ogli. Miren: en este instante, el comandante está leyendo el informe del jefe de policía; dentro de un momento, verán a Iskander. Se ha dado orden de traerlo aquí.

La noticia, en efecto, dejó a todo el mundo patidifuso, y muchos eran los que se compadecían de Iskander. ¿Cómo un joven de conducta tan intachable, elegido para ir a buscar la nieve del Shaj-Dag, podía ser cómplice de aquellos bandidos?

Pero la entrada del comandante silenció las discusiones y se hizo un espeso silencio. El militar era un hombre de los que conocen el carácter de los asiáticos al dedillo: inteligentemente

afable, para que se apreciase mejor su amabilidad, y severo, pero sin esa rudeza que envenena incluso la más justa de las justicias. Hizo su entrada en el salón vestido con uniforme de gala. Todos los asistentes le saludaron llevándose una mano al corazón y dejándola resbalar hasta la rodilla.

El comandante saludó a la concurrencia y se puso a hablar de asuntos sin importancia. A unos les reprochó con delicadeza sus negligencias, y a otros les dio las gracias por cumplir a conciencia con su deber; estrechó la mano a algunos de los propietarios de Derbent —hay titulares del derecho de propiedad en todas partes—, e invitó a dos de ellos a cenar con él al día siguiente. A continuación, se dirigió a todos los asistentes:

—Ciudadanos, les supongo enterados de lo que pasó anoche. Pienso, con toda razón, que se trata de una hazaña más de nuestros *amigos* de las montañas, y que nada tienen que ver los

ciudadanos de Derbent con tales hechos. Les ruego que hagan cuanto esté en su mano para capturar a los ladrones y entregarlos a la justicia. ¿Ya ha interrogado el *mulá* a Iskander? —preguntó al mirza—. Y si así es, ¿qué ha respondido?

—Como es natural, Iskander ha respondido que es tan inocente respecto a todo este asunto como un infante que acaba de ver la luz. Asegura que llevaba la cuerda para irse de paseo fuera del recinto de la ciudad y saltar la muralla a su regreso, fuera cual fuese la hora a la que le apeteciera volver aquí, porque, sostiene con firmeza, se ahoga entre los muros de la ciudad. En cuanto a las armas, y a modo de explicación, se ha limitado a decir que, como bey que es, tiene derecho a llevarlas.

—¡Bonito paseo —exclamó el comandante—, con una cuerda enrollada al cuerpo! Aunque tengo que reconocer que todo en el pasado de Iskander está en contra del crimen del que se le

acusa. Me gustaría verle e interrogarle en persona. Hacedle pasar.

Iskander hizo su entrada cubierto con la papaja, según la costumbre asiática. Saludó con respeto al comandante, y con orgullo a la concurrencia. A continuación, aguardó a que le indicasen el lugar en el que debía situarse. El comandante le observó con frialdad. Ante la sola idea de la sospecha que se cernía sobre su persona, el joven se ruborizó, pero mantuvo firme y limpia la mirada.

—Jamás hubiera imaginado, Iskander —comenzó el comandante—, que algún día tuviera que ver cómo te traían a mi presencia como a un criminal.

—No hay delito; si me encuentro aquí, es debido a una fatalidad.

—¿Sabes las consecuencias de los hechos de que se te acusa?

—Hasta que no me he visto aquí, nadie me había dicho nada del crimen del que soy sospechoso. Confieso mi imprudencia, y me doy cuenta de que todas las apariencias están en mi contra. Pero ¡pongo a Dios por testigo de que no soy culpable de nada!

—Por desgracia, Iskander —continuó el comandante—, los hombres hemos de ceñirnos a pruebas palpables, y hasta el momento en que tu inocencia quede establecida, deberás permanecer en manos de la justicia. No obstante, si alguno de los presentes se atreve a responder por ti, estoy dispuesto a dejarte en libertad.

Iskander lanzó una mirada interrogante a su alrededor, pero nadie se ofreció como garante.

—¿Cómo? —se extrañó el comandante—. ¿Nadie?

—Es asunto suyo, comandante —respondieron los asistentes, con una inclinación.

—Yo respondo por él y me ofrezco como garante —dijo Hayi Yusuf, tras dar un paso adelante.

El comandante esbozó una sonrisa, y todos los demás se echaron a reír. Pero el militar frunció el ceño, lo que ensombreció a los asistentes.

—De verdad que me extraña, señores —añadió el comandante—, que ustedes que tan fácilmente salen a favor de la peor canalla que habita en nuestra ciudad, de miserables por los que han respondido mil veces, y que han acabado por huir a las montañas, duden en responder por un joven al que, hace tan sólo ocho días, tenían por el más puro y honrado de todos ustedes. Pero su buena reputación no le ahorrará la pena; es más, si resulta culpable, será castigado con mayor severidad. Mas, hasta que llegue ese momento, es un bey y su vida, hasta ahora ejemplar, habrá de ser respetada. Vete a tu casa, Iskander. Caso de que nadie

hubiera respondido por ti, ten por seguro que yo lo habría hecho.

El comandante dirigió un saludo a los reunidos y se fue a la iglesia. El joven regresó a su casa, con lágrimas de agradecimiento en los ojos.

El sol de la mañana doraba la entrada de la mezquita de Derbent. Gracias a sus rayos vivificantes, unos cuantos ancianos entraban en calor y hablaban de tiempos pasados. Dos o tres mendigos merodeaban a la puerta del patio.

No lejos de ellos, un viajero dormía envuelto en su *burka*. A su lado, sentado en una alfombra, se encontraba el *mulá* Sedek.

El santón se disponía a abandonar Derbent al día siguiente por la mañana, y repasaba de memoria todos los pequeños beneficios que le había reportado aquel viaje. Mientras llevaba a cabo tales cálculos, comía una especie de dulce,

que remojaba en leche y ajo. De vez en cuando, mojaba una pluma de madera de rosal en un tintero de madera y escribía algo en un trozo de papel. Resultaba curioso observar el apetito con que comía el santón y la satisfacción con que repasaba sus cuentas.

Tan metido estaba en aquel doble placer, que no reparó en el pobre lesguio que, de pie ante él, le pedía limosna. El mendigo solicitaba una copeca con una voz tan desgarradora que hubiera sido un crimen no dársela. Finalmente, el *mulá* Sedek reparó en la especie de monserga que recitaba aquel pobre diablo: levantó la vista, pero al punto la fijó de nuevo en las cifras.

—Señor, hace tres días que no como —decía el lesguio, con la mano extendida.

—Diez, veinticinco, cincuenta, cien... —contaba el *mulá* Sedek, por su parte.

—Una copeca me salvaría la vida y te abriría las puertas del paraíso.

—Cien, quinientos, mil... —continuaba el *mulá* Sedek.

—Como *mulá* que eres —insistía el lesguio—, acuérdate de lo que dice el Corán: «la caridad es el primer deber de un musulmán».

Al *mulá* Sedek se le agotó la paciencia.

—¡Vete al diablo! —le dijo, enfadado—. ¿Crees que Alá inventó la caridad para los miserables como tú? Mendrugos hay en la ciudad y hierbas en los campos. Cuando tenéis la fuerza de vuestra parte, os dedicáis a robar; cuando no es así, pedís limosna y, en cuanto la habéis conseguido, os burláis del ingenuo que os la ha dado. Nada sacarás de mí. Yo también soy un pobre viajero, y todo lo que tenía me lo quitó ese ladrón de *Mulá-Nur*.

El otro viajero, el que se cubría con el *burka* y que no había abierto la boca hasta entonces, se incorporó despacio, se alisó la barba con la mano y preguntó educadamente al *mulá* Sedek:

—¿Tan despiadadamente se portó Mulá-Nur como para dejar sin un céntimo a un santón como tú? Había oído decir que era un hombre de principios, y que rara vez se apoderaba de más de dos rublos por cada viajero que caía en sus manos.

—¡Dos rublos! ¡El judío de Mulá-Nur! ¡Fíate de él, y bien irás si no te saca los dos ojos! ¡Ojalá le fulmine el ángel exterminador y lo ponga a hervir, junto con el oro que me robó, por toda la eternidad, aunque fuera yo mismo quien me viera obligado a fundirlo! ¡Si hasta quiso quedarse con mi chilaba de piel de camello!

—Es cierto —dijeron los ancianos—; el *mulá* Sedek llegó aquí sin esa prenda; sólo llevaba un sobretodo encima. Hicimos cuanto pudimos para vestirlo con dignidad. ¡Maldito sea el bandido Mulá-Nur!

El viajero del *burka* se puso en pie y, con una sonrisa en los labios, sacó una moneda de oro del bolsillo.

—Maldice al Mulá-Nur como acaban de hacerlo estas buenas gentes —le dijo al lesguio, con la moneda en la mano—, y tuya será esta moneda de diez rublos de oro.

En un primer arranque, el lesguio tendió la mano. Pero, al punto, la retiró, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No —replicó—; Mulá-Nur ayudó a mi hermano en la desgracia, y le entregó cien rublos. En otras diez ocasiones, al menos, ha ayudado a otros compatriotas míos. No le conozco en persona, pero sé cómo es su corazón. Guarda ese oro, porque no maldeciré a Mulá-Nur. No vendo ni mis bendiciones ni mis maldiciones.

El viajero contempló con sorpresa al lesguio, al tiempo que dirigía una mirada de desprecio al *mula* Sedek. Sacó otras cuatro monedas de oro, y le entregó las cinco al mendigo. A continuación, puso una mano en el hombro del *mulá* Sedek, al tiempo que alzaba la otra por encima de su cabeza.

—Hay en el cielo un Dios de la verdad —exclamó—, y gente bondadosa en la tierra.

Tras lo cual, recogió el *burka*, se lo echó a la espalda, montó en el caballo que había dejado amarrado al muro de la mezquita y se dirigió lentamente hacia el bazar. Tras cruzarlo tranquilamente, enfiló la calle en la que estaba situada la casa del jefe de policía.

El funcionario estaba a la puerta, rodeado de varias personas, e impartía justicia. Aunque ya era viejo, se teñía tan bien la barba que hasta él mismo se hacía ilusiones sobre su edad, y se creía con diez años menos de los que en realidad tenía. Llevaba la casaca cubierta de galones, como un galán; y, a modo de reminiscencia de lo que había sido en su juventud, tenía cuatro mujeres, conservaba tres amantes y, cada noche, trasegaba varias botellas de vino. En una palabra, que de no ser por las lentes, por estar tan arrugado como una manzana vieja y por exhibir una tripa tan enorme como una calaba-

za, cualquiera hubiera pensado, por lo que comentaba acerca de sí mismo, que estaba en la flor de la edad.

Aquel día Su Excelencia estaba de mal humor, se enfadaba con todo el mundo e injuriaba a todo el que pasaba por delante. En ese estado de ánimo, vio que un jinete se bajaba del caballo y se dirigía adonde él estaba.

—*¡Salam Aleikum, bey Muzaram!* —saludó el viajero.

El policía se sobresaltó como si le hubiera picado un escorpión, y echó mano de la pistola. Pero el forastero se le acercó y le dijo al oído:

—Un consejo, bey Muzaram: no se te ocurra tocar ni un pelo a tus viejas amistades. He venido hasta aquí por tu bien. Puedo hacerte un favor. Entremos en tu casa, y te revelaré algo por lo que todo Derbent me quedará agradecido. Pero, al menor gesto dudoso, sabes que mi pistola está cargada con una bala, que alcanza

exactamente donde yo quiero, como si en vez de dirigirla con la vista la guiara con mis dedos. Al menor indicio, abriré fuego. Aunque parezca que vengo solo, no te fíes. Una docena de hombres valientes no me pierden de vista, y acudirán a mi llamada. Vamos, ve tú delante, bey Muzaram.

El jefe de policía no puso objeción alguna, y entró en primer lugar. ¿Qué pasó allí? Como la entrevista se realizó sin testigos, nadie sabría decirlo a ciencia cierta.

Lo único cierto es que, un cuarto de hora después de haber entrado, el desconocido salió de la casa, montó tranquilamente en su caballo, tiró un rublo de plata al mozo que había estado pendiente de la brida de su montura y abandonó la ciudad.

Dos días más tarde, se rumoreó que el célebre bandolero Mulá-Nur había tenido la osadía de pasearse por la ciudad. También que, gracias al celo del jefe de policía, que se había per-

catado de tal circunstancia, fueron enviados tras él doce guardias que no llegaron más que a atisbar las herraduras de la montura de Mulá-Nur. Las gentes de más baja extracción decían cosas peores. Pero ya se sabe que nunca hay que creer lo que dicen las personas de escasa educación.

Mientras esto ocurría, el pobre Iskander languidecía entre las cuatro paredes de su casa. Bastaba con que dijese una sola palabra para demostrar su inocencia, pero prefería morir cien veces antes que mancillar el honor de Kasim. Para cualquier poblador de Asia, la espera de un juicio es un verdadero infierno; un asiático acepta con más entereza un suplicio no merecido que una demora en el proceso en el que ha de comparecer.

—Mejor encadenado para siempre, o las nieves de Siberia —exclamaba con impaciencia—, que la sospecha de los rusos, que me obligan a mostrarles mi estima, o que las burlas de mis

conciudadanos, a quienes detesto. Morir a sable no me importa; pero la horca es como morir dos veces.

Atado por la palabra que había dado, rugía y daba saltos, como un tigre enjaulado, se hacía trizas las mangas de la chilaba y lloraba como un niño.

Por la noche, a esas horas en que ya no hay un alma por las calles de la ciudad, y los hogares se llenan de voces y luces; cuando los musulmanes casados buscan la paz del espíritu junto a su esposa, o incluso junto a las cuatro mujeres que el Profeta les permite tener, y los solteros se dan a la melancolía junto al hogar, Iskander estaba con la cabeza hundida entre las manos, cuando oyó cómo se hacía añicos uno de los cristales de la ventana por algo que le habían arrojado, y que estaba en el suelo del cuarto en el que se encontraba. Descubrió que era una piedra, a la que iba adherido un papel. Lo desdobló.

«Mulá-Nur saluda a Iskander. Mejor cautivo e inocente que culpable y libre; créeme. Sé todo. Haré cuanto esté a mi alcance para que se restablezca tu inocencia. ¡El resto lo dejo en manos de Alá! Paciencia y esperanza. No tardarás mucho en verte libre.»

Al día siguiente, Iskander fue requerido para presentarse ante el comandante. Aún no había llegado al despacho del militar, cuando ya todo el mundo le felicitaba por el feliz desenlace. Los ladrones habían sido capturados: se habían reunido en Baktiara para repartirse el botín, les habían rodeado y hecho prisioneros. Dos de ellos eran lesguios; los otros dos, ciudadanos de Derbent. En casa de uno de ellos había una pared doble y, entre ambos lienzos, habían aparecido los objetos robados. El bey Iskander era inocente.

Profundamente conmovido por las atenciones que el comandante había tenido con él, Iskander solicitó entrevistarse con él en privado,

y le contó todo: su amor por Kassim y la promesa rota por Festahli. El comandante le escuchó entre alegre y apesadumbrado.

—Iskander —le dijo—, ya ves adonde te ha conducido tu imprudencia. Te concedo que Festahli ha obrado mal. Pero no se venga a un mentiroso con otra mentira. Sólo comete hurto quien roba dinero. Un hombre honrado no hace nada a escondidas. El secreto y las tinieblas de la noche son refugio de ladrones y bandidos. Tu futura felicidad se halla en tu corazón. Haré todo lo que pueda para que colme también tu vida. ¡Adiós, Iskander! En nombre de todos los que te queremos, sé siempre como has sido hasta ahora, lo mismo que has estado a punto de dejar de ser: un hombre honrado.

Le estrechó la mano con afecto y le reiteró sus deseos de felicidad. Declarado inocente, Iskander ya era libre. Pero la alegría por aquella doble felicidad no le duró más que un segundo,

porque le resultaba muy triste pensar que tendría que renunciar a su amada Kassim.

En cada latido de su corazón, sentía el beso que había recibido de sus labios. Recordaba hasta el más mínimo detalle de la última vez que había visto a su amada, y parecía que el alma se le escapase del cuerpo ante el recuerdo de aquella dulce voz que había llegado a convertirse en el eco de su espíritu.

—No —se decía—; la nota de Mulá-Nur es una tontería. Y en cuanto a lo que me ha dicho el comandante, a la vista está que no es él el enamorado. Estoy dispuesto a conseguir a Kassim, aunque para lograrlo tenga que cometer un delito, porque sé que, pese a eso, seré feliz a su lado. Incluso aunque me viera obligado a llevármela conmigo a las montañas, de buen grado o por la fuerza. La raptaría, no fuera más que durante una hora, porque anhelo que mi corazón guste de las delicias del cielo.

También la pobre Kassim estaba triste. Y en su soledad, a costa de muchas lágrimas, aprendió a contar lo que son las largas horas de una separación.

—Una rosa se ha adherido a mi pecho —musitaba—, y me ha susurrado que era la primavera. Un ruiseñor me ha regalado con el canto del amor, y yo lo he confundido con *la alegría*. Iskander me ha mirado, me ha dado un beso y, gracias a ese beso, sé lo que es el amor. ¿Dónde estáis, hermosa rosa, dulce ruiseñor? ¿Dónde tú, Iskander mío? Estáis allá a donde ha huido mi felicidad.

El molinero

¿Alguna vez han oído hablar del Tengua? Unas veces parece un arroyo; otras, un torrente; a veces un riachuelo, y otras un gran río. A lo largo de un cuarto de versta, fluye pegado a una estrecha gruta, que acaba por engullirlo, aunque la corriente la atraviesa con fuerza. Ni siquiera las tormentas de muchos siglos han logrado borrar de las paredes de esa caverna las manchas negras de unas cuantas fogatas.

Rocas enteras, caídas desde las cimas de las montañas hasta el abismo, constituyen el lecho sobre el que golpea y discurre, turbulento, con furia. Se trata de un paraje sombrío y aterrador, cuyo acceso resulta sobrecogedor. La orilla derecha del torrente proyecta sobre el valle la sombra de los macizos rocosos que la albergan. La margen izquierda inunda un estrecho sendero que discurre a través de un bosquecillo.

Que Dios se apiade del jinete que se exponga, sin un guía adecuado, a entablar combate con ese infierno líquido, especialmente en el momento del deshielo, cuando la nieve empieza a fundirse. Y lo mismo hay que decir de aquel que se encuentre con unos bandoleros en tal lugar, propicio como es para cualquier tipo de emboscada, porque tan imposible resulta defenderse como huir.

En dicho sitio, Mulá-Nur, el bandido del que ya hemos ofrecido al lector algunas pinceladas, junto con doce bandidos más, dio el alto a tres regimientos, cuando regresaban con un sustancioso botín fruto de la expedición comandada por el general Pankratief. En el momento en que las tropas estaban a punto de bajar hasta el río, se presentó el forajido, armado y a caballo, arrojó el *burka* al suelo y dijo:

—¡Salud, compañeros! ¡Que Alá os conceda la victoria y el botín! ¡Recibid todos los honores! Pero sería propio de buenos cristianos, co-

mo vosotros, que me hicierais partícipe de vuestra alegría. Ya veis que no os lo exijo; simplemente, os lo ruego. Sed compasivos, y que cada uno me entregue lo que quiera. Pensad, hermanos, que regresáis a casa ricos, con regalos para vuestros familiares. Sin embargo, yo soy pobre: no tengo hogar y, si quiero tomarme un respiro en casa de otro, he de pagar un buen puñado de oro. Porque habéis de saber, hermanos, que los hombres me han despojado de todo. Pero, gracias a Alá, aún conservo el don del arrojo, quien, además, me ha concedido habitar en esas cavernas oscuras y en esas peladas rocas que juzgáis despreciables. En estos lugares, sobre grutas y piedras, soy el rey, y nadie puede pisarlas sin mi permiso. Sois numerosos; bravura no os falta. Pero si pretendéis pasar por la fuerza, no sólo desperdiciaréis mucha sangre, sino mucho tiempo también. Porque no lo conseguiréis hasta que el último de nosotros haya muerto. Incluso las piedras se pondrán de mi parte, y estoy dispuesto a dejarme aquí has-

ta la última gota de sangre, hasta que no me quede ni un gramo de pólvora. Elegid, pues, porque tenéis mucho que perder; nada, yo. Mi nombre es Nur, *luz*, aunque mi vida sea más triste que las propias tinieblas.

Entre los jinetes, se alzó un clamor. Algunos fruncieron el ceño; otros se enfurecieron de veras.

—¡Pondremos a Mulá-Nur a los pies de los caballos, y pasaremos! —gritaban estos últimos—. ¡Mirad los que somos, y cuántos vosotros! ¡Adelante, y acabemos con esos bandidos!

Pero ninguno se aventuró a dar el primer paso hacia el turbulento río, cuyo vado estaba defendido por los fusiles de aquellos doce forajidos. La osadía cedió a la reflexión, y los tres regimientos consintieron en atender a las exigencias de Mulá-Nur.

—Te daremos lo que nos parezca, y nada más —le dijeron; y cada jinete arrojaba algo de

dinero en el *burka* del bandolero—. Mas recuerda que, por la fuerza, no hubieses conseguido arrancarnos ni uno solo de los clavos de las herraduras de nuestros caballos.

Y así pasaron, de uno en uno, por delante de Mulá-Nur, que les saludaba y sonreía.

—¡Por Alá! —aseguraba, tras esta escaramuza, de la que había sacado tres o cuatro mil rublos—. No son tan difíciles de esquilar estos corderos del Daguestán, al menos para mí, que he tenido que despellejar lobos en Karabaj. No se me alcanza la razón de que se quejen tanto de sus cosechas. Yo mismo, sin sembrar, ni labrar la tierra, sin rastrillar, me planto en el camino, pido, y mi súplica me reporta una enorme cosecha. Hay que saber cómo hacer las cosas, y no sólo de las caravanas, sino también de los cañones de nuestros fusiles, obtendremos una buena renta.

Sin embargo, a comienzos del verano de aquel año en que transcurren los acontecimien-

tos que ahora relatamos, nadie había mencionado ni oído que Mulá-Nur se hallase en las proximidades del río Tengua. ¿Dónde andaría? Quizá en el gobierno de Sheki; o en Persia, en busca de asilo, o muerto. Nadie sabía nada, ni siquiera el *mulá* Sédek, quien pretendía haber sido desvalijado por el bandido en el transcurso de su viaje desde Persia hasta Derbent.

El honorable y digno *mulá* Sedek había salido muy temprano de Kuba y, a eso del mediodía, había llegado al lugar en el que el río Tengua, liberado de las ataduras de la caverna, fluye con libertad. Como era tan avaro como la arena del desierto, no quiso contratar a ningún guía, porque habría tenido que pagarle con alguna de aquellas monedas que había conseguido a espuestas en Derbent.

El sol del mes de junio calentaba mucho, y nuestro viajero no dejaba de pasarse el fusil del hombro derecho al izquierdo. No es extraño, pues, que en cuanto divisó el bosquecillo, se

pusiera muy contento. Pero, al observar el río más de cerca, comenzó a desesperarse, porque nunca había bajado tan crecido, tan agitado, tan turbulento.

—¡Maldita sea! —murmuró—. Si hubiera sabido cómo era este río, aunque en lugar de rocas arrastrase plata y oro, no se me habría ocurrido intentar vadearlo sin ayuda de un guía. Ha sido una torpeza por mi parte no ajustarme con alguien.

Aterrorizado, contempló el paraje que le rodeaba, en el que no había ni un alma. Pero, tras mirar con más atención, descubrió, atado a un árbol del bosque, un caballo, ensillado y embriado; y bajo dicho árbol, a un aldeano tártaro, que sólo llevaba un puñal, arma que siempre acompaña a los nativos de ese pueblo cuando se encuentran fuera de casa.

Paso a paso, el *mulá* Sedek se le acercó y le observó con precaución. La harina que blanqueaba tanto la ropa como la barba del tártaro

indicaba que se trataba de un molinero, que comía a aquella hora. El santón, que, por un instante, había sentido verdadero miedo, se tranquilizó.

—¡Amigo! —gritó al desconocido—. Eres de por aquí, ¿no es así?

—Claro que sí —respondió el molinero, con la boca llena.

—Entonces, conocerás todos los vados del río.

—Claro que me los conozco, puesto que ni el río fluye sin mi permiso. Ahí donde lo tienes es uno de mis criados.

—Podrías serme de gran utilidad, buen hombre, si me pasaras al otro lado de la gruta; y Alá te bendecirá.

—Espera a que se haga de noche —repuso, con calma, el molinero—. Para entonces, el nivel del río habrá bajado, el caballo estará descansa-

do y yo habré tenido oportunidad de reposar un rato. Entonces, no nos llevará más de un cuarto de hora cruzar al otro lado. Pero, ahora mismo, es peligroso.

—¡En el nombre de Alá, y de Alí y de Hussein, y de todas las plegarias que he recitado! Soy un *mulá*: ayúdame a cruzar ahora mismo, al instante.

—No hay oraciones ni bendiciones que valgan —replicó el molinero—. Jamás me atrevería a vadear el Tengua con semejante crecida.

—Inténtalo, buen amigo, y ten por seguro que Alá te recompensará, porque habrás hecho algo por un *mulá*.

—Por muy *mulá* que sea, no me arriesgaría a morir ahogado ni aunque me obligasen a cruzar al Profeta.

—No eches en saco roto lo que digo. Quizá no sea tan pobre como aparento, y si me ayudas, ten por seguro que algo habrás de recibir.

—¿Qué me darías? —preguntó el molinero, mientras se rascaba la barba y esbozaba una sonrisa.

—Te daré dos monedas; supongo que te parecerá razonable.

—¿Cómo? ¿Sólo dos? Con eso no tengo ni para herrar al caballo. No te ayudaría a pasar al otro lado ni por dos rublos; por lo menos, dos rublos dan para comprar una cabeza nueva, como repuesto de la que me arriesgo a perder si trato de cruzar por este sitio tan espantoso.

El regateo duró un buen rato, al cabo del cual, el *mulá* Sedek acabó por acordar con el molinero la suma que le pedía. Al permitir que fuera el guía quien llevase la brida del caballo, el *mulá* se había puesto en manos de aquel hombre experimentado. Al empezar a cruzar el río y mientras se internaba en la caverna, nuestro santón a punto estuvo de morir de miedo. Pero cuando comenzó a atisbar el otro extremo, un valle cubierto de hierba, sol y flores, recupe-

ró el valor y pensó que ya no había nada que temer.

—¿Por qué no vamos más deprisa, truhán?
—requirió al guía.

El *mulá* había recuperado el coraje quizá demasiado pronto, porque precisamente al final del vado, era donde el río se hacía más profundo y peligroso. El guía se detuvo en aquel lugar, mientras sujetaba al caballo.

—¡Bueno, Sedek! —le dijo—. Basta con que avances diez pasos, y te encontrarás en la otra orilla. Vamos a hacer cuentas, tú y yo. Me he ganado una moneda de oro, ¿no?

—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Te burlas de mí? Ni que te hubiese requerido para que me ayudases a cruzar un puente de plata. Acabemos con esto, amigo mío, y, una vez en la otra orilla, te entregaré las dos monedas apalabradas y te largarás.

—Me parece que habíamos ajustado una cantidad algo mayor.

—Claro, claro. A la fuerza... Me has puesto en un brete, y yo tenía que cruzar el río. ¿Cómo puedes creer que un viajero lleve tanto dinero encima? ¡Con la de veces que me han robado! Vamos, vamos, condúceme hasta la otra orilla, hermano, y, una vez allí, tú, a tus cosas, y yo, a las mías.

—Por supuesto que no —respondió el molinero, al tiempo que negaba con la cabeza—. Ya te lo he dicho, y te lo repito ahora: no me moveré de aquí mientras no haya echado cuentas contigo, y las nuestras no sólo tienen que ver con el hecho de vadear el río hoy. Quizá carezcas de conciencia, *mulá* Sedek, pero sin duda que tendrás memoria. En Derbent, para que la gente fuese más caritativa contigo y te diese más dinero, te inventaste que *Mulá-Nur* te había dado el alto y te había despojado de todo lo que llevabas. Cuéntame cómo ocurrió eso.

—¡Jamás he dicho eso! —exclamó el *mulá* Sedek—. ¡Sea Alá mi testigo!

—Acuérdate del patio de la mezquita, Sedek; de lo que le dijiste al mendigo lesguio, y de lo que le contaste a aquel viajero que dormitaba envuelto en un *burka*. Y ahora, mírame como yo lo hago, cara a cara, y quizá hasta seas capaz de reconocerme.

El *mulá* Sedek fijó la mirada en el guía; al principio, por culpa de la harina, no le había reconocido, pero ahora ya no le quedaba casi harina encima y, poco a poco, la barba blanca se había vuelto negra; bajo dos cejas arqueadas, refulgían un par de ojos, negros también. Como aun así no viera el *mulá* que llevaba más armas que el puñal, echó mano del fusil, pero antes de que lo amartillase, sintió la punta de aquella hoja en el pecho.

—¡Si mueves uno solo de los pelos del bigote —le amenazó el fingido molinero—, te advierto que, al igual que Jonás, irás a predicar a los

peces, que no han de probar el vino ni beber aguardiente! ¡Vamos! ¡Deshazte del fusil y del sable! A lo que tú te dedicas, de verdad, es a engañar a la gente, tanto en las tiendas como con tus prédicas; mientes por la mañana y por la noche, a todas horas. Pero luchar es un privilegio reservado a corazones valientes, y el tuyo no lo es. ¡Te he dicho que no te muevas, hijo de perra! No voy a desperdiciar contigo ni un gramo de pólvora; por eso no llevo armas de fuego. Si soltase ahora mismo la brida de tu caballo, bastarían cinco minutos para que no fueses más que un cadáver.

Al oír aquellas palabras, el *muid* Sedek se puso lívido como la cera y se agarró a las crines del caballo: la cabeza le daba vueltas y tenía la sensación de que iba a caerse de la silla, pero no perdía en ningún momento de vista aquel maldito puñal que, como un rayo, brillaba en su pecho.

—¡Piedad; soy un *mulá*! —exclamó.

—Yo también lo soy —repuso el guía—, e incluso más que eso: soy Mulá-Nur.

El *mulá* Sedek dio un grito y se dejó caer sobre la crin de su caballo, mientras se agarraba al cuello del animal con las dos manos, como si ya sintiera en la nuca el cortante frío del acero. Al ver a Sedek aterrorizado, Mulá-Nur se echó a reír y, obligándole a alzar la cabeza, le dijo:

—Con tus mentiras, has mancillado mi honor a los ojos de los habitantes de Derbent. Has hecho creer a todo el mundo que te había robado hasta la última copeca, hasta la camisa. Y eso lo has dicho precisamente de mí, que entrego un trozo de pan al pobre que ha mendigado, sin conseguir nada, a la puerta del rico; de mí, que ni siquiera les arrebató más de una moneda a los comerciantes, para dársela a mis compañeros, los cuales, de no ser por mí, saquearían y matarían sin freno y sin remordimientos. Digo más: tú sí que eres un ladrón, porque has querido robar a tu guía, y le has negado lo que le

habías prometido. Y por si fuera poco, eres un asesino porque, cuando te he reclamado lo que me debías en puridad, has pretendido acabar conmigo.

—¡Ten piedad de mí! ¡Perdóname, buen Mu-lá-Nur! —respondió Sedek.

—¿Alguna vez has llegado a compadecerte de la suerte del pobre a quien veías muerto de hambre? Si me hubieras matado, ¿habrías sentido algún remordimiento? Por supuesto que no, porque eres un miserable: has sacado todo el dinero que has podido de cada letra del Co-rán y, sólo en tu propio beneficio, has sembrado la desunión en familias enteras. Te conocía; sabía qué clase de hombre eras y, sin rozarte siquiera, te dejé pasar por aquí cuando te dirigi-ás a Derbent. De modo que ni me has visto ni has cruzado palabra alguna conmigo; sin embargo, aun sin conocerme, ya me injuriabas. Ahora ya no tendrás ocasión de mentir más

cuando cuentas que te he robado. *Mulá Sedek*, entrégame todo el dinero que llevas encima.

El santón comenzó a dar alaridos, al tiempo que derramaba gruesas lágrimas; estaba atrapado, y tenía que ceder. Uno tras otro, arrojó, pues, todos los rublos que llevaba en el saco que le presentó *Mulá-Nur*, acariciándolos antes de soltarlos, como si quisiera conservar el aroma del dinero entre los dedos. Por fin tocó la última moneda.

—Ahí lo tienes —dijo.

—¿Aun muerto habrías de mentir? —exclamó *Mulá-Nur*—. Vamos a ver, *Sedek*: si no quieres entablar un conocimiento más íntimo con mi puñal, haz el favor de contar mejor. Aún hay más plata, qué digo, oro, en el bolsillo interior de la chilaba. Sé a cuánto asciende. Te lo puedo decir: algo así como mil quinientos rublos, ¿no es eso?

Sin dejar de lamentarse, Sedek se vio obligado a entregarle hasta la última de las monedas de oro. Mulá-Nur tenía razón: sabía de qué cantidad hablaba. A continuación, llevó a Sedek a la tan anhelada orilla opuesta del río y le obligó a desmontar. El *mulá* pensó, por un momento, que ya estaba en paz con el bandolero, pero se equivocaba.

—No he terminado todavía —le dijo Mulá-Nur—. Has frustrado el matrimonio del bey Iskander, y habrás de recomponer lo que estropeaste. Llevas un tintero colgado del cinturón. Escribe a Hayi Festahli. Dile que, por el camino, has recibido una carta de tu hermano, en la que te comunica que el matrimonio no entra dentro de los planes de su hijo, que ha preferido ir en peregrinación a La Meca. Puedes decirle incluso que ha muerto, si te parece. Pero arregla las cosas de forma que Iskander se case con su prometida. Si no lo haces, seré yo quien te una a ti en matrimonio, pero con las huríes del paraíso.

—¡Nunca! —exclamó el *mulá* Sedek—. ¡Nunca! ¡No, no y no! ¡Eso no lo haré! Me has quitado todo lo que llevaba encima; habrás de contentarte con eso.

—¿Con que ésas tenemos? —dijo *Mulá-Nur*; dio tres palmadas; a la tercera, aparecieron doce bandidos más, como si hubieran brotado de las rocas—. El honorable *mulá* Sedek desea escribir —les explicó *Mulá-Nur*—; os ruego que le echéis una mano, amigos míos, ya que se encuentra en tan loable disposición.

Si tal era el deseo del *mulá* Sedek, al instante comprobó que más no se podía pedir. Uno de los bandidos le desprendió el tintero del cinturón; otro mojó la pluma en la tinta; otro más le puso papel ante los ojos; y un cuarto, tras apoyar las manos en las rodillas y bajar los hombros, le ofreció la espalda a modo de escritorio. Por tres veces, el *mulá* Sedek comenzó a escribir, y otras tantas hubo de interrumpir su tarea,

ya fuera por mala voluntad o porque se había equivocado.

—¿Y bien? —le preguntó Mulá-Nur, con un tono de voz pausado que resultaba aún más amenazador.

—La tinta es mala, y estoy tan aturdido que no doy con las palabras precisas.

—Escribe con tu sangre, pues, y piensa con la papaja —repuso Mulá-Nur, al tiempo que le mostraba otra vez la brillante hoja del puñal—; pero hazlo con presteza. De lo contrario, te llevarás tal puñetazo entre las cejas, que sólo el diablo podrá saber con qué letra del alfabeto guardas parecido.

El *mulá* Sedek comprendió que sus vacilaciones ya habían durado demasiado, y se decidió, por fin, a escribir.

—Pon tu sello al final —le exigió Mulá-Nur, cuando hubo terminado de escribir.

El *mulá* Sedek así lo hizo.

—Y ahora, entrégamela —añadió *Mulá-Nur*—; yo me encargaré de que llegue a su destino.

Tomó la carta, la leyó, comprobó que estaba redactada en los términos pertinentes y se la guardó en el bolsillo. A continuación, tiró a los pies del *mulá* Sedek todo cuanto le había robado.

—Ahí tienes tu oro y tu dinero, Sedek —le dijo—; cuéntalo, y comprobarás que no falta ni una copeca. Y ahora, respóndeme: ¿quién de los dos, tú o yo, es más avaro y más ladrón? No creas, sin embargo, que esto es un regalo. Se trata de un anticipo. Como difamaste mi nombre en Derbent, habrás de restituirme la fama en la mezquita de Schumaka. Ve, pues, y no olvides que si no cumples mis órdenes, por mucho que te escondas, una de mis balas siempre estará reservada para ti. Ya has comproba-

do que lo sé todo; te demostraré también que todo lo puedo.

El *mulá* Sedek se plegó a cada una de las exigencias del bandido. Feliz y contento, recogió el dinero y se lo metió en los bolsillos, no sin antes asegurarse de que éstos no estaban agujereados; se subió al caballo y abandonó el lugar a galope tendido.

Dos días más tarde, el *mulá* Sedek escandalizaba a los habitantes de Schumaka con un sermón en el que elogiaba a Mulá-Nur y le comparaba con un león con corazón de paloma.

Conclusión

Es probable que la carta escrita por el *mulá* Sedek a su amigo Festahli no permitiera que éste albergara esperanza alguna respecto al matrimonio que tenía pensado. Porque, una semana después de que la misiva hubiera llegado a su destinatario, un día, al atardecer, se oían música y cánticos por las calles de Derbent.

Era el cortejo que acompañaba a la hermosa Kassim a casa de Iskander, su prometido. Todo Derbent les seguía, entre gritos y aclamaciones que retumbaban en el aire, mientras que de las azoteas de todas las casas brotaban innumerables descargas de fusil, tan brillantes como cohetes. Iluminada, toda la ciudad parecía alegrarse con la felicidad de Iskander.

Atento al estruendo y la música, el bey Iskander se había acercado a la puerta de su casa

no menos de veinte veces; pero la costumbre le impedía abrirla. Por fin, en la siguiente ocasión, como la comitiva ya había llegado casi al umbral, entreabrió la puerta y asomó tímidamente la cabeza, entonces oyó cómo un jinete le tendía la mano y le decía:

—Iskander, ¡que Alá te conceda toda la felicidad que yo te deseo en este momento!

Tras lo cual, dio media vuelta al caballo, para no quedar atrapado entre la muchedumbre. Pero al llevar a cabo esta maniobra, se dio de narices con Yusuf, quien, como es natural, era el primer testigo de los esponsales de Iskander. Yusuf reconoció al jinete, y no pudo evitar un grito aterrorizado.

—¡Mulá-Nur! —exclamó.

La sola mención de aquel nombre provocó una enorme confusión entre la multitud, que no dejó ya de repetirlo.

—¡Por aquí! ¡Por allí! ¡Atrapadlo! —clamaban diez mil voces a la vez.

Mulá-Nur había desaparecido tan rápido como un relámpago. Los jóvenes que seguían a caballo el cortejo de la novia se lanzaron tras él. Pero se decía que Mulá-Nur, más que correr, volaba por las calles de Derbent: en las sombras del atardecer, sólo eran perceptibles las chispas que producían las herraduras de su montura.

Como las puertas de la ciudad ya estaban cerradas, todos pensaron que Mulá-Nur no podría escapar. Tras disparar varias veces contra él, se dieron cuenta de que su vertiginosa cabalgada le conducía al mar, donde quedaría atrapado entre las murallas y el agua.

El bandido se detuvo un momento. El mar estaba agitado: las olas saltaban y volaba la espuma; se oía el terrible bramido de las aguas.

—¡Ha caído! ¡Ya es nuestro! ¡Muerte a Mulá-Nur! —gritaron sus perseguidores.

Pero el látigo de Mulá-Nur silbó como el viento, resplandeció como el rayo, y el caballo se arrojó, desde las rocas en las que se había detenido durante unos instantes, a las olas. Los que le perseguían se detuvieron cuando las aguas del mar Caspio ya mojaban las patas de sus caballerías. Y todos miraron al mar, con las manos sobre los ojos, para ver mejor en la oscuridad.

—¡Nada que hacer! ¡Ahogado! ¡Muerto!
—dijeron al unísono.

Pero la respuesta a tales afirmaciones fue una formidable carcajada, al tiempo que se escuchaban los vítores de otras doce voces, desde un islote que se alza a un cuarto de versta de Derbent, y que anunciaban a los decepcionados perseguidores que no sólo Mulá-Nur estaba a salvo, sino que se encontraba ya entre los suyos.

En casa de Iskander, las puertas están ya cerradas a cal y canto. En el dormitorio, reina la

calma, apenas se oye un débil murmullo. Porque, igual que ruidosa es la alegría desbordante, la felicidad prefiere el silencio y la soledad.